



EMMA HART

EL JUEGO DE LA

PASIÓN

JUEGOS DEL PLACER

El juego de la pasión

Emma Hart

Traducción de
Laura Fernández Nogales



Título original: *Playing for keeps*

© 2014, Emma Hart

Primera edición en este formato: junio de 2015

© de la traducción: Laura Fernández Nogales

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona.

info@rocaebooks.com

www.rocaebooks.com

ISBN: 978-84-1595-280-0

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

EL JUEGO DE LA PASIÓN

Emma Hart

Ella está perdidamente enamorada de él. Él se resiste a enamorarse de ella. Una noche lo cambia todo para siempre.

Aston Banks nunca pretendió acercarse a Megan Harper, ni siquiera aquella noche. Él se niega a reconocer que vive cautivo de su pasado, pero Megan es capaz de romper cualquier muro que él construya en cuanto se lo propone.

Megan nunca tuvo la intención de traicionar a Braden con Aston, pero cuando se da cuenta de que existe alguien que no es tan arrogante como Braden, no puede resistirse a los encantos de Aston.

El pasado de Aston es mucho más complejo de lo que Megan podría imaginar, así que mientras él intenta alejarse, su amor por él se va haciendo cada día más fuerte. Y ahora, él tendrá que luchar contra todos esos sentimientos que había mantenido enterrados.

¿Qué esconde Aston? ¿Contra qué o quién ha estado luchando durante tantos años?

Mantener una relación en secreto nunca había sido tan peligroso.

ACERCA DE LA AUTORA

Emma Hart, durante el día, es mamá de dos pequeños monstruos; por la noche, escritora de novela erótica que ha conseguido seducir a miles de lectoras en EE.UU. e Inglaterra. Emma mantiene en secreto sus próximos proyectos.

ACERCA DE SU OBRA ANTERIOR

«El libro es tan bueno que me lo he leído de una sentada, quedándome despierta hasta la madrugada para acabarlo. ¡Lo recomiendo muchísimo!»

KELLEY, EN BOOKGIRLFROMSOUTHCAROLINA.COM

El juego de la pasión es la segunda entrega de la serie Juegos del placer, tras la inicial *El juego del amor*.

Megan

—Eres consciente de que su madre le hará cien preguntas sobre ti, ¿verdad? —Estoy tumbada en el suelo y levanto la vista en dirección a Braden.

—No me digas —murmura—. Por eso le tienes que explicar lo que debe decir.

Dejo de pasar las hojas de la revista.

—Espera un momento.

—Meggy.

—No.

Cierra la puerta del armario y se sienta conmigo en el suelo. Los mechones de su pelo rubio se descuelgan ante los ojos que posa sobre mí en actitud suplicante. Niego con la cabeza.

—Braden Carter, tú has decidido llevarte a Maddie a casa este fin de semana. Tendrás que enfrentarte a las consecuencias y sufrir las interminables preguntas de tu madre.

—Meeeg —suelta, alargando mi nombre como un niño malcriado pidiendo caramelos.

—Ocurrirá antes o después. —Me encojo de hombros y me siento sobre las pantorrillas—. Será mejor que te enfrentes a la situación cuanto antes. Además —sonríe—, estoy segura de que hará alguna pausa entre pregunta y pregunta para contarle anécdotas de tu infancia.

—Vaya mierda —gruñe Braden; luego suspira—. Por lo menos puedo consolarme pensando que tú estuviste presente en la mayoría de mis estupideces. En realidad es muy probable que fueras la responsable de la mayor parte de ellas.

—¡Sí, hombre!

Braden me mira alzando las cejas. En realidad una vez salí corriendo con una escalera y lo dejé atrapado en la copa de un árbol. Teníamos esa escalera porque íbamos a ir a no se qué trabajo con nuestros padres. Braden se puso chulo y dijo que podría saltar desde lo alto del árbol. Y sí que pudo, pero se rompió el brazo. Al final no fuimos a ninguna parte.

—Está bien, es posible que yo provocara una tercera parte. Pero no lo tergiverses todo porque se lo aclararé cuando volváis.

—Claro. Lo que tú digas. —Se levanta y sonrío. Alguien llama a la puerta y se abre.

Aston entra en la habitación sin camiseta y con unos vaqueros de cintura baja. Exhibe hasta el último centímetro de su cuerpo: desde la curva de su bíceps hasta la hendidura del músculo en V que resbala por debajo de sus pantalones. Yo lo recorro con los ojos y me fijo en su puntiagudo pelo húmedo y en la pequeña toalla que le cuelga de los hombros. Sus ojos grises interrumpen el profundo análisis que estoy haciendo de su cuerpo y sonrío cuando se da cuenta de que lo estoy mirando.

—Me estoy empezando a preguntar si alguna vez te veré en otro sitio que no sea la habitación de un tío —dice arrastrando las palabras.

—Solo lo dices porque no me has visto en la tuya —le contesto apoyándome en las manos—. Y supongo que eso es algo a lo que no estás acostumbrado.

Braden pone los ojos en blanco y niega con la cabeza frotándose la cara con la mano como si quisiera estar en cualquier otro lugar.

—No creo que encajes en mi habitación. —Aston se apoya en el marco de la puerta—. No cumple los requisitos a los que está acostumbrada una princesita rica como tú.

—Tampoco estoy precisamente interesada en encajar en el paisaje de tu habitación. —Incluso aunque sea la suya—. Y es posible que sea una princesita rica, pero no soy ninguna pija.

Aston resopla.

—¿Me estás diciendo que si un tío con mala reputación, criado en un mal barrio, intentara seducirte no saldrías corriendo?

Me levanto y le miro a los ojos.

—Que una persona tenga mala reputación y haya tenido que vivir en un mal sitio no significa que sea mala gente, Aston. El lugar donde crecemos no define la clase de personas que somos. No sé qué percepción tienes de mí ni lo estirada que crees que soy, pero mi educación no me define como persona. No soy tan superficial como te crees.

Ladea la cabeza un momento antes de esbozar una sonrisa de medio lado. Es una de sus sonrisas chulescas de listillo que me da a entender que acabo de caer en su trampa.

—Bueno, es muy fácil —dice sonriendo—. Muy sencillo. Eres una pequeña bomba de relojería, ¿verdad, Megan?

—¿Has venido por algo en concreto? —interviene Braden antes de que pueda contestar.

—Sí, necesito ese libro de literatura inglesa. —Aston mira a su alrededor.

—¿Cuál? Tengo más libros de literatura inglesa que clases.

—Y yo qué sé, tío. —Aston se encoge de hombros—. El que utilizamos en la última clase.

Pongo los ojos en blanco y me apoyo en la cama de Braden.

—El de Shakespeare.

Los dos se me quedan mirando con cara de no entender nada. Sobre todo Braden. Aston por lo menos parece que sabe quién es Shakespeare.

—Ya sabes a quién me refiero, Bray. Ese tío que vivió hace muchos años y que habla tan raro.

Le clavo los ojos a Braden y él esboza una enorme sonrisa.

—Ah, ese tío. Sí. Copié casi todo el trabajo de Maddie. —Braden se vuelve en dirección al escritorio y coge el libro. Luego se lo lanza a Aston.

—Gracias, tío. —Aston me mira y me guiña el ojo y yo intento no volver a poner los ojos en blanco.

Ese chico es completamente irritante. Solo se mete conmigo porque sabe que me saca de mis casillas y está empezando a darse cuenta de que llamarme princesita rica es la forma más fácil de hacerme enfadar. Yo no tengo la culpa de haber nacido en una familia de clase media-alta. Braden tiene una familia igual y nadie le llama niño rico.

Claro, ya lo entiendo. A él nadie le llama así porque el ochenta por ciento de los chicos que viven en esta casa proceden del mismo entorno.

Alargo el brazo, cojo la revista del suelo y la enrolló. Luego la balanceo en dirección a Braden y la uso para darle un azote en la espalda.

—¡Ay! ¿Por qué has hecho eso? —Me mira frunciendo el ceño.

—Gracias por defenderme, capullo.

—Oye, le he hecho callar.

Le hago un gesto de burla.

—Solo lo has hecho porque te ha molestado que nos pusiera a mí y a su habitación en la misma frase.

—Por lo menos le he hecho callar. Ahora ya le puedes explicar a Maddie lo que le tiene que decir a mi madre.

Oh, ya lo creo que se lo diré.

Suspiro mirando sus enormes y suplicantes ojos y me encojo de hombros.

—Está bien. Le diré lo que le tiene que decir.

—Pues yo creo que tú estabas jugando tus cartas. —Lila se enrolla un mechón de pelo en el dedo.

Frunzo los labios por detrás del libro y la miro por encima de las páginas.

—No sé de qué me estás hablando.

—Mientes fatal, Megs. Sabes muy bien de qué te estoy hablando.

—Si lo supiera no te habría preguntado.

Alarga el brazo, tira del libro y ve mi sonrisa antes de que me dé tiempo a esconderla.

—¿Lo ves!? —exclama—. Claro que lo sabes.

—De acuerdo, está bien. ¿Y qué si jugaba mis cartas? Al final todo salió bien, ¿no?

—Pero por poco se va todo al garete. ¿Ya has olvidado que Maddie se fue a Brooklyn?

—No —le contesto despacio—. No lo he olvidado. Pero luego volvió y se dieron caña mutuamente.

Lila frunce los labios.

—¿Y nunca te preocupó lo que pudiera pasar?

Niego con la cabeza.

—La verdad es que no. Ya sé que suena fatal y que parece que no me importara, pero sabía que encontrarían el camino. No me digas que la creíste cuando nos dijo que no estaba enamorada de él.

—Bueno, no...

—Pues eso. Ella se coló tanto como él por ella, Lila.

—¿Y entonces por qué se marchó a Brooklyn? No lo entiendo. Todos sabíamos que estaban jugando a lo mismo.

—Tú no estabas delante cuando Braden lo descubrió. —Me muerdo el labio inferior. Fue terrible. Ninguna de nosotras imaginó, ni por un segundo, que se presentaría en el dormitorio de Maddie, y menos yo. Debo reconocer que ahí estuve un poco lenta, y a pesar de lo mucho que me esforcé por ocultarme no había forma de hacerlo discretamente—. Se puso como una fiera. Estaba muy enfadado. Yo estaba ahí sentada viendo cómo se le partía el corazón y me sentí fatal. La verdad es que vi cómo se les rompía el corazón a los dos. Braden se volvió loco cuando averiguó lo que ella había hecho, y después Maddie descubrió que él había hecho exactamente lo mismo. Ella estaba avergonzada y se enfadó con Braden por lo que había hecho. Pero lo peor de todo es que se le rompió el corazón y en ese momento ella dejó de creer que Braden se había enamorado de ella. Lo único que podía hacer era huir.

—Ah. ¿Te lo contó Maddie?

—No, pero no hay que ser cupido para darse cuenta.

—¿Y cómo lo averiguaste tú?

Encojo un hombro.

—Ventajas de que tu tía preferida se haya especializado en tres ramas distintas de psicología.

Se queda boquiabierta.

—¿Tres?

—Sí, ya lo sé. Mi familia está llena de empollones. Creo que yo soy la oveja negra por estar estudiando Literatura y tener esta obsesión por ser escritora.

—Por lo menos estás haciendo lo que te gusta. Y para que lo sepas, estoy segura de que serías un gran cupido. —Se ríe.

—Gracias. —Le lanzo la almohada sonriendo—. Pero como ya he dicho, ahora todo va genial, ¿verdad?

—Tengo que admitir que jamás pensé que vería a Braden Carter llevándose a una chica a su casa. —Lila se lleva mi almohada al pecho.

—Ya somos dos. —Sonrío.

En realidad nunca pensé que le vería tan enamorado. Braden y Maddie comparten la clase de amor mágico con el que sueñan todas las niñas, por lo menos yo sí. Me pasaba horas y horas soñando con ese chico que me llenaría el estómago de mariposas y me haría volar tan alto que jamás querría volver a bajar. El fuego de mis sueños se alimentaba de la biblioteca que mi madre tenía en el despacho. Soy incapaz de recordar las miles de veces que cogía libros a escondidas para leer sobre la clase de amor que mis amigas estaban experimentando en este momento.

—¿Qué lees? —Mi abuela asomó la nariz por encima de mi hombro.

Me sobresalté y cerré el libro.

—Nada.

—¿Y entonces por qué lo lees?

—No lo sé.

Se inclinó sobre el respaldo del sofá y me quitó el libro de las manos. Abrió los ojos como platos cuando leyó el título.

—¿*Huckleberry Finn*? ¿Te estás escondiendo para leer esto?

—Hum, sí. —Tragué saliva.

Mi abuela abrió el libro. Dejó resbalar los ojos por la página y acto seguido lo cerró y le quitó la cubierta.

—Megan Harper. Ecurridiza ladronzuela.

Esbocé una cautelosa sonrisa.

—¿Ya sabe tu madre que le has cogido su ejemplar de *Orgullo y prejuicio* cuando deberías estar leyendo *Huckleberry Finn*?

—No. ¡Por favor abuela no se lo digas! Tampoco es que *Huckleberry Finn* sea tan malo, pero no lo quiero leer. Prefiero leer sobre Lizzy y Darcy.

No me contestó.

—Por favor, abuela.

—No diré nada, niña. Te diré confidencialmente que Huck Finn no es ni la mitad de excitante que el señor Darcy. Pero no le digas a tu madre que apruebo que le robes las novelas románticas.

—No se lo diré.

La abuela señaló el libro.

—¿Ya la ha besado?

Asentí con alegría.

—Es mi parte preferida.

—La mía también. —Me guiñó el ojo.

Se abre la puerta de nuestra habitación y entran Maddie y su fogosa melena.

—Tienes que ponerme enferma o algo. O fingir que lo estoy. Ah, ¡ya sé! Píntame con pintura facial —balbucea cerrando de un portazo y apoyándose contra la puerta.

—¿Qué? ¿Pintura facial? —Frunzo el ceño.

—Sí. Soy alérgica. —Se señala la cara—. Siempre se me hincha la cara y me salen manchas y cosas de esas.

—Aparte de que no suelo tener pintura facial debajo de la cama... —comenta Lila—. ¿Por qué quieres ponerte enferma?

Maddie resbala por la puerta hasta sentarse en el suelo y se rodea las rodillas con los brazos.

—Es que yo nunca... Ya sabéis. Nunca he conocido a los padres de nadie.

—Ohhh —decimos Lila y yo al unísono.

—Sus padres no están nada mal. —La miro—. Te lo digo en serio. Son de las personas más simpáticas que he conocido.

—Es tu mejor amigo. Qué vas a decir tú —gruñe.

—Pues sí que es mi amigo, pero no lo digo por eso. De verdad, Mads. No tienes nada por qué preocuparte.

—¿Y qué pasa si me hacen cientos de preguntas?

—Su padre no hará nada de eso. Pero su madre, sí. Aunque no serán sobre ti, sino sobre él.

—¿Y qué le digo?

—Dile la verdad. —Sonrío—. ¡Ajá! Yo gano.

Maddie y Lila me miran a la vez alzando las cejas.

—Le he prometido a Braden que le diría a Maddie lo que le tenía que decir a su madre, y le estoy diciendo que le diga la verdad.

—Bien jugado —concede Lila.

—Supongo que no te habrá pedido que me convenzas para que mienta, ¿verdad? —Maddie se sienta y sonrío.

—Claro que no. Es lo que cree que voy a hacer. —Sonrío—. ¿Cuándo os marcháis?

—Después de la clase de *lite*. Es la última clase de la mañana, ¿verdad?

Asiento y Lila frunce el ceño.

—Pensaba que os ibais el sábado por la mañana. Me pareció oír que Braden no quería dejar que Megs pasara dos noches seguidas de fiesta en una casa llena de chicos salidos de la hermandad.

Dejo caer la cabeza hacia atrás.

—Por el amor de Dios —murmuro mirando al techo.

—Sí, esa era la idea inicial —explica Maddie—, pero le dije que su comportamiento era absurdo y que Megan era perfectamente capaz de defenderse sola en esa casa llena de animales.

Vuelvo a levantar la cabeza y le sonrío agradecida.

—¿Ves? —Miro a Lila—. Este es otro de los motivos por los que sabía que eran perfectos el uno para el otro. Ella le da caña y yo consigo librarme de vez en cuando de su adorable actitud protectora.

—Adorable actitud molesta —me corrige Maddie—. A mí me vuelve loca. No sé cómo lo aguantas.

—Ya estoy acostumbrada. Lo ha hecho toda la vida; ya no me molesta. Es algo así como el ruido de fondo. Además, ya le supliqué a su madre que le diera una hermanita cuando tenía trece años, pero se negó.

—¿Tan terrible era? —pregunta Lila riendo.

—¿De verdad queréis saberlo? —Las miro y ellas asienten—. Está bien. Teníamos seis años y era otoño. Habíamos pasado todo el fin de semana recogiendo castañas para llevarlas al colegio el lunes y yo había encontrado una perfecta. Braden siempre me ganaba en todo, pero aquella vez la victoria sería mía. Por aquel entonces había un niño que estaba colado por mí, Adam Land. Le desafé a una pelea de castañas y gané, pero él odiaba perder contra una chica y me lanzó una a la cabeza. Braden saltó sobre él y le mordió.

—¿Le mordió?! —gritó Maddie, y Lila se rio.

Me tapo la boca con la mano y me rio en silencio asintiendo.

—Le mordió con tanta fuerza que le hizo sangre. Su madre se puso como loca cuando la llamó el director.

—Es genial. Ojalá mi hermano hubiera hecho lo mismo —dice Lila con aire reflexivo.

—Ahora estoy muy contenta de haberlo convencido para irnos mañana por muy preocupada que esté por conocer a sus padres. —Maddie intenta sofocar su risa.

—¿Significa eso que este fin de semana veré una Megan distinta? —pregunta Lila con brillo en los ojos.

—Oye, que Braden no esté no significa que me vaya a llevar a la cama al primero que pase. —Bajo la mirada—. Aunque también puede que sí.

Además resulta que mantengo una perpetua relación de amor-odio con el chico que me quiero llevar a la cama. Estoy viviendo la clase de amor que hay entre Elizabeth y el señor Darcy en *Orgullo y prejuicio*. Por suerte los demás solo se dan cuenta del odio.

Es mi secreto. Nadie sabe que cada vez que Aston Banks aparece en mi campo de visión en mi estómago entra en erupción un enjambre de locas y minúsculas mariposas. Y de momento no tengo ninguna intención de compartir ese secreto con nadie.

Tiene los ojos azules clavados en la página, como de costumbre. No conozco a nadie que pase tanto tiempo con la nariz entre las páginas de un libro como Megan. Vaya donde vaya siempre tiene uno: en el bolso, en el regazo o a su lado.

Nadie más se da cuenta. Y nadie más ha advertido que yo sí que me doy cuenta.

Frunce el ceño y se muerde el labio inferior mientras se aparta de la cara algunos mechones de su larga melena rubia. Se recoge el pelo detrás de la cabeza, coge la goma que lleva alrededor de la muñeca y se hace una cola dejando al descubierto la elegante curva de su cuello y la piel de esa zona tan sensible. Hago girar el bolígrafo entre los dedos y pego los ojos al libro.

Prohibida. Esa es la categoría a la que pertenece Megan Harper.

Desde la primera vez que la vi supe que jamás sería mía. Todo apunta a ese final: su firme resistencia, sus educados pero sarcásticos comentarios, una actitud general que grita «niña rica» a los cuatro vientos y esa clase que desprende, una clase que yo no tengo y que jamás conseguiré. Está acostumbrada a tratar a todo el mundo con respeto sin importar lo que piense de ellos. Estoy seguro de que si se encontrara con un asesino en serie podría hacer alguna observación positiva, aunque solo fuera una.

Lo hace con todo el mundo.

Trata a todo el mundo igual; y cada uno de sus comentarios sarcásticos y casi maliciosos va seguido de uno más suave. Cada ceño fruncido y cada mirada malintencionada precede a una sonrisa de disculpa, y todas las palmadas que reparte son en broma. Para ella todo el mundo es igual hasta que se demuestre lo contrario.

Excepto yo.

Yo soy la excepción a su regla. Y me encanta. Disfruto provocándola. No puedo evitar colarme bajo su piel y agitar sus cimientos. Es adictivo, enciende un fuego en mi interior que soy incapaz de sofocar una vez empezado. Ella salta con mucha facilidad y sus labios siempre tienen una respuesta a punto, a veces incluso antes de que termine de hablar.

Así me resulta más fácil mantenerme alejado de ella. De esta forma cada fin de semana puedo elegir una chica cualquiera y follármela sin que me importe un pimiento. Si Megan demostrara tener algún interés por mí que fuera más allá de la típica batalla dialéctica, me lanzaría a por ella a la velocidad de la luz.

La tendría en mi cama y tumbada debajo de mí más rápido que una bala.

—¿Qué te pasa? ¿Cansado de observar a tus fulanitas habituales?

Parpadeo. Me está mirando con sus enormes y brillantes ojos. Le sonrío.

—Eso depende de si te incluyes en esa afirmación o no.

—No es que tenga muy buena opinión de mí misma, Aston, pero tampoco me tengo en tan baja estima. —Muerde el extremo del bolígrafo—. Lo último que quiero es convertirme en una de tus fulanitas.

Ay.

—Es una lástima. —Me acerco un poco a ella—. Creo que encajarías a la perfección.

—¿De verdad? —Esboza una sonrisa cargada de falsedad—. Porque yo me temo que no doy el tipo. Para empezar cuando termina la noche yo suelo llevar las bragas puestas.

—No me costaría mucho cambiar eso.

—La única forma de que eso ocurra es que me las quite yo misma.

S sonrío. Ya tiene ese rubor delator en las mejillas y sus ojos brillan un poco más que cuando está enfadada. La he visto mirarme así muchas veces.

—Como tú prefieras, nena. —Me reclino en la silla y apoyo un pie sobre la rodilla de la pierna opuesta—. No tengo nada en contra de un buen *striptease*.

Megan se pasa la lengua por los dientes y me mira fijamente.

—Pues ya puedes ir a mirarte en el espejo, porque yo no te lo voy a hacer.

No puedo evitar ni la sonrisa ni el desfile de imágenes que se proyectan en mi cabeza. Lleva los vaqueros lo bastante ajustados como para que no tenga que imaginarme la curva de su trasero, pero en mi mente la veo sin la protección de los pantalones y agachada para quitarse la ropa interior.

La sangre resbala por mi cuerpo y me cambio de postura. Lo último que necesito es tener una erección en plena clase de Literatura Inglesa.

—Eso también es una pena. —Coloco las manos sobre el regazo. Mi amiguito va por libre—. Tienes el culo perfecto para un *striptease*.

—Y tú también, pero no creo que tengas ninguna intención de plantarte delante de mi mesa y empieces a quitarte la ropa al ritmo de alguna canción cursi. —Parpadea una sola vez, aparta la mirada y vuelve a clavar los ojos en el libro—. Y es un alivio.

—Braden se marcha esta noche —le digo cambiando de tema por completo.

—Ya lo sé.

—¿Vas a venir?

Despega los ojos de la página y me mira.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque me estaba preguntando si podría conseguir ese *striptease* —le contesto con sarcasmo—. Joder, Megan. Solo es una pregunta.

Ella pone los ojos en blanco, gesto que estoy seguro que tiene reservado para cuando habla conmigo.

—¡De acuerdo! Sí que voy a venir. Vendré con Lila y Kay.

—Tus pequeñas secuaces. —Sonrío.

—Mira quién habla —murmura.

Ignoro su comentario.

—Entonces estarás en una fiesta sin Braden. ¿Cómo vas a sobrevivir?

—Que te den, Aston.

—He dado en el clavo, ¿verdad?

Se gira sobre la silla y me clava los ojos. Diviso auténticas chispas en el mar azul de sus ojos y sé que esta vez la he cabreado de verdad.

Me encanta que se enfade conmigo.

—Para decepción de todo el mundo, no soy ninguna muñeca de porcelana —espeto—. No necesito que Braden me coja de la mano en las fiestas. Soy perfectamente capaz de mantener a raya a ese montón de capullos salidos. No sé de dónde has sacado la idea que tienes de mí, pero me parece mentira lo equivocado que estás.

Cuando todo el mundo se levanta cierra el libro de golpe. Pasa de largo, junto a mí, y luego se detiene un momento para mirarme por encima del hombro. Separa los labios pero niega con la cabeza, se da media vuelta y se marcha sin decir nada.

Mientras la veo marchar pienso que me gustaría decirle que tengo muy buena opinión de ella. Pero no puedo decirle lo que pienso porque eso sería contraproducente en mi empeño de mantenerme alejado de la única chica que me gusta de verdad.

La misma mierda una noche más.

La casa está llena de gente. Hay personas de Berkeley y otras que no. Estoy empezando a llegar a ese estado en el que ya ni lo sé. El único motivo por el que estoy en la casa de esta fraternidad es porque mi viejo quería que estuviera aquí. Ese hombre ha hecho mucho por mí. Lo menos que podía hacer era solicitar una plaza y entrar por él.

Las chicas pestañean, se atusan el pelo y recorren la multitud en busca de un chico que llevarse a casa. Los chicos hacen su papel y aguardan apoyados en la barra, la pared o el marco de la puerta bebiendo cerveza y eligiendo alguna chica para llevarla adónde ella quiera. Igual que yo.

Lo mismo de siempre. Las noches del viernes y el sábado equivalen a sexo sin sentido. Y teniendo eso en cuenta, el sexo sin sentido significa que gracias a eso no pienso en lo que de verdad significa algo para mí. Y es muy fácil.

Elegir una chica. Invitarla a una copa. Decirle que es guapa. Llevarla al piso de arriba. Follármela. Conseguir que se marche por la mañana.

Y no soy el único que se rige por ese patrón. Braden solía hacer lo mismo, y la mitad de los chicos que viven en esta casa también. Las chicas saben muy bien en qué se meten cuando vienen aquí, por lo menos conmigo. Todas saben que solo las quiero para un par de horas.

No quiero saber ni cómo se llaman.

Me llevo el botellín de cerveza a los labios y observo a una chica morena que pasa por mi lado. Me mira y me sonrío. No es perfecta, pero serviría si no fuera tan consciente del par de ojos que me observan desde la otra punta.

Peleo contra el impulso de responder a esa mirada, pero pierdo la batalla. Mis ojos se olvidan de la chica y se posan sobre Megan. Está sentada a la barra. Su postura parece suplicar que admire la forma en que ese vestido se ciñe a su cuerpo. Lo recorro con los ojos: me encanta advertir que tiene más curvas que la mayoría de las chicas que hay en la casa. No está muy delgada y, sin embargo, se nota que está muy segura de su cuerpo.

La seguridad resulta muy erótica en cualquier chica, pero en Megan es completamente sexual.

Esbozo una lenta sonrisa y alzo una ceja. Ella da unos golpecitos con el pie mientras me aguanta la mirada. Ninguno de los dos quiere apartar la vista; de repente algo cambia entre nosotros. Ella traga saliva y se pasa los dedos por el pelo dejando caer los párpados. El movimiento es tan superficial que solo me doy cuenta porque lo estaba esperando. Porque estoy esperando cualquier pequeño indicio que me diga que ese cambio es atracción.

Y lo es.

Megan rodea la pajita de su vaso con los labios y me cuestiona con la mirada. Esto es diferente, no es nuestro habitual intercambio verbal en el que los dos intentamos cabrearnos mutuamente. No son los habituales comentarios sarcásticos. Es algo nuevo.

Algo primitivo.

Algo peligroso.

Algo que podría destrozarme.

Se me borra la sonrisa y ella aparta la mirada. Hace girar los cubitos del fondo del vaso vacío y relaja un poco los hombros. Yo hago girar el botellín de cerveza entre los dedos.

Conozco los riesgos. Sé que si me acerco a ella el sexo de esta noche no será un intercambio sin sentido. No será un polvo cualquiera que haya dejado de importarme por la mañana. Significaría ceder a la única debilidad que tengo.

Pero la verdad es que me muero de ganas.

Quiero ser la chica que vaya al piso de arriba con él en lugar de ser la que se queda aquí abajo viendo cómo lo hace.

Ese chico me vuelve loca en el peor de los sentidos. Cada comentario, cada sonrisa, cada vez que me mira alzando las cejas con chulería. Todo me afecta, en especial la evidencia de que no me conozca por mucho que él crea que sí. Está muy equivocado conmigo en todos los aspectos y me molesta mucho, y, sin embargo, si se acercara a mí y me invitara a subir a su habitación no creo que pudiera decirle que no.

A ese sitio tan poco indicado para una princesita rica como yo.

A ese sitio donde probablemente me sentiría como en casa.

Pero no sé si bastaría con una sola noche. Cuando te gusta tanto alguien tienes que esforzarte en esconderlo, y una sola noche no bastaría para dar rienda suelta a toda esa contención. Si se acercara a mí ahora mismo y yo me dejara ir, no creo que pudiera volverme a contener nunca más. No creo que pudiera dejarlo en una sola noche de sexo fortuito.

En realidad no sé si el sexo con él sería fortuito.

Ya sé que una sola noche no hace daño, pero también sé que no me hará ningún bien.

«El sexo no tiene por qué ser amor, Megan. Si quieres entregarte físicamente es cosa tuya, pero no te entregues también emocionalmente solo porque un chico tenga labia o sea guapo. El sexo de verdad viene con el paquete completo».

Y las palabras de mamá me recuerdan que ahora quiero el paquete completo.

—Me parece que nunca te he visto sola —la voz de Aston se me acerca con suavidad y me eriza el vello de la nuca. Se sienta en el taburete libre que hay junto al mío.

—No es habitual. —Vuelvo la cabeza muy despacio para encontrarme con sus ojos grises por enésima vez ese día—. Podría decirte lo mismo.

—No es habitual —me parafrasea con media sonrisa en los labios.

—¿Y qué haces aquí conmigo en lugar de estar en alguna esquina oscura con tus compañías habituales?

—Ay, Megan. ¿Es amargura lo que percibo en tu voz? —Me roza con la rodilla—. No me digas que estás celosa.

—Asqueada —murmuro apartando la mirada para que no descubra la mentira—. No lo confundas con amargura o celos.

—¿Sabes una cosa? —Se acerca a mí y su aliento mece mi pelo cuando me pega la boca a la oreja—. Creo que te estás engañando. Diez minutos, Megan.

Se levanta y desaparece. Yo lo miro negando con la cabeza. Tengo que negar con la cabeza, necesito hacer algo para esconder la tentación que me recorre de pies a cabeza.

Kyle me recoge el vaso y me sirve otra bebida sin decir una palabra.

—Esta noche estás muy callada. —Se apoya al otro lado de la barra.

—A veces pasa. —Sonrío.

—Te sientes rara sin Mads y Braden, ¿verdad?

Encojo un hombro.

—Supongo que un poco. Por lo menos ya se ha solucionado lo suyo. Ahora ya podemos seguir con nuestras vidas.

Kyle resopla.

—Ya lo creo. Braden arrastró al abismo a todos los tíos de esta casa cuando ella se marchó a Brooklyn. Era como vivir con una mujer con síndrome premenstrual. Y yo me fui de mi casa para escapar precisamente de eso. Mi hermana se convierte en un auténtico diablo.

—Deberías pasar un rato en compañía de tíos que no follan —le comento con sequedad dándole un sorbo a la bebida—. Son mucho peores que las chicas con síndrome premenstrual.

—No lo dudo. —Sonríe—. Pero aquí no hay ninguno.

—Supongo que tienes razón.

—Aunque tú tienes pinta de necesitar un buen polvo.

—Y yo que pensaba que eras un buen tío. Tenías que arruinar mi percepción diciendo eso, ¿no? —Suspiro con aire juguetón—. Sois todos iguales.

—Oye, solo era un comentario. —Se inclina hacia delante y sonrío—. Estoy seguro de que no andarás precisamente corta de proposiciones ahora que no está el cavernícola.

Me muerdo el interior de la mejilla para reprimir una sonrisa.

—Eso del cavernícola está calando, ¿verdad?

—No tienes ni idea. —A Kyle le brillan los ojos.

¿Por qué no puedo desear a Kyle? Es un chico majísimo y no está nada mal: ingobernable pelo moreno y ojos color avellana. Tiene un buen cuerpo. No marca mucho músculo, pero es evidente que están ahí. Sería una gran distracción si no estuviera ya tan entretenida con Aston.

Me acabo la copa y deslizo el vaso por la barra.

—¿Me haces un favor? Dile a Lila que ya nos veremos mañana. Me vuelvo a la residencia.

—Claro. —Asiente y se da media vuelta.

Echo un vistazo por la habitación y me escabullo. Es un riesgo. Un gran riesgo, pero no me importa.

Cuando se sentó a mi lado en el taburete las palabras de Aston estaban llenas de promesas, y sus ojos rebosaban misterios que quiero descubrir entre sus sábanas. La paranoia se apodera de mí mientras me abro paso por el salón y subo las escaleras. Me paso los dedos por el pelo fingiendo que solo voy al baño y cuando llego al rellano miro a mi alrededor. Mientras subo el último tramo de escaleras en dirección a su habitación cojo la tela del vestido y tiro hacia abajo.

Alguien me agarra del brazo y me empuja contra la pared. Su boca se posa sobre la mía y se traga mi grito, y sus rápidos movimientos evitan que le dé un rodillazo en las pelotas.

—No te estoy atacando —murmura Aston a mi oído—. A menos que quieras que lo haga.

Abro los ojos y me encuentro con los suyos bajo la tenue luz del pasillo.

—Eres un cerdo, ¿lo sabías?

—Pero estás aquí.

—Eso parece. —Bajo la mirada.

Me coge la cara, desliza los dedos por mi pelo y me obliga a levantar la cabeza. Vuelvo a sentir el contacto de sus labios. Sus besos son suaves e intensos a un mismo tiempo. Paseo las manos por su torso hasta llegar al cuello de su camiseta. Le cojo la cara y abro la boca para dejar paso a su exploradora lengua pegándome a él. Me acaricia la lengua con la suya y me muerde el labio inferior; luego lo recorre con la lengua. Me estremezco y deja de besarme para alargar el brazo y meter la llave en la cerradura de su puerta.

La abre, deja resbalar las manos por mi espalda y dejo que me meta en su habitación. Cierra la puerta y presiona mi cuerpo contra el suyo. Siento su aliento en los labios. Poso los ojos sobre su boca y los cierro cuando él agacha la cabeza para volver a besarme. Esta vez sus besos son más firmes, destilan más necesidad. Mis manos se cuelan por debajo de su camiseta y encuentran su piel caliente. Extiendo los dedos y mis pulgares rozan los sólidos músculos de su estómago. Aston me suelta el tiempo justo para quitarse la camiseta.

Me muerdo el labio inferior y deslizo la mirada por su torso. Es perfecto. La tersa piel cubre sus músculos y las sombras que se abren paso entre ellos le dibujan un difuso grabado en el torso.

Doy un paso adelante para posar la boca sobre su pecho y él me sujeta la cabeza. Me besa el lóbulo, desliza los labios por mi cuello y mis temblorosas manos ascienden entre nuestros cuerpos.

¿Qué estoy haciendo?

—¿Megan?

Abro la boca para hablar, pero no me salen las palabras. En lugar de hacerlo trago saliva y doy un paso atrás. Aston me quita las manos de encima y las deja colgar a ambos lados de su cuerpo.

—Yo... —Vuelvo a tragar saliva intentando controlar el alocado zumbido que oigo en algún lugar remoto de mi cabeza—. Esto... Esto no puede pasar.

¿No puede pasar? ¿Qué estoy haciendo ahora?

—¿No puede pasar? —Aston tiene aspecto de estar perdido, parece incapaz de comprender lo que estoy diciendo. La verdad es que he sido yo la que lo he seguido hasta aquí y ahora lo estoy rechazando. No lo entiendo ni yo misma.

—Sí. —Reculo en dirección a la puerta apartándome el pelo de la cara y me coloco bien el vestido—. Esto no puede pasar. Para nada.

Encuentro la manecilla de la puerta, la abro, me marchó y lo dejo allí viendo cómo me voy.

Nadie lo sabe.

Me lo recuerdo mientras observo el cuerpo dormido de Lila. Sigo esperando a que se despierte y me grite por haber sido tan estúpida. Pero no lo sabe nadie. Y, sin embargo, eso no consigue que deje de sentirme culpable.

Es el tópico más viejo del mundo. Tu cabeza contra tu corazón. Mi cabeza me está diciendo lo que ya sé, que soy una persona horrible. He traicionado a mi mejor amigo besándome con su mejor amigo cuando sé perfectamente que es lo último que le gustaría que hiciera. Pero mi corazón me dice otra cosa, algo que ya debería saber. Mi corazón me dice que no soy una persona horrible: por una vez he ido en busca de lo que quería sin pensar en las consecuencias.

Tampoco me convierte en una persona temeraria e insensible. Lo de insensible quizá sea un poco exagerado, pero lo de temeraria... Sí. Ha sido temerario y quizá un poco egoísta.

Pero lo cierto es que nadie llega a nada en la vida sin molestar a algunas personas.

¿Fue un error lo que ocurrió ayer por la noche? Hice lo que siempre me había prometido que no haría, lo único que me había jurado no hacer. No te lées con el mejor amigo de tu mejor amigo, es muy sencillo. Algo tan sencillo que se convirtió en una misión imposible en cuanto vi los ojos grises de Aston el primer día de universidad. Siempre supe que había algo entre nosotros, pero lo que no sabía era que llegaría a materializarse.

Y aquí estamos.

Después de todos mis esfuerzos y de lo mucho que he peleado por alejarme de él, he acabado enganchada a su sonrisa chulesca y su pose de

mujeriego. Y no es algo que me guste precisamente: me encantaría prender fuego al pelo postizo, las uñas postizas y las pestañas postizas de todas las chicas que se acuestan con él. Eso es lo que son, y él lo sabe muy bien. Son falsas.

Por dios, Megan, solo ha sido un beso. Un pequeño beso. No te ha pedido que te cases con él.

Pero Maddie dijo que Braden nunca se enamoraría y se equivocó. Al final se enamoró. Y, sin embargo, Braden y Aston son completamente diferentes. Braden nunca fue la clase de chico que va por ahí acostándose con todo lo que se mueve, solo lo hizo porque podía. Para entretenerse. Lo tengo tan claro como que Aston disfruta picando de flor en flor y de las infinitas atenciones que despierta en las chicas.

¿Cómo puede ser que un solo beso haya conseguido que esté aquí analizando su comportamiento? ¡Un beso!

No tengo ninguna esperanza de que algún día pueda existir un «nosotros». Tengo deseos, pero esperanzas no. Puede que sea una romántica sin remedio que disfruta perdiéndose entre las páginas de novelas calientes y excitantes o entre las que rebosan dulces suspiros, pero no soy tan ingenua como para creerme que esas cosas ocurren continuamente en la vida real. Es posible que haya personas que encuentren esa clase de amor que deja de piedra a los hombres y lleva a las chicas al desmayo, pero no le pasa a todo el mundo.

El amor es muy caprichoso. Solo porque encuentres un chico que te complemente, apacigüe tus tormentas y alimente tus fuegos, no significa que siempre vaya a estar a tu lado. Quizá jamás llegues a conocerle. Y también puede que le conozcas y sencillamente no sea el momento adecuado para vosotros.

Tengo diecinueve años. Conozco el amor y la lujuria. Los sé distinguir muy bien y sé que por algún extraño motivo Aston es esa persona que apacigua mis tormentas y alimenta mis fuegos. Pero también sé que este no es nuestro momento. Quizá no llegue jamás.

Aunque después de cómo me abrazó y me besó ayer por la noche, no estoy segura de que pueda seguir conformándome con eso.

Estoy jodido. Y todo es culpa mía.

Tenía que hacerlo, ¿no? Tenía que acercarme a ella y decirle lo que le dije. No esperaba que lo hiciera. Nunca pensé que subiría esas escaleras, pero lo hizo. Y lo noté, sabía que era un error y un acierto al mismo tiempo.

Megan es muy peligrosa. Ella es la única chica de toda la universidad, qué digo, la única de todo el estado, capaz de destruir mi actitud pasota y ponerme de rodillas. Ella es la única chica que podría hacerme volver a sentir. Ella podría coger esta imagen que tanto me he esforzado en crear y hacerla estallar en mil pedazos.

Debería haberme alejado de ella, pero no lo hice. Y ahora ya conozco el dulce sabor de sus besos. Conozco la suavidad de sus labios. Y ya sé lo que siento cuando me agarra del pelo.

También sé lo que se siente al estar tan cerca y al mismo tiempo tan lejos, porque a ella no se le ocurrió otra cosa que parar y marcharse. Se fue y me dejó allí, duro como una piedra, mirándola como una oveja perdida.

Vaya mierda. Ya sé que solo fue un beso, pero ahora necesitaré un maldito milagro para mantener las distancias.

Cojo el móvil de la mesita de noche y busco su nombre.

Estoy bastante convencido de que la otra noche no iba de farol. Presiono el botón para enviar el mensaje recordando la conversación que tuvimos en Las Vegas y sonrío.

«Aprendiste algunos trucos de los hombrecitos en Las Vegas, ¿verdad?». Ella responde. Estoy seguro de que ahora mismo tiene esa sonrisa en los labios que le ilumina toda la cara. Esa sonrisa con la que está tan guapa que deja a la altura del betún a cualquier otra chica del país.

«Eso tendrás que decírmelo tú, nena». Mi sonrisa se acentúa.



Ruedo por la cama hasta invadir el espacio vacío, el espacio vacío en el que ella estuvo ayer antes de marcharse mientras yo dormía. Mis ojos tropiezan con el calendario que tengo en la mesita de noche y lo tiro de la mesa para evitar mirar la fecha. Pero ya sé qué día es.

Siempre lo sé. Me resulta imposible ignorarlo, trepa por mi conciencia en silencio y luego me agita con fuerza. Esta siempre es la época más dura del año. Esta semana, la que cambió mi vida, la amo y la odio a un mismo tiempo. A mí me cambió a mejor, pero destruyó para siempre a mi viejo.

La bendición de una persona es la maldición de otra.

Me levanto de la cama, me visto y cojo las llaves del coche. Es más pronto que de costumbre y lo más probable es que el viejo me atice con el bastón por presentarme antes de comer, pero no tengo ganas de quedarme en mi habitación a regodearme en mi autocompasión.

Salgo por la puerta principal antes de que me entretenga nadie y me subo al coche para alejarme cuanto antes de la enorme casa de la fraternidad. A veces puede resultar asfixiante y es fácil quedarse enterrado bajo el peso de los propios sentimientos. No está muy alejada de la casa del viejo. Yo no elegí ninguna universidad de San Francisco porque él insistió en que nos fuéramos de la ciudad. No quiso que nos marcháramos del estado, pero en San Francisco había demasiados recuerdos, demasiada mierda a la que no nos apetecía volver a enfrentarnos.

Aparco delante de su casa. El sol va ganando terreno por el jardín delantero y sé que eso significa que pasaré el día en el patio de atrás haciendo todas las cosas que él ya no puede hacer. El intenso olor de su puro me golpea en cuanto abro la puerta y arrugo la cara como todos los domingos.

No lo soporto, pero tiene esa costumbre. Y hay cierto consuelo en las costumbres.

—Me encantaría que dejaras de fumar esa basura, viejo.

El sonido de su grave y áspera risa resuena por la casa.

—Me lo dices cada semana, chico, y yo siempre te contesto lo mismo: me encantaría que dejaras de repetirme que deje de fumar esta basura.

Sonríe y entro en el salón dejando que la puerta se cierre a mi espalda. El anciano y arrugado hombre al que llamo *viejo* está sentado en su sillón preferido delante de la ventana. El sillón de flores está tan viejo y estropeado como él, pero estoy seguro de que queda mucha más vida en el viejo que en ese sillón andrajoso.

—Ya lo sé. Pero vale la pena intentarlo, ¿no? —Me encojo de hombros y me dejo caer en el sofá que tiene delante.

Sonríe al volverse para mirarme y los perfiles de sus ojos de color gris oscuro se arrugan un poco.

—Si tú lo dices, chico. ¿Por qué has venido a molestarme?

Miro por la ventana.

—No tengo nada mejor que hacer en domingo.

Se ríe.

—Supongo que ya hiciste lo que tenías que hacer ayer por la noche.

—Viejo, alguien de tu edad no debería hacer esa clase de comentarios.

—¿Por qué? ¿Porque estoy arrugado? Si me encuentras algo bonito a lo que pueda echar mano el viernes en el bingo, te dejaré a la altura del

betún. ¡Ja!

Le da una última calada a su puro y lo apaga en el cenicero que tiene en la mesa que está junto a él.

—En esa frase hay demasiadas cosas que no encajan. —Niego con la cabeza.

—¿A quién has estado incordiando esta vez?

—¿Quién dice que he estado incordiando a alguien?

—¡Estás aquí a las diez y media de la mañana, chico! Hay algo que no cuadra. Los domingos nunca levantas tu triste culo de la cama antes de las doce.

—Yo no he incordiado a nadie. Además, sabía perfectamente que hoy querías ver mi triste culo en tu patio trasero.

El viejo posa sobre mí sus intuitivos ojos grises. Hace tamborilear los dedos en el brazo del sillón, y cada golpe de los dedos contra la madera se clava en mi conciencia. Pasa un rato analizando mi cara hasta llegar a una conclusión. Yo trago saliva y niego con la cabeza.

—Ya sé lo que vas a decir y te equivocas —le digo con firmeza.

Empieza con delicadeza:

—Nunca hablas de ella.

—No quiero hablar de ella. No tengo nada que decir sobre ella.

—Pues yo creo que sí. Solo estás fingiendo.

Niego con la cabeza y aparto la mirada.

—Y yo creo que me estás tocando las narices, viejo. Ya lo entiendo, ¿de acuerdo? La echas de menos y quieres hablar de ella, pero yo no. Yo no tengo nada que ver con la mujer que tú conociste. Ella nunca, repito, nunca fue una madre para mí.

—No puedes vivir toda la vida anclado en el odio, chico.

—No es odio, viejo. Es lástima, pura y simplemente. Siento lástima por ella y por la vida que me hizo llevar hasta que murió y tú me acogiste.

—Después de todos estos años de escolarización y de todo lo que te he enseñado, ¿aún no has aprendido a perdonar y olvidar? —dice en voz baja y adopta un tono de voz que consigue que vuelva a mirarlo a los ojos.

—Perdonar y olvidar son dos cosas muy distintas, viejo. Uno puede perdonar o puede olvidar, pero difícilmente podrá hacer las dos cosas a la vez. No puedo olvidar mi infancia y no puedo borrar las heridas. No puedo cambiar las cosas que me ha enseñado ni eliminar esas imágenes y los recuerdos de mi cabeza. Y eso significa que jamás olvidaré, y como no puedo olvidar, no puedo perdonar. Es así de fácil.

Sus ojos grises se oscurecen un poco y se llenan de decepción y tristeza. Me asalta la habitual punzada de culpabilidad: me siento culpable por odiar a la persona que él ama tanto. Me siento culpable por sentir alivio por el mismo motivo por el que él siente desesperación.

—Viejo...

—No. —Vuelve a arrastrar los ojos hasta la ventana y los posa sobre el patio—. Eso ya lo entiendo. Pero me gustaría poder entenderte a ti, chico.

—No hay nada que entender —le contesto—. Solo he aprendido a vivir con ello, viejo. No puedo pasar toda la vida anclado en el pasado. Ni ahora ni nunca.

—Hay que arrancar algunas malas hierbas en aquella esquina, junto al huerto. Y cuando acabes, necesito que me hagas unos cuantos agujeros para plantar unos arbustos que me traerán esta semana.

Aprovecho el cambio de tema para escapar. Los dos estamos siempre huyendo de lo que realmente queremos decir. Lo que necesitamos decir.

—¿Arbustos?

—Son para tu abuela. Hortensias. Siempre le gustaron las hortensias —murmura para sí—. En señal de devoción y comprensión, algo que nos vendría bien a todos.

Asiento a pesar de saber que no me está mirando. Es su forma de recordarla. Me pregunto si se alegra de que la abuela no llegara a ver lo que le ocurrió a su única hija. Me pregunto si se alegra de que a pesar de todo lo que sufrió, jamás tuviera que ver cómo su niña se destrozaba la vida hasta morir.

Me pregunto qué pensaría de mí ahora, si me miraría y estaría contenta de que fuera su nieto o si le gustarían mis planes de futuro. Me pregunto qué diría de mi forma de vivir y actuar.

Cojo la toalla del cobertizo, me acuclillo junto al huerto y la verdad me explota en la cara.

No creo que a la abuela le gustara mucho.

Dios sabe que no hay mucho de lo que sentirse orgulloso.

Paseo los ojos por la clase y suspiro aliviada al darme cuenta de que he llegado antes que Aston y Braden. Me encantaría que hoy no tuviéramos ninguna clase juntos, pero las cosas no funcionan así. Esto es la vida real y, como dice mi abuela, a la vida real le encanta pisotearte cuando estás en el suelo.

Me siento y recuerdo a la persona con la que comparto pupitre. Mierda. Agacho la cabeza hasta apoyarla en la mesa.

—Mierda —murmuro.

La silla que hay a mi lado chirría.

—Nena, si estás intentando esconderte, lo estás haciendo fatal. Te estoy viendo. —Las palabras de Aston me rodean, me envuelven en una suave caricia y se me seca la boca.

—¿Por qué me iba a esconder? —Me pongo derecha decidida a no mirarle a los ojos.

Él encoge un hombro con despreocupación, coge el bolígrafo y lo hace girar entre los dedos. Dios, odio que haga eso. Puedo ver todos sus movimientos por el rabillo del ojo. Me está clavando los ojos en el lado izquierdo de mi cabeza suplicándome que me vuelva, suplicándome que lo mire.

—Porque me deseas tanto que no puedes ni mirarme —dice adoptando un tono dramático que derrocha arrogancia.

Estiro la espalda.

—Está claro que alguien ha estado alimentando tu ego. Si no recuerdo mal fui yo la que se marchó, y no recuerdo haberte dicho que te deseaba.

Se inclina hacia delante. Su bíceps me roza el brazo y el calor de su piel se cuele por la manga de mi suéter.

—¿Ah, sí? —me pregunta con un tono de voz grave apenas perceptible.

Lucho contra las ganas de bajar la mirada.

—Ya lo creo.

Entonces me desliza la yema del dedo por la parte posterior del brazo y las cosquillas me obligan a reprimir un escalofrío.

—Pues yo creo que te equivocas —susurra—. Es posible que fueras tú la que se marchó, Megan Harper, pero también fuiste tú quien vino a buscarme. —Me mira los labios—. Y al final fue un buen paseo, ¿no crees?

Vuelvo la cabeza y mi cara queda a escasos centímetros de la suya. Tiene una pequeña sonrisa de listillo en los labios y me maldigo por haber elegido ese punto para posar los ojos. Los aparto de su boca y los arrastro por las marcadas facciones de su cara hasta que encuentro sus ojos color humo.

Y entonces recuerdo por qué no quería mirarle. Sus ojos tienen el poder de embelesarme y atraparme, y eso es justo lo que hacen. El brillo plateado que rodea sus iris tira de mí y entabla una silenciosa batalla con mis ojos. Y me ocurre lo mismo de siempre. Cada vez que le miro soy incapaz de pensar en otra cosa que no sea la caótica masa gris que tengo ante los ojos y entiendo por qué no encontré ningún motivo para no seguirle o para no besarle el sábado por la noche.

—¿Ya está otra vez haciendo el idiota?

Mis ojos pasan del gris al azul cuando la voz de Braden traspasa la niebla en la que me había atrapado Aston.

—Esa pregunta es absurda, Braden. Aston siempre está haciendo el idiota.

Braden sonrío y golpea a Aston en el brazo.

—Aparta tus babosas zarpas de ella, tío. Ya te dije en Las Vegas que Megan tiene mucha más clase que las que te acompañan habitualmente.

—Eso ya lo sé —contesta Aston mirándome a la cara.

Yo aparto la vista tratando de no reírme de la pulla de Braden. Es posible que yo tenga más clase que sus amiguitas habituales del fin de semana, pero eso no significa que no sea una de ellas. Lo único que quiero es acercarme otra vez a él y suplicarle más.

—¿Café? —articula Maddie desde el otro lado de la clase. Asiento. Quiero saber cómo les ha ido el fin de semana. A veces la madre de Braden puede ser un poco excéntrica.

—Supongo que no sabe nada. —Aston me da un golpe en el pie.

Me sobresalto y le miro mientras Braden se sienta con Maddie.

—Hummm, no. Aparte de que aún no lo había visto, tampoco es algo que pueda mencionar como quien no quiere la cosa en una conversación, ¿no crees? Podría ser divertido.

—A mí no me lo parece. —Se frota los labios con el pulgar—. Además...

—Déjame adivinar —le digo—. ¿Tu cara es demasiado bonita para que la destroce el inevitable puñetazo que te caería?

Se queda callado un momento y sonrío.

—No iba a decir eso, pero me alegro de que lo pienses.

—¿Sabes, Aston? Braden no es el único que te puede romper esa cara bonita que tienes.

—Me encanta que las chicas se pongan peleonas.

—También te gusta olvidarlas después de un polvo rápido y sin compromiso, por no hablar de un simple beso contra la pared, así que tampoco importa, ¿verdad? —Alzo una ceja consciente de la punzada que encierran mis duras palabras.

Aston calla y yo aparto la mirada. Mis palabras me han afectado más de lo que pensaba. No importa cuántas veces me repita que me da igual, porque no es verdad. Me preocupa mucho más de lo que me gustaría. Y nadie quiere que la persona por la que se preocupa la abandone como una muñeca de trapo.

—Yo nunca he dicho que no seas más que un simple beso, Megs, y tampoco sería un polvo rápido y sin compromiso. No pongas palabras en mi boca —susurra mientras el profesor empieza con la lección. Entonces se inclina hacia adelante sin dejar de girar el bolígrafo entre los dedos—. Soy muchas cosas y no todas son buenas, pero no soy ningún mentiroso. Y estaría mintiendo si dijera que ese beso no fue nada.

Se me hace un nudo en la garganta, un nudo lleno de esperanza, deseo y realidad. Un nudo lleno de emociones que no tienen voz en esta conversación. Me trago las palabras que se habían reunido en mi garganta, palabras llenas de verdad que no tienen cabida en momentos de duda, y me trago la pregunta de la que no quiero escuchar la respuesta.

Lo único que quiero hacer ahora es ignorarle y concentrarme en la clase, pero es casi imposible. Puedo sentir cada uno de sus centímetros junto a mí, puedo ver cada movimiento de su cuerpo y puedo sentir su mirada.

Aston estira la pierna por debajo de la mesa y acerca su pie al mío. Yo meto los pies debajo de la silla y dejo caer la melena hacia un lado formando una cortina entre nosotros. Necesito bloquearlo de alguna forma; su presencia y la forma que tiene de hacerme sentir me afecta demasiado.

Noto una sacudida en el pelo y salgo de mi forzado estado de concentración; casi me da un tirón en el cuello de lo rápido que giro la cabeza.

—¿Qué? —siseo.

—¿Me estás evitando?

—Estoy sentada a tu lado. ¿Cómo narices te voy a evitar?

—¿Estarías sentada aquí si no tuvieras que estarlo?

—No. Pero me ocurre lo mismo cada vez que tengo que sentarme a tu lado, así que lo de hoy no es ninguna excepción.

Se reclina muy serio.

—Piensas que soy un gilipollas.

—¿Quieres un premio? Pensaba que era evidente. —La clase termina y meto todas mis cosas en el bolso. Me pongo de pie y me lo cuelgo del hombro, pero Aston me detiene agarrándome del brazo.

—Intenta recordar una cosa, Megan —me susurra por detrás—. No olvides quién fue en busca de quién el sábado por la noche. Y estoy convencido de que volverías a hacerlo.

Mierda. Maldito listillo.

Le miro mientras se marcha y me fastidia pensar que tiene razón. Puede que él pusiera las cartas sobre la mesa, pero fui yo quien recogió el mazo y barajó. Ese estúpido beso fue cosa mía y los dos lo sabemos.

Los dos sabemos que puedo fingir que le odio. Y también sabemos que eso es completamente falso.

—¿Nos vamos? —Maddie me abre la puerta y yo fulmino con la mirada la espalda de Aston.

—Mientras no nos encontremos con más capullos allí, nos podemos ir —murmuro.

—¿Qué te ha hecho? —me pregunta con una risita en la voz.

—Con ser él mismo le basta. —Me encojo de hombros—. Ya sabes, es su actitud habitual, se cree que es un regalo divino para las mujeres.

—Ya. ¿Ha estado en ese plan todo el fin de semana?

—No tengo ni idea. Apenas le he visto —miento, y me estremezco por dentro. Odio mentir y, sin embargo, aquí estoy.

—Probablemente haya sido lo mejor —reflexiona apartándose el pelo de la cara—. Braden casi se vuelve loco este fin de semana pensando que te había dejado aquí con, y cito textualmente, un amigo capaz de follarse cualquier cosa que respire.

Finjo una carcajada.

—Parece que Braden no tiene ninguna fe en mi capacidad para no mezclarme con un chico así.

Y no es de extrañar.

Maddie se encoge de hombros.

—Ya sabes cómo es. Claro que este fin de semana su madre le ha dado un buen repaso por decir tantas palabrotas.

Me río a carcajadas y esta vez mi risa es sincera.

—Vaya, ¡me encantaría haberlo visto!

—Fue muy divertido. —Se ríe—. No dejaba de preguntarme si en la universidad también se comporta de esa forma.

—¿Y qué le dijiste? —Repaso el menú del Starbucks—. Un cortado con caramelo.

—Le dije que no, pero al mismo tiempo asentí discretamente con la cabeza.

Maddie sonrío y pide lo de siempre.

—Qué fuerte, ya le conoces casi tan bien como yo.

—Creo que me arriesgaré a decir que te he superado.

—Es posible —murmuro cogiendo el café.

—Pero sinceramente, su madre le avergonzó tantas veces que pensaba que la iba a matar. —Se ríe y nos dejamos caer en los sillones—. Nunca había visto a ningún chico sonrojándose.

Sonrío mientras el olor a caramelo me asalta desde la taza.

—Braden se sonroja con facilidad. Aunque te parezca increíble te aseguro que si tocas la tecla adecuada, verás que se sonroja como una niña que acaba de descubrir que ha llevado la falda metida en las bragas durante todo su primer día de instituto.

Maddie resopla.

—Ya me he dado cuenta. Es muy mono. Por cierto, Megs, ¿de verdad afeitó al gato?

Me atraganto con el café y asiento golpeándome el pecho.

—Yo quería un caniche, pero mis padres se negaron. Braden quiso darme el gusto y afeitó al gato. No se parecía nada a un caniche y los dos acabamos castigados durante dos semanas.

—Me lo explicó su madre. También me contó que os pasasteis la mitad del tiempo asomados a la ventana de la habitación gritándoos a los transeúntes con la esperanza de que ella y tu madre se enfadaran y os levantaran el castigo.

Se me acentúa la sonrisa al recordarlo. Nuestras casas están una frente a la otra y ambas están rodeadas de jardín. Los dos teníamos habitaciones con vistas a la calle y nos pasábamos el día asomados a la ventana hasta que pasaba alguien. Entonces nos poníamos a gritar que nos había encerrado una bruja malvada.

Ni que decir tiene que no me dejaron volver a leer la *Bella durmiente* ni *Rapunzel* durante mucho tiempo. En realidad mis padres me confiscaron los cuentos de hadas durante un mes. Eso no me gustó. Nada.

—¿Y por aquí ha pasado algo?

—Lo de siempre. Nada interesante. —Me remuevo en el asiento.

—En otras palabras: Kay tomó demasiados chupitos y acabó insultando a alguien, Lisa se escabulló con Ryan y Aston se llevó a alguna chica a su habitación y la echó dos horas después.

—Más o menos —le concedo sin corregirla sobre Aston. En realidad solo es una mentira a medias.

—Y tú, como siempre, pasarías la noche rechazando los intentos de ligue de muchos de los tíos buenos de la casa y acabaste volviendo a la residencia, ¿no es así? —Alza una ceja con escepticismo.

—Claro.

—¿Y no te aprovechaste de que Braden no estaba aquí vigilándote?

—No. —Más o menos.

—Vaya. —Ladea la cabeza y me sonrío—. Creo que necesitas un buen polvo.

—Vaya —repito su exclamación intentando no reírme de ella—. Me parece que pasas demasiado tiempo con Braden.

Abre la boca, espera y la vuelve a cerrar abriendo mucho los ojos.

—Oh, Dios mío. Tienes razón. ¡Me está convirtiendo en una hermana más!

—¿Te has unido a alguna hermandad femenina?

—No creo que tenga madera para una hermandad femenina. Además, lo más seguro es que la mitad de esas chicas se hayan acostado con mi novio y me odien por ser la única que ha conseguido echarle el lazo.

—Sí, eso sería incómodo.

—Mmmm.

—¿Y dónde está Braden? No es su estilo dejar que te alejes mucho de él —la provoco.

—Ja, ja. —Pone los ojos en blanco pero sonrío—. Ha ido a poner sus cosas en orden. En otras palabras, ha ido a interrogar a Aston para asegurarse de que no utilizó sus estrategias habituales para meterse en tus bragas.

Vaya.

—¿Y cree que Aston se lo contaría si hubiera ocurrido? —Mis cejas quedan atrapadas entre un fruncido y una mueca de incredulidad.

—Eso parece —murmura—. Igual que tú me lo contarías a mí, ¿verdad?

—Eeeh, no. —Me río y oculto la incertidumbre que intenta colarse en mis palabras. Maldita sea.

—¿Me estás diciendo que existe la posibilidad de que os hayáis acostado? —Los ojos verdes de Maddie brillan por encima de la taza.

—No.

—Vale. Es decir que es posible que sí porque tampoco me lo contarías de todos modos.

—Maddie, deja de poner palabras en mi boca.

—No salió bien, ¿verdad? —Hace un puchero.

—No porque no pasó nada. —Doy una palmada sobre la mesa—. Nada.

No pasó nada que deba saber nadie. Y como nadie tiene por qué saberlo no pasó nada.

Y esa lógica tiene más sentido en mi cabeza de lo que imaginé que tendría fuera de ella.

Fulmino a Braden con la mirada.

—Por enésima vez, no me he acostado con Megan este fin de semana. —Pero no ha sido porque no lo haya intentado.

Braden se cruza de brazos.

—Hoy en clase parecía más cabreada contigo que de costumbre.

Encojo un hombro con indiferencia.

—Eso es porque probablemente el sábado por la noche la cabreé más de lo habitual.

Ryan sonrío.

—La verdad es que parecía querer arrancarte las pelotas después de lo que fuera que le dijeras en la barra.

—Sí, bueno, aunque lo hubiera hecho tampoco me habría costado mucho encontrar a otra que viniera a consolarme después.

—Joder, tío. —Braden niega con la cabeza y se sienta—. ¿Yo también era así de capullo antes de empezar a salir con Maddie?

Ryan tira el móvil hacia arriba y lo atrapa en el aire.

—Sí.

—La diferencia entre tú y yo —le digo— es que yo no tengo ningún problema en admitir que soy gilipollas. Tú creías que eras Dios o algo así.

—Eso es porque lo soy, aunque de puertas para adentro. —Sonríe; es un engrñado—. Por lo menos no lo intentaste con Megan.

—No sé por qué estás tan preocupado. Megan es demasiado lista como para rendirse a este capullo. —Ryan me señala con el pulgar y yo le hago una peineta.

—Ya podéis hablar, pero aquí soy el único que sigue siendo libre. Vuestras chicas os tienen bien pillados por las pelotas —les recuerdo.

—Pero pillados con un buen par de manos —se ríe Ryan.

—¿Qué pasa, que antes de Lila no te habías topado con ningún buen par de manos? —le espeto—. Supongo que soy un afortunado.

—Afortunado de tener la habilidad de meterte en la cama con quien tú quieras —prosigue Braden.

—Como si tú no tuvieras la misma habilidad. Debo de haberme imaginado a todas las chicas medio desnudas que salían de tu habitación al día siguiente.

—Algún día acabarás como nosotros, Aston.

—Si algún día acabo tan encoñado como vosotros, por favor, dadme un buen puñetazo —resoplo—. Pero eso no va a ocurrir, creedme.

Estar encoñado significa tener sentimientos, y yo no tengo. No me permito tenerlos. Sentir significa recordar, y recordar es una mierda. Además, la única chica que podría conseguirlo es la única que tengo prohibida.

Y eso es una suerte. Si no puedo tenerla no puedo sentir nada por ella, y si no puedo sentir nada no puedo hacerle daño. Porque le haría daño. Al final ocurriría. Al final, el muro volvería a levantarse, la distanciaría, y yo volvería a pensar en los únicos sentimientos que cuentan.

Los físicos. Los que acaban con un par de piernas alrededor de mi cintura.

«Eres igual que ella. Solo servirás para eso».

—¿Tío? —Ryan da una palmada—. ¿Estás aquí?

—Sí. —Me deshago de mis pensamientos—. Pensaba que había visto algo.

—Dices que no encontrarás a nadie, pero lo harás —sigue diciendo Braden—. Créeme. Y será una chica con las pelotas lo bastante grandes como para ponerte en tu sitio.

—Si existe una chica capaz de domesticarme, estaré encantado de aceptar el desafío. —Me reclino en el sofá—. Me encantaría que alguien lo intentara. Hay que tener sentimientos para que te domestiquen, chicos, y yo no siento nada que no sea lujuria.

—Yo no sentía nada. Pero entonces tuve que seducir a Maddie. —Braden guarda silencio un momento y se pasa la mano por el pelo mirándome—. Algunas cosas son demasiado reales como para ignorarlas.

—¿Lo ves? Encoñado. —Resoplo—. ¿No tenéis nada mejor que hacer que sentaros aquí a decirme que necesito amor?

—Supongo que sí. —Ryan vuelve a sonreír—. Pero esto es mucho más divertido.

—¿Qué es divertido? —pregunta Lila entrando en la habitación mirando a Ryan.

—Molestar a Aston. —Alarga el brazo hacia ella, la coge de las manos y la sienta sobre su regazo.

Ella gruñe.

—¿Y ya has pensado que un Aston cabreado suele significar sexo y que eso, a su vez, significa que debe haber alguna chica enfadada acosándonos?

—¿En serio? —Me pongo derecho—. ¿Las chicas hacen eso?

«Vaya. Ya sabía que era bueno, pero...».

Cuando Lila se vuelve hacia mí, su mirada es tan directa como su voz.

—Sí. Es como cuando piensan que como soy la novia de Ryan tengo una especie de pase VIP al interior de tu cabeza. Y gracias a Dios no lo tengo, pero ellas no lo entienden. Y todas quieren saber por qué no las llamas.

—Oye, yo nunca prometo que vaya a llamar. No lo digo y ellas no preguntan. ¡La mitad de ellas no dejan ni su número de teléfono!

Lila alza las cejas y los chicos se ríen.

—¡No lo dejan! —insisto—. No es culpa mía. ¿Cómo las voy a llamar si no me dejan el número?

—Puede que quieran que se lo pidas.

—Si se lo pido esperarán que las llame.

—¿Y el problema es...?

—Que no las pienso llamar. Cuando le pida el teléfono a alguien, tendrá un buen motivo para cabrearse si no llamo.

Ella suspira y deja caer la cabeza mirando a Ryan. Él reprime una sonrisa.

—¿No hay alguna forma de ponerle un cartel de advertencia?

—¿Y qué quieres que ponga, nena? —pregunta Ryan.

—Capullo adicto al sexo. No te va a llamar. No te molestes.

—¡Eso destrozaría mi reputación! —protesto.

Lila pone los ojos en blanco y se levanta del regazo de Ryan. Se marcha en dirección a la puerta y se detiene para mirarme por encima del hombro antes de salir.

—Tampoco se puede decir que tengas una gran reputación, Aston. Lo que tienes que hacer es pasar una noche con una buena chica. Nunca se sabe, igual te gusta. Quizá cambie tu absurda perspectiva de las cosas.

—La verdad es que en eso tiene razón —dice Braden encogiéndose de hombros.

—Pringados.

Me levanto y cruzo la puerta para subir las escaleras de dos en dos hasta mi habitación.

No quiero seguir con esta conversación.

Ya he estado a punto de pasar la noche con una buena chica. Y eso casi me ha destrozado, porque ahora ya no puedo imaginarme con otra que no sea con ella. No puedo dejar de pensar en lo que podría y tendría que haber pasado después de ese beso. Ahora cada vez que la miro la imagino tumbada en mi cama debajo de mí y abrazándome.

Los chicos solo ven el Aston que quiero que vean. Ellos no ven el desastre que escondo en mi interior, no ven el verdadero Aston. No tengo ninguna intención de compartirlo con nadie. Jamás.

«No vales nada».

Dejo que la puerta de mi habitación se cierre a mis espaldas ignorando ese eco que resuena en mi cabeza.

Ya sé que no valgo nada. No necesito que ningún fantasma del pasado venga a recordármelo.

Aguardaba temblando en un rincón; esperaba. La fina manta con la que me tapaba no bastaba para detener el frío que se colaba por la ventana abierta. Tenía seis años y era demasiado pequeño para alcanzar la ventana abierta.

Ella dijo que volvería. Prometió que volvería, pero tardó demasiado y él salió a buscarla. Yo no sabía cómo se llamaba, pero me dijo que esa vez se las pagaría. Estaba muy enfadado.

Me froté la pierna. Esboqué una mueca e intenté no llorar de dolor. Siempre era culpa mía. Esa vez fue porque mamá tardó demasiado en volver y me puse a llorar. No sabía quién era ese tipo, pero no me gustaba. Me hizo más daño que el anterior. Tenía unos brazos más grandes con los que pegarme.

—¿Mamá? —susurré en el silencio de la oscuridad. Estaba asustado. Solo y asustado. ¿Dónde estaba mi mamá? ¿Por qué no estaba todavía en casa? Me froté los ojos para no llorar.

Quería que mamá llegara a casa antes que él. Si volvía antes que ella, seguro que me volvía a hacer daño.

—¿Mamá?

—*M*enudo capullo —dice Kay mirando a Aston.

Está delante de una chica que se esfuerza por enseñarle bien las tetas. Él esboza una lenta sonrisa y apoya el brazo en el árbol que tiene al lado. Ella se enrosca un mechón de pelo en el dedo y esboza lo que debe considerar una sonrisa seductora mientras le mira a los ojos.

—Ya veo que se tomó muy en serio la conversación que tuvimos hace dos días —comenta Lila.

—¿Qué conversación? —pregunta Maddie.

—Le dije que tenía que buscarse una buena chica.

—Es evidente que no entendéis lo mismo por «buena» —digo con más sequedad de la que pretendo—. Para Aston lo único que esa chica tiene de bueno es que en algún momento se dará la vuelta y se marchará.

Kay resopla.

—Me encanta cuando os ponéis celosas.

Me vuelvo de golpe.

—¿Quién dice que estoy celosa?

—Estás tan verdosa que casi te has mimetizado con la hierba.

—Claro, es muy normal que me ponga celosa de las chicas que hablan con Aston.

Y, sin embargo, estoy celosa. Estoy enfadada. Estoy disgustada. Y estoy mucho más enfadada conmigo misma por sentirme así. Ya sabía que volvería a las andadas, pero verle tan cerca de otra chica cuando me estaba besando a mí hace solo unos días, me pone como una fiera.

Me mata verle con otra chica sabiendo que fue mío, aunque solo fuera por unos minutos. Es como si unas zarpas me abrieran el pecho y me arrancaran el corazón. Incluso aunque fuera yo quien se alejara de ese beso.

Porque eso es todo lo que fue. Un beso. ¿Cuándo me lo voy a meter en la cabezota?

Aston nos hace un gesto con la cabeza, sonrío y cruza el jardín. Se sienta en el suelo a mi lado y me mira.

—¿Qué? —Le miro a la cara.

—Nada.

—¿Qué le pasaba a Barbie? ¿Le tocaba recolocarse los implantes de silicona? —espeto alejándome de él. *Aarg*.

Hola, Megan la irracional.

Sería mucho más sencillo si pudiera meter todos estos celos en una caja. Los encerraría junto al nudo que tengo en el estómago y mi corazón encogido. Sería un bonito paquete.

—No es mi tipo.

—¿La vas a llamar? —le pregunta Lila.

—Nosotras nos vamos. —Maddie coge a Kay del brazo y tira de ella.

Aston resopla y me mira.

—No.

—¿Y ella cree que lo vas a hacer?

Se encoge de hombros.

—¿Cómo voy a saberlo?

Escondo mi bufido con la mano. Es un bufido medio de enfado medio de diversión.

—¿Qué? —me pregunta.

—Nada. —Niego con la cabeza—. Siempre estás con tías tontas, ¿sabes?

—¿Ah, sí? —Se vuelve hacia mí muy despacio desafiándome con sus ojos grises.

—Pues sí. —Deslizo una gruesa brizna de hierba entre los dedos mientras le miro—. Si fuera una de ellas me sorprendería que me llamas, bueno, me sorprendería que te molestaras en mandarme un mensaje. Me refiero a que si alguna chica habla contigo después de que os hayáis acostado debe de significar algo, ¿no? Bueno, si hay alguna chica que consiga hablar contigo después de besarte debe de ser alguien muy especial.

—Eso depende de cuándo hable con ella —contesta con serenidad.

—¿La mañana siguiente? —Verbalizo el desafío de sus ojos y le reto yo también en silencio.

«Me dijiste que significaba algo. Y una mierda».

—Si hablo con ella la mañana siguiente significaría que es más que un polvo o un simple beso. Significaría que ha significado algo. Que es alguien especial.

«Y ahora me contesta utilizando mis propias palabras. Capullo».

Supongo que esta vez pierdo yo.

El corazón me late con una fuerza dolorosa. Se retuerce y se comprime mientras le miro: nunca será mío. Los dos estamos expuestos para que lo vea todo el mundo, pero nunca lo sabrán. Lo nuestro es un secreto a voces, una absoluta contradicción en sí misma.

—Entonces es un alivio que ninguna chica haya tenido el privilegio de conseguir esa charla matutina, ¿verdad? —le reprocho con más tranquilidad esforzándome por eliminar la acritud de mi voz.

Sus ojos grises se posan sobre mis labios y la intensidad de su mirada me obliga a separarlos para respirar. Me pasa cada vez que me mira. Esos ojos grises siempre me vencen.

Aston se frota la barbilla y me observa con atención.

—Exacto —me contesta con la misma tranquilidad con la que le he hablado yo.

Lila carraspea y yo dejo de mirar a Aston. Mi amiga nos mira alternativamente y cojo la correa del bolso.

—Me tengo que ir a clase. Nos vemos luego. —Me levanto y me marcho sin mirar atrás.

Lila es la versión adolescente de Sherlock Holmes. Si tiene la sospecha de que tramasa algo, seguirá la pista hasta llegar al fondo de la cuestión. Si no vamos con cuidado, nos descubrirá en seguida.

Pero mientras camino de vuelta al campus, no puedo evitar pensar en lo que ha dicho Aston.

Ha dicho que significo algo. Un beso ha significado más que la interminable retahíla de polvos de una sola noche que ha encadenado estos últimos meses. ¿Cómo es posible?

Bueno, tampoco es que importe. No puede ocurrir. Ese beso, ese beso que me nubló el pensamiento, hizo que me temblaran las rodillas y me aceleró el corazón no debería haber pasado, así que no puede ocurrir nada más.

¿Pero y si ese «algo más» significa sexo? Ya me alejé de eso una vez. No sé si fue una estupidez o lo más inteligente que he hecho en mi vida. Y, sin embargo... ¿y si los dos quisiéramos más? ¿Y si el sexo se convirtiera en algo más? Como por ejemplo en una relación. O en amor. ¿Qué pasaría entonces?

Pssss. ¿Amor y Aston en la misma frase? Si fuera verdad eso de que en el mundo hay demasiados libros, al final tendré que darle la razón a Lila cuando dice que leo en exceso. La gente no cambia sin más y tampoco sus acciones. No me creo ni por un segundo que Aston pueda dejar de ser un mujeriego para convertirse en un hombre de una sola mujer.

Y esa convicción me ayuda a mantener a raya el deseo que siento por él.

Pero si se diera la remota posibilidad de que algo cambiara —y estamos hablando de una probabilidad realmente incierta—, y él me deseara tanto como le deseo yo, me resultaría imposible encontrar nada con lo que defenderme.

Maddie y Lisa entrelazan sus brazos con los míos y no me sorprende descubrir que me están llevando en dirección al Starbucks.

—¿Por qué tengo la sensación de que no me va a gustar la conversación? —gruño.

Maddie se encoge de hombros.

—No tengo ni idea.

—Quizá sea porque, vaya, espera un momento, ¿puede que sea porque me habéis cogido y me lleváis directamente a la sala de confesiones del Starbucks? —pregunto mirando a Lila—. Y la sonrisa que Lila tiene en la cara significa que no trama nada bueno.

—Está bien —suspira Lila abriendo la puerta—. Id a sentaros. Yo traeré los cafés.

—Esto no pinta bien —murmuro para mí misma—. ¿Qué ha hecho? ¿Ha roto algo? Oh, no, no me digas que ha vuelto a borrar mi trabajo del portátil.

—Nada. —Maddie me acompaña hasta uno de los sillones y se sienta delante de mí—. Ella no ha hecho nada. Y ya sabes que aquello fue un accidente.

—Humm. Pues si no ha hecho nada estará a punto de hacerlo. Y si encima me va a invitar a café me parece que no me va a gustar mucho.

—Bueno, esta es una situación de extremos. —Se da unos golpecitos en la barbilla—. O te encantará o lo odiarás, pero no creo que importe...

—Porque lo haré de todos modos —canturrea Lila dejando una bandeja delante de nosotras.

—No os voy a mentir, empiezo a estar un poco asustada. —Alterno la mirada entre ellas y paso de la imagen de Maddie mordiendo el labio a los brillantes ojos de Lila.

—¡Díselo de una vez, Lila! —grita Maddie—. Desembucha antes de que coja ese café y te lo tire por encima.

Cojo la taza de café y la sostengo en dirección a Lila. Lo mejor es dejar las cosas claras.

—¡Está bien! El tema es que he estado pensando —empieza a decir.

—Cosa que nunca conlleva nada bueno —la interrumpo.

—Si tú lo dices... Me he dado cuenta de que eres la única que sigue soltera aparte de Kay, y jamás soñaría con hacerle algo así a ella.

—Vaya, ¿te has dado cuenta de que estoy soltera?

—Kay siempre está por ahí con algún, bueno, con alguien, yo estoy con Ryan, y Maddie con Braden, y tú te quedas sola.

—Oh, no. —Ya he entendido a dónde quiere ir a parar con todo esto.

—Así que estaba pensando que necesitas un chico.

—No.

—Así no estarás sola. Está claro que Aston queda descartado.

Está claro.

—No.

—Y Braden te mataría si intentaras emparejarla con alguno de los chicos de la fraternidad —apunta Maddie.

—Pero los chicos de la fraternidad solo suponen una pequeña parte de la gran cantidad de tíos buenos que hay en el campus. Lo que quiero decir es... —Lila mira a su alrededor y se inclina hacia delante bajando la voz—. ¿Has visto a James Lloyd últimamente? ¡Joder! Está en mi clase de Matemáticas y está como un tren.

—Novio —le recuerda Maddie con una sonrisa—. Lo que queremos decirte, Megs, es que no queremos que te sientas excluida.

—¿Alguna vez me habéis oído decir que me siento excluida? —Las vuelvo a mirar a las dos.

—Pues no...

—Pero yo tengo la sensación de que lo estás —me presiona Lila—. Y no quiero que lo estés. Y te aseguro que en nombre de la amistad y la lealtad femenina te interesa mucho dejar que te empareje con un tío bueno.

—¿Me interesa a mí o a ti? —Alzo una ceja.

—A ti, claro.

—¿Y qué pasa si te digo que no?

—Pues que no importa.

Oh, no. Me incorporo y me agarro de los brazos del sofá mirándola fijamente.

—Dime que no lo has hecho, Lila. No habrás sido capaz.

—Lo ha hecho. —Maddie asiente con la cabeza.

Lila sonrío.

—Mañana tienes una cita para ir a la fiesta de Mark.

No se me ocurre alguien peor que Lila para buscarme pareja. Su gusto en cuanto a chicos es cuestionable. Muy cuestionable. Llevo aquí veinte minutos y ya me siento como Harriet, el personaje que Jane Austen escribió en su novela *Emma*. Y Dios sabe que la habilidad de Lila para hacer de celestina es igual que la de Emma. Las dos son terribles. La única ventaja que Lila tiene sobre Emma es Ryan, ella supo encontrar el amor de su vida muchísimo antes que Emma.

Y además yo sé que cualquier cita que me organice Lila está destinada a ser un desastre por culpa de la atracción que siento por Aston. Aunque no tengo forma de explicarlo sin meterme en un buen lío. No tengo forma de explicar que cualquier chico palidecerá en comparación con esa sonrisa de chulito rebosante de seguridad y ese exigente y necesitado beso. Ese maldito beso...

Ya han pasado seis días y sigo aferrada al recuerdo de lo que podría haber pasado. Han pasado seis días y la convicción de que hice lo correcto está empezando a convertirse en arrepentimiento por no haber hecho lo incorrecto. Y saber que hice lo correcto me está retorciendo las tripas.

¿Pero para quién es lo correcto? ¿Para Braden?

Que algo sea correcto para una persona no significa que tenga que serlo también para mí.

Correcto o no, el caso es que estoy atrapada en la cita que me ha organizado Lila. Estoy sentada a escasos metros de Aston fingiendo que tengo otros intereses aparte de esos ojos que tiene clavados en mí.

Golpeo el vaso contra la barra después de beberme el chupito. Dios, me he convertido en la clase de chica que bebe para tolerar una cita.

—Vaya —me dice el chico que tengo sentado delante—. Pareces un poco aburrida.

Me río un poco.

—No, lo siento. Es que he tenido un día duro, ¿sabes?

Asiente. Mierda. ¿Cómo se llama? Vaya, los estúpidos chicos de la fraternidad me están contagiando. Me echo la melena a un lado para apartarme el pelo de la cara y me inclino hacia él.

—¿Por qué no me hablas más de ti?

«Y me dices tu nombre, por favor».

—Pues estudio Biología...

Y desconecto. No es mi intención hacerlo, de verdad que no, pero para mí las ciencias son como chino mandarín. Son demasiado realistas. Lo mío es la ficción. A mí me van las escenas que te dejan desmayada, los conmovedores actos de amor que te paran el corazón y esos chicos increíbles que nos dan a las chicas como yo todas esas expectativas tan poco realistas.

Disney, estoy hablando de ti.

Me acerco el vaso y bebo de la pajita asintiendo y fingiendo interés en el señor Biología. Estoy fingiendo porque toda mi atención está clavada en la chica morena que está delante de Aston. La tiene cerca. Muy cerca.

Aston coge un botellín de cerveza y levanta la mirada. Y parece que pueda sentir que le estoy mirando, porque me clava los ojos. Están vacíos, yermos de emociones, casi muertos, y siento frío. Nada. Eso es lo que saco. Nada.

Sonrío, pero no lo hago con sinceridad. Solo siento un enfado irracional hirviendo en mi estómago y la frialdad de su mirada extendiéndose por mi cuerpo.

—Oye —me inclino hacia delante y poso una mano sobre el brazo del señor Biología—. Lo siento mucho, pero no me encuentro muy bien. Me voy a ir a la residencia.

—Oh. Claro. Puedo acompañarte. —Hace ademán de seguirme.

—¡No! —Inspiro hondo—. No, no pasa nada, gracias. Aún es pronto.

—Como quieras.

—Gracias. Ha sido una noche muy agradable. —Esbozo una débil sonrisa, me levanto y me doy media vuelta.

¿Agradable, Megan? ¿Eso es todo? Dios.

Dejo a un lado mi lastimosa falta de adjetivos convincentes y me concentro en salir de la casa de la fraternidad.

Él —Aston Banks— me está absorbiendo. Se está apoderando de mí y agitándose como si fuera un Martini.

Abro la puerta principal y salgo al suave aire de California. Inspiro hondo y empiezo a caminar en dirección a la residencia con rapidez.

Tengo que emular la medianoche de Cenicienta.

El tiempo pasa muy deprisa. Demasiado deprisa.

Desde que besé a Megan me he ido encerrando lentamente en mí mismo. Cada día trae un nuevo ramillete de recuerdos y revela un nuevo montón de cicatrices. Cada día abre una nueva herida que sangra durante horas. Cada manojo de recuerdos desempolva un nuevo grupo de cortes en mi mente que jamás cicatrizarán. Y cada uno tiene su propia forma, su propio significado y su propio dolor.

Cada uno de ellos me recuerda por qué no puedo darle a Megan lo que merece. Cada uno de ellos me recuerda los motivos por los que debí mantenerme alejado de ella desde el principio y las razones por las que debo hacerlo ahora.

Herido. Destrozado. Desparejado.

Esas son las tres primeras palabras que me vienen a la cabeza cada vez que tengo que describirme. Me salen automáticamente.

Inútil. Sin valor. Nada.

Esas son las tres siguientes. Las palabras que me repitieron tantas veces, tantas voces distintas, durante tanto tiempo. Son esa clase de palabras que se cuelan bajo la piel, anidan en tu interior y no se marchan jamás.

Una buena palabra se puede quedar durante cierto tiempo, pero la mala se queda para siempre.

Está demasiado cerca de las palabras que me destrozaron y me dieron la vida. Las palabras que me destruyeron y me salvaron.

Ella ya no está.

Me froto los ojos inclinándome hacia delante e inspiro hondo. Ya sé que es inevitable que piense en ella, ella es la mujer que debía protegerme a toda costa. Pero eso no significa que quiera hacerlo. Eso no significa que tenga ninguna intención de recordar a la mujer que tengo que llamar mamá.

Me levanto con rabia, cruzo la habitación y abro la puerta. Dejo que dé un golpe contra la pared y corro escaleras abajo donde la música suena en la habitación de un estudiante de segundo año, es la fiesta de cumpleaños de Mark. Entro en la cocina y cojo una cerveza de la nevera. La destapo, me llevo el cristal a los labios y dejo que el frío líquido resbale por mi garganta. Necesito olvidar. Y no me importa con quien, solo necesito olvidar toda esta mierda.

Sería mucho más fácil si Megan Harper no me hubiera arruinado para las demás chicas. Resultaría mucho más sencillo si no estuviera comparando los labios de cada chica con los suaves y rosados labios de Megan, o los ojos de las demás con el infinito azul que anida en los suyos.

Sí. Todo sería mucho más sencillo si el fin de semana pasado no hubiera existido nunca.

Tropiezo con la mirada de una chica que me observa desde el otro lado de la cocina. Sus ojos oscuros me repasan superficialmente y se coloca la melena sobre el hombro esbozando una sonrisa. Me apoyo al final de la barra y observo su esbelta figura. Ella se acerca a mí con seguridad y esboza una brillante sonrisa.

—¿Puedo hacer algo por ti? —Sonríe haciendo girar el botellín entre los dedos.

Se acerca un poco más y mis ojos se posan sobre sus pechos, que asoman por el escote de su camiseta dejando entrever el encaje negro de su sujetador.

—No estoy segura —dice con tono seductor—. Pero estoy bastante convencida de que yo sí que puedo hacer algo por ti.

Me desliza el dedo por el brazo y se acerca un poco más. Vaya, siempre me han gustado las chicas atrevidas, pero esta nunca ha oído hablar del espacio personal.

Doy un pequeño paso atrás.

—¿Y cómo vas a hacerlo?

—¿Te gustaría saberlo? —Se pasa la lengua por el labio superior. Supongo que piensa que queda muy *sexy*, pero esta noche no funciona conmigo.

Entonces veo una cabeza rubia por encima de su hombro y miro en esa dirección. Megan se toma un chupito, clava el vaso en la mesa y fulmina con la mirada a la chica que tengo delante. El chico que está con ella dice algo y la oigo reír con suavidad. Y ese sonido me saca de quicio. Se inclina hacia él poniéndose el pelo a un lado. Tiene las piernas cruzadas sobre el taburete y la ajustada falda negra que lleva trepa por la suave piel de sus muslos.

Los muslos que me muero por sentir alrededor de mi cuello y mi cintura.

Bebo un poco ignorando a la chica que tengo delante y veo cómo Megan frunce los labios alrededor de la pajita.

Esos labios que quiero sentir sobre los míos.

Se pasa la mano por el pelo levantándose la melena y dejándola caer de forma desordenada.

Esa mano con la que quiero entrelazar los dedos mientras la sujeto debajo de mí para enredarle el pelo de un modo completamente diferente.

Esto. Es. Una. Mierda.

Me mira por encima del hombro con hielo en los ojos azules. Sonríe, pero no hay ninguna sinceridad en su sonrisa. Vuelve la cabeza y le dice algo al chico antes de desaparecer entre la gente.

Entonces centro la atención en la chica que está conmigo sin llegar a verla de verdad.

—Mira, nena, la verdad es que no eres mi tipo. Pero estoy seguro de que ese chico que hay al otro lado de la barra estará encantado de

aceptar tu ayuda. —Hago un gesto con la cabeza en dirección al chico con el que estaba hablando Megan y me marcho dejando a la chica un poco contrariada.

Salgo de la casa de la fraternidad. El aire de Berkeley se va enfriando a medida que nos acercamos al invierno. Cruzo la calle en dirección al campus y a la residencia de las chicas. Como comparte habitación con Lila sé cuál es su edificio y el número de su habitación, y también sé que estará ahí.

No estoy pensando en lo que hago. No pienso en las personas a las que podría herir, en lo que podría pasar después ni en cómo me voy a sentir. Lo único en lo que puedo pensar es en que Megan me puede ayudar a olvidar.

Si no me puedo olvidar de ella, necesito olvidarme de mi pasado con ella esta noche.

Mañana ya me enfrentaré a los efectos colaterales que puedan surgir. La sumaré a mi colección de malas decisiones.

Les guiño el ojo a las chicas que me dejan entrar en la residencia y subo las escaleras de dos en dos hasta llegar a su piso. Llamo dos veces a su puerta y me apoyo en el marco de la entrada.

—Aquí no hay nadie —grita.

Llamo otra vez.

—Abre la puta puerta, Megan. Si no abres la tiraré abajo.

Se escucha un clic y la puerta se entreabre. Megan asoma la cara por la grieta.

—¿Qué narices estás haciendo aquí?

La empujo al interior de la habitación y cierro la puerta volviéndome para echar la llave. Su habitación está ordenada, es completamente diferente a la mía. Es muy propia de Megan. Hay una pila de libros sobre el escritorio, de texto y de otras clases, y aunque está intentando esconderlos, desde donde estoy puedo ver los muñecos de peluche que tiene debajo de la cama. En un rincón y sobre el respaldo de una silla hay unas cuantas prendas de ropa y, a juzgar por la cama hecha que hay junto a ella, supongo que son de Lila.

—Hola, Aston. ¿Qué narices estás haciendo aquí? —me repite.

La miro y me paso la mano por el pelo.

—¿Sinceramente? No tengo ni idea.

—¿Acaso esa chica no era tu tipo? ¿Llevaba las tetas demasiado escondidas para tu gusto? —Megan alza las cejas.

—Los celos no te sientan bien, Megs. —Me doy la vuelta hasta ponerme delante de ella y la obligo a pegar la espalda a la puerta.

Ella ladea la cabeza y cuando me mira con aire desafiante la camisa le resbala un poco por el hombro.

—No soy yo la que parecía querer arrancarle la cabeza a alguien en la fiesta.

Apoyo las manos sobre la puerta a ambos lados de su cabeza atrapándola en medio y acerco mi cara a la suya. Mis ojos rebuscan en el azul que tienen delante.

—Y yo no soy el que parecía querer arrancarle las extensiones a alguien —le digo en voz baja—. ¿Quién es aquí el que está celoso, Megan?

—Tú —susurra—. Yo no tengo ningún motivo para ponerme celosa.

—Exacto. —Dejo caer una mano hasta su cintura y flexiono los dedos. Ella aprieta el puño y me mira fijamente—. No tienes motivo para ponerte celosa porque estoy aquí y no allí.

—¿Y se puede saber por qué estás aquí exactamente?

La miro sin apenas respirar o moverme y las palabras me queman la garganta: siento una necesidad feroz de decírselo.

—Porque te necesito. Necesito volver a sentirte. Ese mísero beso no fue suficiente. No se acercó ni de lejos a ser suficiente, Megan. Jamás será suficiente, contigo no. No sé si habrá algo que llegue a ser suficiente.

Separa un poco los labios y su cuerpo se relaja un poco. Se le hincha el pecho al inspirar.

—Tú... —Traga saliva y me posa una mano en el pecho—. No deberías estar aquí.

—No debería pero estoy aquí.

—Esto está mal.

—Sí. —Agacho la cabeza hacia la suya—. Pero estoy aquí, Megan. Piensa lo que quieras, pero no me voy a ir a ninguna parte hasta que pueda volver a besarte y dejarte sin sentido otra vez.

—No estoy ciega, Aston. Tienes mucho más que un beso en la cabeza.

—No lo niego.

Guarda silencio y cierra los ojos un momento.

—Tú... ¡Argh! —Abre los ojos—. Tienes que marcharte. No puedo...

—¿No puedes qué?

—No puedo quedarme aquí viendo cómo me miras y no hacer nada de lo que me vaya a arrepentir.

Le cojo la cara y le acaricio la mejilla con el pulgar.

—Pero ya lo has hecho, ¿verdad? Te arrepientes de haberte marchado el fin de semana pasado. Lo sé.

—No.

—Si no te arrepintieras ya hace un buen rato que me hubieras echado. Ni siquiera me habrías dejado entrar. —Le levanto la cabeza—. Sabes muy bien por qué he venido, lo sabías antes de abrir la puerta.

Me clava sus ojos azules y noto cómo me quiebro un poco más. No entiendo qué me está haciendo esta chica. Ese control que estoy dejando

que ejerza sobre mi destrozada persona acaba de intensificarse un poco más.

—¿Por qué has venido? —pregunta.

—Ya lo sabes.

—Dímelo, Aston. Maldita sea. No juegues conmigo. No te quedes ahí utilizando tus trucos habituales con la esperanza de que me quite las bragas y me tire encima de ti. ¿Está claro?

—Está bien —murmuro. Agacho la cabeza y ahora estamos tan cerca que apenas cabe un susurro entre nosotros. Aún puedo verle los ojos, está furiosa—. Ya veo que no es lo bastante evidente. Estoy aquí porque quiero acabar lo que empezamos el fin de semana pasado. Quiero empotrarte contra esta pared, besarte hasta la extenuación y luego tumbarte en la cama y besar el resto de tu cuerpo. Y después, Megan, me voy a enterrar tan profundamente en ti que olvidarás dónde acaba tu cuerpo y dónde empieza el mío.

Traga saliva y abre mucho los ojos. Saca la lengua y la desliza por entre sus labios haciendo que toda la sangre de mi cuerpo resbale hasta mi entrepierna.

Me apoyo contra ella.

—¿Está claro?

Megan me besa con ardor e intensidad. Me clava los dedos en los hombros y se pega a mí amoldándose a mi cuerpo. Yo la beso con más fuerza empujándola un poco más contra la pared y noto cómo mi erección golpea los vaqueros debido a la intensidad de la necesidad que siento por ella.

Paseo la mano por su cuerpo como si estuviera hambriento, cosa que no puede ser más cierta. La toco, la estrecho, la acaricio con suavidad y con fuerza, la provocho y la estimulo. Deslizo la lengua en su boca profunda y desesperadamente, necesito y deseo degustar hasta el último centímetro de su boca. Su espalda golpea la puerta y ella gimotea.

Percibo la suavidad y la hinchazón de su labio inferior entre mis dientes al tirar suavemente de él y rujo jadeante al soltarlo. Ella abre los ojos y la pesadez de sus párpados alimenta el fuego que arde en ellos. Mi mirada no se mueve ni un ápice, lo contrario que mis manos. Deslizo los dedos por debajo de su camisa y los paseo temblorosos por encima de su preciosa piel peleando contra la necesidad de arrancarle la ropa. Su respiración es pesada; se le acelera; estamos tan cerca que casi puedo sentir su sabor.

—Megan —susurro con el corazón acelerado. Sé que esto es un error. Sé que no puede salir nada bueno de esto. Hace tres días me estaba maldiciendo, me odiaba, y ahora mi cuerpo la tiene inmovilizada contra la puerta. Yo encarno todo lo que ella odia.

Pero en este momento me importa un pimiento. La necesito. La necesito tanto que estoy asustado.

Sus manos trepan por mis hombros, me las pone en la nuca y entierra los dedos en mi pelo.

—No —susurra sin aliento—. Esto está mal. Muy mal. Pero no puedo evitarlo. Esta vez no puedo parar.

Sus palabras me dejan sin respiración y la beso con aspereza. Su lengua se desliza por mis labios y se contonea ligeramente entre ellos. Yo también hago lo mismo y la acaricio mientras paseo mis manos por su espalda separándola un poco de la puerta. Ella me besa con exigencia, me pide y me exige lo que quiere a un mismo tiempo.

Y yo soy incapaz de negárselo.

Soy incapaz de negarle nada.

Megan se levanta. Le tiembla todo el cuerpo. No quiero separarme de ella. Me sonrío, coge su ropa y desaparece en dirección al baño de la habitación.

Yo me incorporo un poco sosteniendo el peso de mi cuerpo sobre los codos y dejo caer la cabeza hacia atrás un segundo aceptando la realidad de la situación. Y la realidad es que estoy bien jodido, y no solo en sentido físico. Estoy jodido en todos los aspectos posibles.

Me levanto, me quito el preservativo y lo tiro a la basura. Me limpio con un pañuelo de papel y me visto. Cuando estoy a punto de ponerme la camiseta oigo cómo se abre la puerta y el susurro de la dulce voz de Megan.

—Ahora tendremos que fingir, ¿no? —Me mira muy seria—. Tendremos que fingir que esto no ha ocurrido. Igual que la otra vez. Pero peor. —Clava los ojos en el suelo.

Me acabo de poner la camiseta mientras cruzo la habitación. Me detengo delante de ella e inspiro hondo.

—Sí. Esa es la idea general.

Megan suspira y suelta el pomo de la puerta.

—Ya lo suponía.

—Pero eso no significa que tengamos que ignorarnos. —La cojo de la cintura antes de que se mueva y me mira con el ceño fruncido.

—¿Qué?

—No tengo ningunas ganas de que Braden me parta la cara, pero por alguna extraña razón la idea de irme de esta habitación sin saber si seguirás aquí me vuelve completamente loco —admito aguantándole la mirada—. No me pienso marchar sin que me prometas que seguirás estando aquí, Megan.

—¿Para qué? ¿Por sexo? Porque eso lo puedo conseguir en cualquier parte, Aston. No tienes ninguna exclusividad —espeta apartándome—. No pienso hacer eso.

La vuelvo a sujetar y la pego de nuevo a mí. Acerco la boca a su oreja y siento el ligero temblor de su cuerpo.

—Te he dicho que esta noche te necesitaba. Nunca he dicho que solo fuera sexo. Lo has dado por hecho, Megan.

—Sí, pero tú ya eres un capullo, así que no creo que haya mucha diferencia.

Aprieto los dientes.

—Admítelo, nena, me necesitas tanto como yo a ti. Quizá yo te necesite más. Aún no lo he decidido, pero créeme, Megan Harper, si tengo que salir de esta habitación sin que me prometas que eres mía, no dejaré de perseguirte. Te encontraré y luego te ataré desnuda a esa cama hasta que lo digas.

Megan jadea y se estremece. Su cuerpo se relaja ligeramente contra el mío mientras me rodea la cintura con los brazos.

—Seguiré aquí —dice contra mi pecho—. No sé si había alguna probabilidad de que no fuera así.

Le levanto la cabeza y la beso. Podría arrepentirme de esto. Sé que me arrepentiré. Porque ella me hace sentir. Ella hace que me vuelva a sentir humano, me hace sentir como una persona y no como un cascarón vacío sin alma. Ella me hace sentir real, incluso aunque solo sea durante el poco rato que estoy a su lado.

Le muerdo el labio inferior.

—Bien —digo en su boca—. Porque me estaba planteando muy en serio lo de atarte a la cama.

Sonríe.

—Quizá la próxima vez.

Mi cama huele a él. Me comporto como una auténtica adolescente y me acurruco bajo las sábanas en lugar de levantarme. Es un olor acre muy impropio de California, pero muy adecuado para él.

Ahora me siento un poco como Julieta, secretamente enamorada y aferrada con desesperación a ese sentimiento. Ya sé que probablemente sea mucho más lógico para una niña de trece años que para mí, pero es la verdad.

Me pasa por la cabeza la idea de contárselo a Braden. ¿Por qué no? Es lo más decente y lo más correcto. Debería decírselo y acabar con todo esto de una vez. Es probable que me ignore durante un par de días y sí, también es posible que le dé un buen puñetazo a Aston, pero será más fácil que fingir.

No, no lo sería. Decírselo sería admitir que los dos mentimos sobre el fin de semana pasado. Una mentira por omisión. Decírselo nos provocaría un dolor innecesario a todos. Destrozaría a Braden y nos destruiría a Aston y a mí antes siquiera de que empezara nuestra relación.

¿Pero tenemos una relación? No tengo ni idea. Tampoco tiene sentido que le diga nada a Braden hasta que no esté completamente segura, ¿no? Sería absurdo que le hiciera enfadar por algo que quizá ni siquiera exista.

Sí. Eso me hace sentir mejor. Un poco.

Las relaciones son una mierda. Son mucho más sencillas de entender cuando no son reales. Tienen mucho más sentido cuando estoy tumbada en la cama debajo de las sábanas armada con una linterna para leer otro capítulo.



Cuando mamá abrió la puerta apagué la linterna y me tumbé.

—¿Qué? ¿Jo ya se ha dado cuenta?

Inspiré hondo unas cuantas veces

—Megan Harper, se te da fatal fingir que estás durmiendo, déjalo ya. —Encendió la luz y me senté.

—¿Por qué no lo entiende, mamá? —Levanté el libro.

—Jo es muy masculina. Ella quiere ir a pelear con su padre, no le interesa nada sentarse toda emperifollada esperando a que aparezca el chico adecuado para casarse con él.

—¡Ya lo sé! —suspíré—. Laurie está enamoradoísimo de ella y Jo no se da cuenta. Aunque tampoco es que ella fuera a buscarlo, se lo encontró por accidente.

Mamá se rio y en su rostro se dibujó una sonrisa. Me miró con ternura con sus ojos azules; comprendía muy bien mis frustraciones.

—Oh, Meg —me dijo con delicadeza—. Las mejores historias de amor son las que ocurren por accidente.

Sonríó al recordar e inspiro hondo para disfrutar del olor de Aston por última vez antes de levantarme de la cama. He tomado la decisión egoísta. Reprimo el sentimiento de culpa que trepa por mi garganta y me meto en la ducha. El agua caliente resbala por mi cuerpo y alivia la tirantez de mis hombros. Pero no se lleva la tensión. Sigue ahí. Porque esa tensión la llevo dentro, escondida en algún lugar donde el relajante masaje del agua no la puede alcanzar.

Salgo de la ducha y me visto deprisa recogíendome el pelo con algunas horquillas. La residencia sigue en silencio y espero que la única persona despierta de toda la casa de la fraternidad sea Lila: esa chica pasa allí más tiempo que en nuestra habitación de la residencia.

Me ciño la chaqueta con fuerza mientras cruzo el campus principal en dirección a la casa. Cada vez hace más frío. Está claro que esto no tiene nada que ver con el sur de California.

Cojo el pomo de la puerta y tiro de ella hacia fuera al mismo tiempo que alguien tira hacia dentro. Se me escapa un grito y doy un salto. Dos manos me agarran de los brazos, unas manos que conozco bien. Levanto la cabeza y me encuentro con sus ojos grises.

—Cuidado —murmura Aston con una sonrisa en los labios mientras me acaricia los brazos con los pulgares.

—¿Qué haces levantado? —le pregunto. Nunca le había visto levantado antes de las once; solo se levanta cuando tiene clase.

—Iba a correr un poco. Puedo correr, ¿no? —Alza una ceja sin dejar de sonreír y baja los brazos. Las palmas de sus manos me rozan los brazos al caer y sus dedos resbalan por mi piel. Se me pone la piel de gallina y se me entrecorta un poco la respiración. Las yemas de sus dedos rozan las mías antes de separarse del todo de mis manos.

—Pues claro —consigo contestarle, y decido hacerle la siguiente pregunta en voz baja—. ¿Hay alguien más levantado? —artículo. Él asiente—. Es que me sorprende que estés levantado tan pronto. ¿Normalmente no te estarías recuperando de lo que fuera que te llevaras a la habitación la noche pasada?

Aston esboza una mueca y yo me siento fatal por haberle dicho eso.

—Bueno, la noche de ayer fue distinta a las demás —dice con su voz de chulito. Su mirada es más dulce que el tono de su voz—. La verdad es que no creo que vaya a olvidarla con facilidad.

—Entonces te dejo con tus recuerdos. —Doy un paso a un lado luchando contra el impulso de lanzarme encima de él como hice la noche anterior.

Aston se acerca a mí y me roza la oreja con los labios:

—Bien pensado.

Se marcha corriendo y yo le observo por encima del hombro. Tiene la camiseta pegada al cuerpo y sus fuertes piernas rebotan contra el suelo. El chico corre: eso explica la deliciosa tableta de chocolate que tiene en el abdomen.

—Si hiciera esas cosas delante de Braden, lo mataría.

Me vuelvo sobresaltada y me encuentro con Maddie. Me mira apoyada en la barandilla con aire despreocupado.

—En realidad —prosigue—, me sorprende mucho que no hayas sido tú quien lo pusiera en su sitio.

—¿Qué sentido tiene? —Me encojo de hombros y entro en la casa—. Tampoco conseguiría ni rozar su desproporcionado ego.

—Eso nunca te ha detenido hasta ahora.

—Estoy aprendiendo a elegir mis batallas.

—¿Y poner en su sitio a un capullo egoísta y arrogante no es una buena batalla?

—No. Ya no. —Me siento en uno de los taburetes de la cocina y miro a mi alrededor—. Vaya. La de ayer debió de ser una buena fiesta.

—No te haces una ligera idea. —Maddie enciende la cafetera—. Déjame adivinar, ¿Braden fue la última batalla egoísta que libraste?

—No. Yo no participé en esa, me limité a pasártelo a ti. —Sonrío.

—¿Otra vez hablando de mí, chicas? —Nuestro tema de conversación hace acto de presencia en la cocina vistiendo solo un par de pantalones de chándal. Me lanza la camiseta cuando pasa por mi lado—. Pensaba que estarías haciendo algo productivo. ¿No es lo que soléis hacer?

—Oye. ¡Ponte esto! —Le vuelvo a lanzar la camiseta—. No quiero verte medio desnudo a estas horas de la mañana. En realidad no quiero verte medio desnudo a ninguna hora del día.

Braden sonrío y se pone la camiseta.

—Solo estás celosa porque no tienes un cuerpazo como el mío. —Abraza a Maddie y me saca la lengua.

Le devuelvo el gesto.

—Yo no quiero tener un cuerpo como el tuyo. Estoy muy contenta siendo una chica, gracias. Te puedes guardar todos esos músculos. Y cuando digo guardar me refiero a debajo de la camiseta, Bray.

Maddie pone los ojos en blanco y se desprende de sus brazos.

—No sé cómo os aguanto. Diría que sois como hermanos pero es que lo sois. Os peleáis igual.

—Eso es porque a pesar de la diferencia de ADN somos hermanos —protesta Braden.

—¡Y demos las gracias a Dios por la diferencia de ADN! —Acepto la taza de café que me ofrece Maddie.

—No podría estar más de acuerdo. Dios sabe qué habría sido de mí si hubiera acabado pareciéndome a ti en lo más mínimo.

Frunzo los labios.

—Cuidado, Carter. Conozco todos tus secretos sucios, ¿recuerdas?

—Y yo los tuyos. —Alza las cejas.

«No, no los conoces».

—Yo no tengo secretos sucios. Tú te aseguraste de ello.

—Ya lo creo que sí. Pero si crees que no sé lo que pasó con Sam Carlton el último año de instituto te equivocas.

Ladeo la cabeza.

—Eso explica lo del ojo morado.

—Exacto.

—¿Lo dices en serio? —Maddie mira a Braden—. ¿Le pusiste el ojo morado porque Megan se acostó con él?

—No. Le puse el ojo morado porque él se acostó con Megan —explica Braden—. No es lo mismo.

Le doy un sorbo al café y Maddie lo mira parpadeando.

—Así que es cierto. Eres una reencarnación auténtica de la edad de piedra, ¿verdad? ¿Y qué hiciste? ¿Le atizaste con tu garrote? ¿O le rugiste desde el lomo de tu tigre dientes de sable?

Resoplo tapándome la boca para no mancharlo todo de café.

—Aquí solo hay un garrote con el que...

—Ah, ah. —Maddie levanta la mano—. No recurras a las metáforas sexuales conmigo, Braden Carter. Ahora entiendo por qué Megan está tan tensa. ¡En su vida no hay ni rastro de sexo porque tú te dedicas a asustar a todo el mundo!

—¡Yo no estoy tensa! —grito. Y sí que hay sexo en mi vida. Hombre ya.

—¡Yo no los asusto! —replica Braden—. Solo les advierto que podrían acabar delante de mi puño si se les ocurre convencerla para que alivie sus picores —concluye murmurando dentro de la taza.

—¿Le has estado diciendo eso a todo el mundo desde que llegaste a la universidad? —Me levanto de un salto y me llevo la mano a la frente—. Cielo santo, ¡Bray!

—Solo es un aviso —murmura.

—¿Solo un aviso? —grita Maddie—. ¡No me extraña que sea la única de las cuatro que no sale con nadie!

—¡Oye! Kay tampoco sale con nadie —señalo.

—Kay sale con el sexo. —Maddie se encoge de hombros—. Es lo mismo.

—Y no he vuelto a avisar a nadie desde... —Braden se queda callado.

—Desde que fuimos a casa de tus padres y les dijiste a todos los chicos de esta casa que si la tocaban te encargarías personalmente de castrarlos —interviene Maddie.

—Bueno, sí, desde entonces. —Baja la taza y se muerde la uña del dedo pulgar—. Pero lo que cuenta es la intención, ¿no?

Le miro con los ojos entornados y me vuelvo a sentar. No me puedo creer que haya hecho una cosa así. Ya sabía que era protector conmigo, pero imadre mía! Este nivel es completamente nuevo.

Esta conversación lo confirma: lo que ha pasado entre Aston y yo tiene que seguir siendo un secreto durante el mayor tiempo posible; por muy incierto que sea ese «nosotros». Puedo sentir la certidumbre de esa decisión solidificándose en mi cabeza y adquiriendo dureza hasta convertirse en una certeza.

—Supongo que eres consciente de que puedo cuidarme yo solita, ¿verdad? —le pregunto—. ¿Ya te has dado cuenta de que no soy una niña de nueve años jugando en el parque?

—Ya lo sé —contesta adoptando un tono un poco más suave y volviéndose para mirarme—. Es que no quiero que nadie te haga daño, Meggy. Eres mi mejor amiga. Quiero que te enamores del tío perfecto.

—¿Y qué pasa si me tropiezo con algunas imperfecciones por el camino?

Encoge un hombro.

—Eso es lo que intento evitar. Ninguno de los chicos de esta casa es lo bastante bueno para ti.

—Tú siempre decías que no eras lo bastante bueno para mí —murmura Maddie.

—Y no lo era, cielo, y es muy probable que aún no lo sea. La diferencia está en que sabía que me estaba enamorando de ti poco a poco cada día que pasaba. Y no puedo garantizar que les ocurra lo mismo a los capullos que viven aquí. Quiero que Megan encuentre a alguien que la quiera tanto como te quiero yo a ti. Bueno, lo que quiero es que encuentre a alguien que la quiera tanto como yo, y si eso significa que me tengo que pelear con los tíos que le vayan detrás hasta que aparezca el bueno, lo haré. Solo hay dos personas en este mundo a las que protegeré toda mi vida y sois vosotras dos.

Sí. Odio que tenga que ser así y me está matando, pero Braden no puede saberlo.

—No, mamá, no voy atrasada.

—Es que da la sensación de que en esa universidad montáis muchas fiestas.

—Mamá... Mis notas van bien.

Mi madre suspira y la línea crepita.

—Te creo, Megan. Es que no me gusta imaginar que mi niña pueda quedarse embarazada de algún adolescente salido.

—Ves demasiada televisión.

—Es que ponen a todas horas ese programa de adolescentes embarazadas. Y me preocupo.

Esbozo una sonrisa.

—No pienso quedarme embarazada, mamá.

—Por lo menos usas protección.

—No he dicho que esté teniendo relaciones con nadie.

—Tu padre se alegrará de oírlo —dice con una voz más animada—. Y hablando de tu padre, vamos a salir a cenar esta noche, así que tengo que colgar.

—De acuerdo. Pasáoslo bien y dale un beso a papá de mi parte.

—Lo haré, Megs. Pórtate bien.

—Siempre lo hago —le contesto con sequedad—. Adiós, mamá. —Cuelgo y dejo el teléfono en la cama negando con la cabeza. La verdad es que en momentos como este recuerdo muy bien por qué decidí venir a Berkeley.

Está lo bastante cerca como para volver de visita, pero suficientemente lejos para tener libertad. Está lo bastante lejos como para dejar de ser la niña perfecta que todo el mundo espera que sea. Y en eso ya fracasé siendo niña.

Me pongo una camiseta de tirantes y unos pantalones cortos para tumbarme en la cama a hacer los deberes. Es posible que mi madre crea que aquí hay fiestas cada fin de semana y puede que tenga razón, pero eso no significa que yo vaya a todas las que se celebran. Solo a una por fin de semana.

Dejo escapar un largo suspiro y me preparo para empezar el trabajo de literatura sentada como un indio. Pero antes de empezar oigo un ruido en la ventana y frunzo el ceño. ¿Es mi ventana?

Gateo por la cama, retiro la cortina y...

Me encuentro con la cara de Aston.

Sonríe.

—Pero qué... —Entorno la ventana—. ¿Qué...?

—¡Abre la ventana antes de que me caiga del árbol! —murmura sin dejar de sonreír. La abro del todo y me retiro. Echa una rápida ojeada a su alrededor antes de pasar la pierna por encima del alféizar de la ventana y meterse en mi habitación. Caen boca abajo en la cama y yo paso por encima de sus piernas para cerrar las cortinas.

—¿Me lo explicas? —digo cuando se levanta.

—¿Qué? —Se quita los zapatos y se sienta delante de mí.

Miro la ventana, luego le miro a él y señalo ambas cosas confundida.

—¿De verdad acabas de trepar por un árbol para colarte por mi ventana?

—Sí.

—¿Por qué?

Aston apoya las manos a ambos lados de mi cabeza y se inclina hacia delante; la punta de su nariz casi roza la mía.

—Porque quería venir a verte.

Alzo una ceja sin moverme.

—Mmmm.

—Como todo este rollo es secreto he pensado que debía utilizar algunas tácticas ninja. Siempre quise ser una tortuga ninja, ¿sabes?

Se inclina hacia delante para besarme y yo sonrío al sentir el contacto de sus labios.

—¿Cuál eras?

—¿Cuál era?

—¿Qué tortuga eras? ¿No sabías que se te podía definir en función de la tortuga que eligieras?

Se reclina un poco con la cabeza ladeada.

—¿En serio?

Asiento.

—Ya lo creo. Si no eras la tortuga adecuada, no eras lo bastante guay. ¿Cuál eras tú?

Se le juntan un poco las cejas cuando frunce el ceño.

—Donatello.

—Entonces eras guay. —Le paso la mano por la mejilla y aliso su ceño fruncido con los dedos—. ¿Por qué frunces el ceño?

—No recuerda... Estaba pensando.

Niega un poco con la cabeza y me coge la mano que tengo sobre su cara para entrelazar los dedos con los míos. Se queda mirando nuestras manos entrelazadas un momento y las gira un poco. Tiene la palma áspera y su mano es mucho más grande que la mía, casi la abarca por completo.

Se hace el silencio entre nosotros un segundo y le miro a los ojos. Frunce otra vez el ceño y se le oscurece la mirada. Una parte de él parece vacía, está tan increíblemente perdida que ni siquiera está aquí, y me dan ganas de recomponerlo.

Afloja la mano y me mira a los ojos.

—Perdona. Solo estaba... Pensaba en una cosa. No importa.

—¿Estás bien? —Me acerco un poco más a él y mi mano decide quedarse en su cuello.

Aston asiente.

—Estoy... bien.

Tiro de su cara muy despacio y le beso con suavidad. Su mano trepa por mi espalda, tira de mí y mi cuerpo se pega al suyo. Me echa hacia atrás, me estira en la cama muy despacio y se tumba encima de mí. Yo dejo resbalar el pie por su pierna mientras él cuele su lengua en mi boca y me besa de la misma forma que lo hizo la última noche.

Profunda y desesperadamente.

Y entonces deja de besarme, me apoya la frente en el hombro un momento y separa las manos de las mías. Luego se pone en pie y cruza la habitación sin decir una palabra.

¿Qué? ¿Qué ha pasado?

Me siento y lo miro confundida mientras se presiona la frente con las manos e inspira hondo.

—¿Aston?

—No pienso hacerlo —murmura clavándose las manos en la frente—. No pienso hacerlo.

Me están pasando tantas cosas por la cabeza que no sé si podré explicarlas con palabras. Le estoy mirando. Le veo, a él, a sus hombros encorvados y sus músculos agarrotados. Pero no tengo ni idea de lo que está diciendo.

—¿Hacer el qué? —le pregunto en voz baja.

—No te voy a utilizar. Así no. Así. No. Ya no. —Deja caer las manos y suelta una bocanada de aire entrecortada—. A ti no. —Le tiemblan las manos y aprieta los puños como si quisiera ocultarme el temblor.

Me levanto y cruzo la habitación hasta detenerme detrás de él. Cojo uno de sus puños apretados con la mano, apoyo la mejilla sobre su hombro y le rodeo por delante con el otro brazo. Separo los dedos sobre su estómago y siento cómo se le hincha todo el cuerpo al inspirar hondo. Aston deja caer la cabeza hacia atrás para posarla sobre mi hombro, entierra la cara en mi pelo y se estremece.

Nunca había visto esta faceta de él. Es verdad que tampoco le había visto colarse por una ventana, pero esto... Esto es muy extraño. Este

parece un Aston que solo debería existir en un universo paralelo. Nunca imaginé que pudiera ser así.

Aunque tampoco sé lo que le pasa. Pensaba que era uno de esos tíos que siempre consiguen lo que quieren. Pero ahora creo que me equivocaba. Ahora pienso, no, ahora sé que hay una parte de él que jamás ha compartido con nadie y que sigue enterrada en su interior. Y a juzgar por la tensión de su cuerpo, los latidos de su corazón y su errática respiración, es una faceta de sí mismo que no quiere enseñar.

Pero yo la quiero ver. Quiero conocer y recomponer esa parte de él, porque algo me dice que Aston está un poco herido.

«No vales nada. Eres igual que la puta de tu madre».

Su cuerpo contra el mío. Las manos entrelazadas. Piel contra piel.

«¿Crees que alguien te querrá, mocoso? Nunca te querrá nadie».

La suavidad de su mano en la mía.

«No eres nada».

El suave olor a vainilla que emana de su pelo.

«Nadie te querrá», Megan. «Eres igual que ella». No estoy allí. «Pequeña rata». Estoy aquí. Con Megan.

Megan.

La calidez de su cuerpo pegado a mi espalda me estabiliza y me ayuda a aferrarme al presente cuando lo único que quiere hacer mi mente es rendirse y volver. Rendirse y regresar a ese momento de mi vida que no quiero enseñarle a nadie. No quiero que Megan lo vea.

Sé que me tengo que ir. Ahora. Tengo que abrir la ventana y bajar por ese maldito árbol.

Pero lo que hago es darme la vuelta y abrazarla.

Pongo mis manos abiertas sobre su espalda, entierro los dedos en su piel y ella me rodea la cintura con los brazos. Presiona la cara en mi cuello y me roza la clavícula con los labios con la ligereza de una pluma. La abrazo con más fuerza y vuelvo a enterrar la cara en su pelo; las puntas me hacen cosquillas en la nariz. Niego un poco con la cabeza abrazándola con fuerza.

El sexo. El sexo no hace daño, no puede lastimar a nadie. «Solo servirás para eso». Mi gran recurso y mi forma de seguir adelante. «Igual que ella». Gracias al sexo consigo controlar los demonios y evito que se aferren a los rincones de mi mente.

Este fin de semana hará trece años que murió mi madre y esos demonios son más fuertes que nunca. Los recuerdos de ese fin de semana inundan mi mente y no puedo hacer nada para evitarlo.

Excepto abrazar a Megan.

No sé qué tiene esta chica, pero sé que la necesito. Y ahora sé que después de haberme pasado todos estos años tratando de olvidar, ella me hace recordar. Solo por eso debería apartarme de ella. Tendría que huir gritando.

Pero el dolor de los recuerdos no es nada comparado con la suavidad de las caricias con las que se lleva ese dolor.

Y por eso no pienso utilizarla, no de la forma a la que estoy tan acostumbrado.

Inspiro con fuerza y vuelvo la cara hacia la de Megan rozando su mejilla con la nariz.

—¿Lila pasará la noche en la casa?

Ella asiente contra mí.

—Lo hace todos los fines de semana.

Me acaricia la espalda de forma tranquilizadora y desliza los dedos por debajo de mi camiseta; sus manos parecen auténtica seda sobre mi piel. Sus dedos me exploran con suavidad y tratan de relajar la tensión de mis músculos.

—Quiero quedarme —susurro—. Deja que me quede.

Megan se retira y desliza la mano por mi cuerpo. Sus dedos trepan por mi estómago y mi pecho para posarse en mi cara. Abro los ojos para encontrarme con su mirada azul y la dulce seguridad que encuentro en ellos me absorbe.

—Claro —contesta en voz baja—. Lo que necesites.

Dejo escapar un suspiro tembloroso.

—Solo necesito estar contigo.

Megan se pone de puntillas y me besa con suavidad.

—¿Va todo bien?

No puedo ignorar el recelo de su tono, tres sencillas palabras llenas de incertidumbre. La cojo de la cara con las manos y apoyo mi frente contra la suya.

—Todo bien.

Solo Megan.

Volvemos a la cama y nos metemos bajo las sábanas. Su cuerpo encaja con el mío a la perfección, mis brazos la rodean como si estuvieran hechos solo para eso, y mi corazón late a un ritmo que solo ella puede escuchar.

Mis mecanismos de defensa intentan hacerse con el control y me cuesta mucho no rendirme. Me muero por ver cómo se entrega a mí. Quiero ver cómo se arquea su cuerpo y sentir cómo se le tensan los músculos al dejarse ir. Quiero ver ese brillo en sus ojos, escuchar sus gritos, sentir sus uñas cruzando mi espalda.

Pero tengo que recordar que estoy con Megan. Ella vale mucho más que las demás. Ella es algo que aún no merezco, algo que no puedo abandonar.

La estrecho contra mi cuerpo y entierro la cara en su pelo. Los suaves mechones de su melena me hacen cosquillas en la cara e inspiro hondo. Ella pone el brazo sobre mi estómago, entrelaza las piernas con las mías y echa la cabeza hacia atrás para besarme el cuello con dulzura.

En este momento es mía. Quizá no lo sea mañana o la semana que viene o el mes que viene, pero ahora mismo es solo mía.

Así que me permito abrazarla preguntándome si algún día llegará a saber la paz que me da.

Megan me lanza una mirada especulativa.

—Tengo una pregunta para ti.

—Tus preguntas nunca traen nada bueno. —Sonrío.

—¡No es para tanto!

—¿Ah, no? ¿Te acuerdas de aquel día en clase de Literatura cuando prometiste que no ibas a preguntar nada importante y tuviste al profesor hablando durante media clase?

Ella encoge un hombro y sonrío un poco.

—Bueno, conseguí que nos impartiera una clase bastante más relajada de lo normal.

Me inclino hacia delante y acerco mi cara a la suya.

—Y después nos encargó una redacción.

—Pues sí. —Esboza una sonrisa monísima que le arruga la nariz—. En fin...

—Venga, dispara.

Espero que no me pregunte por...

—Ayer, cuando te pregunté qué tortuga eras —mierda—, me dio la sensación de que te fuiste a alguna parte. Fue como si no tuvieras ni idea de lo que te estaba diciendo.

Me reclino mientras me vienen a la cabeza palabras y excusas de todo tipo.

—A mí me escolarizaron en casa —digo con indecisión—. Por eso no sé mucho de esas cosas. Mi abuelo me lo enseñó todo.

—¿Tu abuelo? ¿Y por qué no lo hizo tu madre? ¿O tu padre?

De todos los días del calendario elige justo hoy para preguntármelo, justo el día que no puedo hablar del tema.

—No puedo... —Me levanto—. No puedo tener esta conversación hoy, Megs. Lo hablamos cuando quieras, pero hoy no.

—El niño tiene que estar por aquí.

Me acurruqué en una esquina de mi habitación agarrando la manta con fuerza. Mamá aún no estaba en casa. Seguía esperándola; y ahora había una mujer en mi casa hablando de «el niño». ¿Habría venido a buscarme?

No. Yo no quería separarme de mamá. Siempre me decían que acabaría pasando, me lo repetían esos hombretones. Siempre me advertían que algún día me separarían de mamá.

Me tapé la cara con las manos para que no pudieran escucharme respirar y me metí debajo de la cama. Me acurruqué en el rincón más oscuro temblando y tratando de no llorar.

No quiero separarme de mi mamá. No quiero que se me lleven.

Se abrió la puerta de mi habitación y empecé a temblar con más fuerza. No. No quiero que me encuentren. Por favor. Se encendió la luz y pude escuchar sus pasos sobre el suelo de madera. Podía ver sus sombras al pasar.

—¿Has mirado debajo de la cama? —preguntó una mujer.

—No. Ahora miro.

Nonononono. No me encuentres. Por favor no me encuentres.

Entonces apareció una cara amable que esbozó una suave y persuasiva sonrisa. La mujer me tendió la mano.

—Venga, cariño. Vámonos de aquí.

Yo negué con la cabeza y me encogí un poco más.

—Quiero ir con mi mamá —susurré.

—No sé dónde está, cariño, pero yo puedo ayudarte. Estás temblando, ¿tienes frío?

Asentí.

—Tengo una manta para ti. Y también tengo galletas, ¿te gustan las galletas?

—¿Galletas? —Fruncí el ceño.

—Sí. Están buenísimas, y además tienen trocitos de chocolate. ¿Te gustaría probar una?

Yo no sabía de qué me estaba hablando, pero tenía hambre. Me asomé un poco.

—¿Una galleta?

—Sí. Venga, sal de debajo de la cama, te haremos entrar en calor y te podrás comer una galleta. ¿Te parece bien, Aston?

—¿Sabes mi nombre? —Me mordí el labio abriendo mucho los ojos y reulé un poco.

—Sí. He venido a ayudarte. Te prometo que no te haré daño. Podemos ser amigos, ¿vale, colega? —me preguntó con dulzura.

No era un hombre. No tenía mal aspecto. No tenía dibujos en la piel y no olía como esos tipos.

Me arrastré por el suelo y salí de debajo de la cama. Había otra mujer en la habitación y cuando se acercó a mí reulé de nuevo.

—No pasa nada, cariño. Te voy a dar una manta para que estés calentito. —Me sonrió con aire alentador y cogió la manta; no quería que me tocara.

La otra mujer se agachó y me miró a los ojos. Abracé mi conejito con fuerza.

—¿Qué me dices de esa galleta, la quieres?

Asentí y me subí a la cama. Se metió la mano en el bolso y sacó un paquete de color rojo brillante. Lo abrió y de su interior sacó un círculo marrón clarito con puntitos más oscuros. Lo cogí vacilante; aún le tenía miedo. No dejaba de mirar a aquellas dos mujeres; nunca nadie había sido tan bueno conmigo como ellas.

—Pruébala —me animó la primera mujer—. Dale un mordisco.

Me la acerqué a la boca y mordisqueé uno de los puntos oscuros. El sabor dulce explotó en mi boca y jadeé mordiendo la galleta. Mi estómago rugió cuando las migajas se repartieron por mi boca. Jamás había probado nada igual. Fue lo mejor que había comido nunca.

—Dios mío —jadeó la segunda mujer—. Los vecinos tenían razón. El sistema le ha fallado a este niño. Tiene seis años y jamás se ha comido una galleta.

La primera mujer me miró.

—¿Es la primera vez que comes una galleta, Aston?

—Sí —susurré—. Me gusta. Está buenísima.

—¿Quieres otra?

Asentí mirando fijamente la cara de la mujer que me salvó la infancia.

—Hoy no —repito inspirando hondo mientras me desprendo de ese recuerdo. Han pasado trece años y el recuerdo más nítido que conservo es la primera galleta que me comí—. Tengo que ir a ver a mi viejo.

Megan me mira preocupada y con tristeza en los ojos. Me acerco a ella, la sujeto de la cara, apoyo la frente sobre la suya y suspiro.

—No tiene nada que ver contigo, Megs. Hay muchas cosas de mí que no sabes, hay mucho que no quiero que sepas. No son cosas bonitas, no es nada bueno, ¿entendido? Y hoy es un mal día para hablar del tema. Quizá nunca llegue el día adecuado. No lo sé.

—Pero quiero saberlo —susurra posándome las manos en los brazos.

—Yo no quiero que lo sepas. —La beso y me separo de ella rápidamente. Abro la ventana, me aseguro de que el camino está despejado y salto a la rama del árbol.

—Cuando estés preparado —susurra—, estaré aquí. Estaré esperando.

Miro por encima del hombro: Megan observa cómo me marcho desde la ventana. Nuestras miradas se cruzan un segundo y salto del árbol decidido a ir a ver a mi viejo.

—No te esperaba hoy. —La voz del viejo retumba por la casa.

—Es domingo —le contesto con despreocupación cruzando el comedor para sentarme en mi sitio de siempre justo delante de él.

—No es un domingo cualquiera. —Hace girar el puro encendido entre sus arrugados dedos mientras observa el humo que sale de él.

—Eso no significa que no vaya a venir a verte. —Observo las retorcidas formas del humo.

—Pensaba que no te gustaba este día.

—Y no me gusta. Pero siempre vendré a verte. Me necesitas.

—¿Crees que necesito mirarte a la cara y saber que tienes el mismo aspecto que ella? —Le da una calada al puro y el extremo se ilumina con un brillo naranja—. Ya lo sabes. Eres igual que ella.

—Yo... —Le miro a los ojos y veo el dolor que anida en ellos—. Ya lo sé.

—También eres muy listo. Igual que ella. Me di cuenta en cuanto empecé a enseñarte cosas. Cogías las matemáticas tan rápido como Einstein. Aunque ella era buena con los números de una forma muy distinta.

Los números de la calle.

—Odio saber que te recuerdo a ella.

—¿Por qué? ¿Porque no soportas los recuerdos? Tú y yo no tenemos los mismos recuerdos, chico. Si me dejaras que te explicara los míos verías una faceta de tu madre muy distinta de la que conoces. Te darías cuenta de que no era tan mala. Lo único que pasa es que se subió al tren equivocado y luego fue incapaz de bajarse.

—Y en eso precisamente convirtió nuestras vidas, en un maldito tren destrozado.

—Y hoy es el día de recordarlo, quieras o no.

—¿Acaso crees que no me acuerdo, viejo? ¿Crees que los recuerdos del pasado no me persiguen cada día? ¿Crees que no lo sé? Yo no quiero recordarlo. En absoluto. Pero me acuerdo.

—Recordar es bueno —Me presiona retorciendo el puro contra el cenicero—. Tienes que recordar de dónde vienes para darte cuenta de lo lejos que has llegado.

Megan

—¡Venga! —me suplica Kay—. Es domingo. ¿Quién narices estudia en domingo?

—Yo —le digo—. Tengo que acabar esto para mañana; no me queda otra que hacerlo.

—¿No dijiste ayer que no salías porque tenías que hacer esto? —Alza una ceja.

—Sí.

—¿Y por qué no lo hiciste?

Porque estuve ocupada con una especie de medio novio que tengo.

—Porque me fui pronto a dormir.

—Tú nunca te vas tan pronto a la cama.

—¡Pero bueno! ¿Esto qué es? ¿El interrogatorio de Megan? —Suelto el bolígrafo y la miro—. ¿También quieres que te diga cuál es mi mayor zona erógena o qué? ¡Qué pesada, Kay!

Resopla.

—No te ofendas, pero no me interesas de esa forma, así que puedes ahorrarte lo de la zona erógena. ¿Pero por qué te fuiste a dormir tan pronto?

—Pues no lo sé, Kay. ¿Por qué se van a dormir las personas? ¿Podría ser porque están cansadas? —suspiro.

—Madre mía, alguien está esperando la visita de la madre naturaleza.

—Me faltan dos semanas y media.

—Entonces debes de estar embarazada. Oh, espera...

—Kay, vete a la mierda.

—Ya me voy —murmura abriendo la puerta—. Intenta ponerte unas bragas que no te aprieten mucho, mi pequeño saquito de hormonas de la alegría.

Le lanzo el bolígrafo y le doy a la puerta cerrada. Me la quedo mirando un momento y niego con la cabeza. Estoy intentando escribir una redacción, e *intentando* es la palabra clave de la frase.

Lo intento pero no puedo porque no paro de pensar en Aston y en cómo se comportó ayer por la noche. Y también esta mañana.

El Aston que yo conozco y del que me enamoré es un chulito egoísta y obstinado. Es despreocupado, inconstante, y solo piensa en él. Pero ese no es el Aston que he visto esta mañana. Lo he visto en sus ojos, he visto una faceta suya mucho más profunda y oscura que me hace pensar que su actitud no es más que una pose. Una farsa que se ha inventado para engañar a todo el mundo.

Un juego que se lleva consigo mismo, una lucha constante por la posición ganadora. Un juego que no está dispuesto a perder sean cuales sean las reglas.

Me levanto para coger el bolígrafo y vuelvo a la cama. Mientras lo hago girar entre mis dedos pienso que no tengo ni idea de por qué habré dicho que me necesita ni tampoco entendí eso de que no quería utilizarme. No sé por qué se comporta de esta forma.

¡Si hasta trepó por mi ventana!

¿Sería demasiado suponer que quizá yo pueda convertirlo en una persona mejor? Cualquiera que sea su preocupación o el motivo que le oscurece los ojos de esa forma, quizá se estuviera refiriendo a que yo lo convierto en algo soportable.

¿Pero qué le preocupaba tanto hoy? Ojalá me lo hubiera dicho.

Ojalá supiera si está bien. Y ojalá tuviera el valor de coger el teléfono para averiguarlo.

Pero no lo tengo.

—¿Entonces te despediste de Charlie el viernes por la noche, te fuiste pronto a la cama el sábado, echaste a Kay de la habitación ayer por la noche, y aún no has acabado la redacción? —Lisa alza las cejas.

—Exacto —le contesto suspirando—. Es un buen resumen.

Frunce el ceño mientras muerde un palo de regaliz.

—¿Y por qué?

—Pues porque no la he acabado. —Me encojo de hombros—. No hay ningún motivo. Supongo que este fin de semana no tenía ganas de hacer deberes de Literatura.

—¿Y de qué tenías ganas?

—Pues por lo visto solo tenía ganas de dormir.

—¿Y qué excusa tienes para explicar que dejaras plantada a tu cita?

—No es mi tipo.

—Es guapo, tiene un buen cuerpazo y su padre es bastante rico. ¿Cómo es posible que no sea tu tipo?

Nos levantamos del césped y nos dirigimos al edificio principal del campus. Lila tira el paquete de regalices vacío a la papelera antes de

cruzar las puertas y se cuelga el bolso del hombro.

—Ya sabes que a mí no me importa nada de todo eso, Li. El dinero es dinero. Ayuda, pero también está cargado de corrupción. Y la imagen es una mierda, el chico más guapo del campus podría ser el peor imbécil del mundo. Es que... Bueno, es igual.

—Déjame adivinar. ¿No había chispa mágica ni pasión desatada como entre el señor Darcy y Elizabeth?

—Exacto —le concedo esbozando una sonrisa—. Ese chico palidece al compararlo con el maravilloso señor Darcy.

—Tú y tus libros. —Niega con la cabeza.

—Mis libros no tienen nada de malo. Ellos me dan lo que la vida real no puede ofrecerme.

—¿Como el chico perfecto?

—¡Exacto! Y no pienso dejar de leer hasta que encuentre a mi señor Darcy. Y está muy claro que Charlie estaba muy lejos de ser el señor Darcy.

—¿Sabes una cosa? Mientes fatal —dice de repente.

—Espera, ¿qué? ¿Cómo puedes sacar esa conclusión si no estoy mintiendo?

—Y otra vez. —Lila se ríe—. No sé qué me estás ocultando, pero no me estás diciendo la verdad. Por lo menos sobre este fin de semana. —Se para un momento en la puerta de su clase, ladea la cabeza y me mira—. ¿Hay algo que quieras contarme?

La miro y observo su sonrisa y sus ojos curiosos.

—No —respondo, y me pego los libros al pecho—. No tengo nada que contarte.

No estoy mintiendo. Pero no tengo ningunas ganas de contarle lo que ha pasado.

—En ese caso supongo que tendré que averiguarlo yo sola. —Sonríe y entra en su clase.

Inspiro hondo. ¿Lo veis? Si Sherlock Holmes y Cupido pudieran procrear, el resultado sería Lila.

Un brazo se posa sobre mi hombro.

—Sonríe, Meggy —canturrea Braden acompañándome hacia clase.

—¿Dónde está Maddie?

—Está en la cama. Se encuentra mal.

—Más le vale. —Le miro fijamente.

—Vaya, pareces mi madre.

—Eso es porque lo aprendí de ella. —Le esbozo una dulce sonrisa y me abro paso hacia la escalera deshaciéndome de su brazo.

—Pareces distinta.

¿Qué le pasa hoy a todo el mundo?

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿En qué sentido? —Lo miro como si estuviera loco y entro en clase.

—Pareces como distraída. Sí, distraída. —Braden se muerde la uña.

—Siempre he sido un poco dispersa, Bray, ya lo sabes. Quizá hoy lo esté un poco más que de costumbre. —Me encojo de hombros y me siento junto a Aston. Braden se apoya en mi mesa.

—¿Por qué te sigues sentando con este capullo? —Braden me mira sin dejar de sonreír.

Yo pongo los ojos en blanco.

—Porque prefiero sentarme al lado de este capullo que pasarme la hora escuchándote decir que estoy diferente. Ya he tenido bastante con Lila esta mañana.

—¿Diferente? —pregunta Aston—. ¿Diferente en qué sentido? Vaya, Megan, ¿por fin has conseguido echar un polvo?

Chico listo.

—Hombre, Aston, veo que por fin has conseguido meterte la polla en los pantalones el tiempo suficiente para venir a clase. —Le esbozo una sonrisa exagerada para que Braden la vea bien.

—Bueno, ya sabes... —se reclina en el asiento y entrelaza los dedos por detrás de la cabeza—. A veces es complicado, pero he pensado que debería hacer acto de presencia. No me gustaría decepcionarte.

—Sí, te añoraría tanto como una piedra en el zapato. Un momento, eso no lo añoraría en absoluto.

—¿Vosotros os escucháis? —Braden nos mira alternativamente.

—Tengo oídos, Braden —le contesto—. Oigo perfectamente, pero no sé a qué te refieres.

—Parecéis un matrimonio de viejos.

—He dicho que oigo perfectamente,

—Lo sé. He decidido ignorarte.

—Vaya, qué sorpresa.

—Pues vosotros dos parecéis dos niños de parvulario —interviene Aston.

—Y vosotros dos parecéis estar pidiendo a gritos que os dé un rodillazo en las pelotas —digo a renglón seguido—. Este es el motivo por el que muchas veces me pregunto si Kay será la persona más inteligente que conozco. Los chicos sois irritantes.

Braden resopla y se viene arriba.

—Pues claro que somos irritantes. Tenemos que serlo para soportar vuestras interminables quejas.

Cuando vuelve a su sitio arrugo una bola de papel y se la lanzo a la cabeza. Rebota en ella y él se agacha, la recoge y me la vuelve a lanzar.

Yo la cojo y sonrío.

—Tiene razón en una cosa —murmura Aston.

Me vuelvo y le miro sorprendida.

—He dicho en serio lo del rodillazo en los testículos.

—Te pones guapísima cuando te enfadas.

Reprimo la carcajada que pelea por salir de mi pecho y la sonrisa que quiere asomar a mis labios.

—No estoy enfadada. Pero me puedo enfadar, y cuando lo haga me pondré tan espectacular que te caerás de culo.

Esboza una lenta sonrisa —esa sonrisa tan seductora que tiene—, y entorna un poco los párpados. Se me acelera un poco el corazón cuando me doy cuenta de que esa es la cara que pone en la cama.

—¿Eso es una proposición? —dice en voz baja.

Braden nos está clavando la mirada, puedo sentirlo.

—Aunque lo fuera no sería una buena proposición porque no serías capaz de pagar el precio.

—Ponme a prueba —me desafía esbozando otra de sus sonrisas de chulito. Y entretanto seguimos con nuestra farsa y compartimos nuestro secreto en silencio. Porque los dos estamos jugando muy en serio.

Jugamos para no perdernos el uno al otro. Para no desvelar el secreto que nos une. Para conservar esta mentira.

La mentira que me va partiendo el corazón cada vez que jugamos a esto.

Me echo la melena sobre el hombro, sonrío apoyándome la barbilla en la mano y cruzo las piernas.

—¿Y si el precio fuera tan alto que dejaran de interesarte las demás chicas y ya no pudieras pasarte el día entero sacándotela? —Se me hace un nudo en el estómago al escuchar mis propias palabras.

Se roza el labio inferior con los dientes y sus ojos grises se oscurecen un tono mientras me mira de arriba abajo. Cuando me mira como lo está haciendo en este momento, me siento desnuda. Es como si pudiera quitarme todas las capas de ropa que llevo con una sola mirada.

—No me parece un mal precio —murmura estirando los brazos y golpeando el borde de la mesa con los dedos—. De hecho —dice un poco más bajito cuando empieza la clase—. Creo que ya he pagado ese precio.

Casi me atraganto al inspirar hondo. Solo yo me puedo atragantar con el aire. Aston alza una ceja y yo hago lo único que puedo hacer. Me vuelvo abruptamente sobre el asiento y me concentro en la pizarra de enfrente. No es lo que quiero hacer, pero es un «y si». Y si. Y si.

No dejo de meterme en jueguecitos. Primero el de Maddie y Braden, y ahora el mío, aunque lo haya hecho voluntariamente. Los dos son juegos de amor, pero cada uno tiene sus propias reglas, unas normas muy frágiles. Ambos con la capacidad de ayudar o acabar con los jugadores. Y ambos con el mismo premio.

El único premio que conseguiremos mientras dure todo esto. Lo único que deseamos todos sin importar quién pueda salir malherido por el camino. Lo único que queremos sin importar el coste y lo único que jamás se podrá comprar ni con todo el oro del mundo.

El gran premio por el que todos jugamos.

El amor.

—Fui al supermercado y compré una manzana.

Esbozo una sonrisa ladeada y miro a Braden de reojo.

—¿Qué?

—Fui al supermercado y compré una manzana —repite sentándose delante de mí en un banco de la zona de picnic.

Ya conozco este juego. Cuando éramos niños solíamos entretenernos con esto a todas horas, normalmente cuando nos escondíamos de nuestros padres porque habíamos hecho alguna trastada. Para cuando acababa el juego, ya habían olvidado nuestras faltas porque estaban demasiado preocupados por nosotros.

Éramos muy traviesos.

Cierro el libro y me resigno, sé que no me dejará en paz hasta que juegue con él.

—Está bien. Fui al supermercado y compré una manzana y una cerveza.

Alza una ceja.

—Fui al supermercado y compré una manzana, una cerveza y un tanga con la entrepierna agujereada.

—¿Qué? —me tapo la cara con las manos y niego con la cabeza—. No me puedo creer que hayas dicho eso.

Supongo que el juego ha evolucionado un poco con el paso del tiempo.

—Ya conoces las reglas. —Me da una patada por debajo de la mesa.

—Está bien. Fui al supermercado y compré una manzana, una cerveza, un tanga con la entrepierna agujereada y un consolador.

Se queda en silencio y luego rompe a reír. Le sonrío apoyándome la cabeza en la mano.

—La verdad es que no me esperaba que dijeras eso —admite.

Me encojo de hombros.

—La cosa ha cambiado un poco desde los plátanos, las zanahorias y los donuts, ¿verdad?

—Solo un poco. —Se vuelve a reír—. Esta vez me voy a rendir. Me preocupa un poco pensar en la clase de cosas que se nos puedan ocurrir.

—A mí también, Carter.

—Y dime, Harper. —Se inclina hacia delante y me observa con atención—. ¿Qué te cuentas?

Esto debe de ser broma. Agradezco que se preocupe por mí, pero menudo rollo.

—Mi madre te ha pedido que me espíes, ¿verdad? —Vuelvo a levantar las cejas—. Cuando hablé con ella no dejaba de sacar el tema del embarazo.

—¿Perdona?

Si mi sonrisa no me hubiera delatado podría haberle tomado un poco el pelo.

—No estoy embarazada. Es ella la que está preocupada de que me quede en estado.

—No. Bueno sí. Me llamó. —Se frota la cara con la mano—. Pero ya le recordé que para quedarte embarazada tienes que mantener relaciones sexuales, así que estás a salvo de eso.

Este se está convirtiendo en el tema habitual de todas mis conversaciones.

—Pues muchas gracias —le respondo con sarcasmo—. ¿Y eso fue todo?

—No. ¿Sabes? A veces me acuerdo de las cosas que hacíamos de niños y pienso que éramos demasiado traviosos.

—La verdad es que sí. Es un milagro que nuestros padres no nos mataran cuando cumplimos los diez años.

—Afeitarse al gato, trepar por los árboles, tirar el pañal de tu primo por el lavabo...

—¡Eso fue cosa tuya! —Le golpeo el brazo—. Yo no tuve nada que ver con eso.

—¡Apestaba, Meggy!

En eso tengo que darle la razón. ¿Alguna vez habéis oído los restos del pañal de un niño de diez meses? No es agradable.

—Ahora que lo pienso, creo que mamá se enfadó más por la que liamos en el sofá que por el atasco que provocamos en el lavabo. —Le lanzo una mirada explícita.

—Bueno —murmura—, yo tenía ocho años. ¿Cómo iba a saber que el niño se mearía por todas partes? Yo ya controlaba ese tema. Pensaba que siempre había podido, no sabía que no estaba al alcance de todo el mundo.

Lo peor de todo es que está diciendo la verdad. Él no sabía que si le quitaba el pañal mi primo se mearía por todas partes.

—Me sorprende que te dejara volver a casa.

—No fui yo quien se meó en el sofá. —Sonríe—. Tengo modales.

—Qué bien. En cuanto tenga la oportunidad se lo comunicaré a Maddie.

—Eres una listilla, Meggy.

—Aprendí del mejor. —Le sonrío con dulzura mientras nos levantamos.

Braden se ríe, me pasa el brazo por encima de los hombros y me abraza.

—Echo de menos la infancia. Todo era mucho más sencillo.

Yo también. El trabajo no existía, no teníamos que preocuparnos por el futuro ni por herir los sentimientos de nadie.

Y no había mentiras.

—*Recuerda de dónde vienes para saber lo lejos que has llegado* —murmuro para mis adentros apartando el artículo de psicología—. Eso está muy bien, viejo. Seguro que ayuda mucho cuando has llegado a alguna parte.

Me presiono los ojos con las palmas de las manos y me los froto con aspereza. Si escuchas algo las veces suficientes se queda grabado en tu cuerpo, te escalda la piel y se te tatúa en la mente. No importa el tiempo que haya pasado desde que te dijeron esas palabras. Lo que importa es que se dijeron.

Y después de trece años no tengo la sensación de haber llegado a ninguna parte. ¿Qué importancia tiene que ya no sea ese niño asustado que se escondía en un rincón? Ese niño sigue dentro de mí. Sigue teniendo miedo, todavía está temblando. Sigue herido, sigue roto y sigue vencido.

Solo porque aparente que no me importa no significa que sea cierto. No todo el mundo es como aparenta ser y yo soy una de esas personas. Ni siquiera sé quién soy porque paso demasiado tiempo luchando contra lo que no quiero ser. No tengo tiempo de ser la persona que quiero ser. No tengo tiempo de ser la persona que podría llegar a ser.

Paso demasiado tiempo luchando contra los recuerdos que tengo enterrados en lo más profundo de mi ser. Pero no siempre funciona, a veces trepan por mi cerebro antes de que pueda darme cuenta, me consumen y me vuelven a llevar al lugar que más odio del mundo. Siempre las mismas voces, esos susurros que quedan suspendidos en los confines de mi conciencia. A veces un susurro es peor que un grito.

Soy igual que ella. No valgo para nada. Soy despreciable.

Me separo del escritorio y la silla se queda encallada en la alfombra. Se inclina hacia atrás cuando me levanto. Me pongo las deportivas y cojo la cartera.

Tengo que demostrarles que se equivocan. Tengo que demostrarme a mí mismo que me equivoco.

Ignoro a todos los tíos que me encuentro mientras salgo de la casa. Si hablo con alguien, si me detengo, si lo pienso solo un segundo, volveré a mi habitación a ahogarme en la misma piscina de dudas de siempre.

El motor cobra vida y me alejo de la casa de la fraternidad. Hay un bar en las afueras de la ciudad, está apartado de las carreteras que conducen a la interestatal y es fácil deducir a simple vista que es un tugurio de esos donde nadie te pide el carné de identidad.

Es la clase de lugar en el que habría trabajado mi madre. La clase de sitio en el que la hubieran contratado. La clase de sitio donde encontraron su cadáver.

Sorteo el tráfico de la ciudad y voy adelantando los coches llenos de gente perfecta que vuelve con sus familias perfectas a sus casitas perfectas.

«No vales nada».

Pongo la radio y empiezan a sonar los primeros acordes del *Headsatrong* de Trapt, un tema que intensifica las emociones que me recorren el cuerpo. Una mezcla de rabia, decisión, frustración y un atisbo de impotencia.

Porque siguen controlando mi vida. No importa lo que haga ni donde vaya, los bastardos que gobernaron los primeros años de mi infancia siguen controlándome también ahora.

Tomo la salida a la carretera que me conducirá hasta el bar. La carretera está desierta, no hay coches, no hay nada hasta que el bar aparece ante mis ojos. El aparcamiento de la entrada está medio lleno de viejos coches oxidados que necesitan algo más que una buena capa de pintura. Aquí mi coche parece estar fuera de lugar.

Yo parezco estar fuera de lugar.

Yo estoy fuera de lugar. Mamá, no. A ella este lugar le habría parecido un paraíso. Aquí es donde podría haber organizado un encuentro con algún tío rico, la clase de tío que habría pagado generosamente para asegurarse la privacidad.

Me pongo una gorra y salgo del coche observando la fachada del bar. La señal luminosa está un poco rota y una de las luces parpadea agonizante contra el telón del cielo que empieza a oscurecerse. Se oye el zumbido de la música de los ochenta que suena dentro y los gritos desafinados de una mujer. Un cartel mal escrito anuncia que es noche de karaoke.

Abro la puerta y me asalta un olor a tabaco rancio y cerveza. Una mujer medio desnuda pasa por delante de mí levantando una bandeja por encima de la cabeza y serpentea por entre los clientes del bar. No hay mucha gente, pero todo el mundo está concentrado en la mujer de treinta y tantos que se esfuerza por cantar una canción en la esquina del bar.

Me pongo bien la gorra y pido una cerveza. Estaba en lo cierto. En este sitio nadie te pide el carné de identidad. Me ponen una cerveza delante y pago. La única persona que se molesta en mirarme es la camarera que limpia los vasos en el otro extremo de la barra.

Me mira de arriba abajo y se humedece los labios. La ropa que lleva apenas le cubre la piel y su cuerpo está completamente expuesto.

«Solo servirás para eso».

Su melena teñida de rubio le resbala por los hombros cuando se agacha a guardar los vasos y hasta el último cliente del bar se vuelve a mirarle el culo.

«Eres igual que ella».

Se incorpora y me dedica una sonrisa sugerente. No es mucho mayor que yo, quizá uno o dos años. Bebo un poco de cerveza mientras se contonea hacia mí.

—¿Qué hace un chico como tú en este bar? —Se inclina hacia delante y apoya los codos sobre la madera pegajosa de la barra. Sus pechos se

estrechan y casi asoman del todo por encima de la camiseta.

«No eres nada, igual que ella. Solo vales para eso. No vales nada. Eres un inútil. Un montón de mierda. Solo eres el hijo de una puta y has nacido para ser lo mismo que ella».

No noto ninguna reacción en mi entrepierna. No siento ninguna atracción por la camarera que se exhibe ante mí. No siento ningún deseo, lo único que quiero es salir de allí.

—¿Sabes qué? —Arrastro el vaso en su dirección y me pongo en pie—. No tengo ni idea.

No espero su reacción. Me doy media vuelta y salgo del bar escasos minutos después de haber entrado. Ella es la única que se da cuenta de que me marchó. Soy invisible.

Mi coche me parece un refugio. Apoyo la cabeza en el volante y peleo contra las voces que no dejan de parlotear en mi cabeza.

—No es verdad —digo en voz baja—. No soy como ella. ¡No soy como ella!

Y no lo soy.

Si lo fuera estaría esperando a que esa chica acabara su turno para follármela. Eso es lo que habría hecho mi madre, solo que ella habría vendido su cuerpo a cambio de dinero o drogas. Ella no habría pensado en lo que hacía ni en cómo podían afectar sus acciones a cuantos la rodeaban.

Pero yo estoy pensando. Y no pienso esperar a esa camarera.

Me alejo de ese bar cutre lleno de maldad.

Vuelvo con Megan. Vuelvo a la bondad.

Ver su cara, incluso aunque sea al otro lado de una sala llena de gente, me alegra el día. Ver como el chico que tiene al lado la hace reír oscurece mi día hasta convertirlo en una noche cerrada.

Me vuelve completamente loco. Debería ser yo quien estuviera con ella haciéndola reír y pasándole el brazo por los hombros. Y no ese maldito capullo.

Me apoyo contra la pared a esperar y observo como se acercan. Ella se quita su brazo de encima, se pone bien los libros y se los apoya en la cadera. La cadera que hay entre ellos. Se pone un mechón detrás de la oreja y puedo verle mejor la cara. Sus ojos azules tropiezan un segundo con los míos, pero la expresión de su cara no cambia; la mía tampoco. Cualquier mueca, un guiño, un ligero movimiento de nuestros cuerpos es todo cuanto hace falta para descubrirnos. Y los dos lo sabemos.

Hay mucho en juego.

Demasiado. Y me pregunto si vale la pena, si vale la pena mentir y esconderse. Y entonces la miro. Consigo mirarla a los ojos un segundo y ver una sonrisa fugaz, y entonces sé que es imposible que pueda dejar de jugar a esto.

Megan baja la mirada cuando pasa por mi lado y yo me vuelvo para mirarle el culo. Sus vaqueros se ciñen a sus curvas a la perfección y recuerdo lo que sentí al agarrarlo mientras ella se movía contra mi cuerpo.

Cuanto más tiempo paso con ella o pensando en ella, más la necesito y mayor es la necesidad que tengo de la paz que me da. Mayor es la necesidad que me asalta de ese completo y absoluto silencio que me da cuando está entre mis brazos. Más intensa es la necesidad que siento de demostrar que no soy como mi madre, que soy mucho más que el hijo de una prostituta nacido para hacer exactamente lo mismo. Más fuerte es la necesidad que siento de demostrarme a mí mismo que soy mucho más que eso. Ya lo demostré la pasada noche.

No soy lo bastante bueno para Megan. Eso ya lo sé. Nunca seré suficiente para ella y lo mejor que podría hacer esa chica es salir corriendo en la otra dirección. No sé si alguna vez seré capaz de dejar que llegue a mí de la forma que ella quiere. No sé si algún día conseguiré contárselo todo sobre mí y abrirle la puerta a mi pasado. No sé si el tembloroso niño que hay dentro de mí, atrapado en un mar de terribles recuerdos, conseguirá algún día liberarse de eso y me permitirá estar con ella por completo.

Pero lo que tengo claro es que no la utilizaré como he estado utilizando a tantas chicas durante tanto tiempo.

Preferiría perderla que utilizarla para saciar mis necesidades egoístas.

Los pasillos ya están casi vacíos cuando el imbécil que iba con ella se mete en su clase y la deja sola. Me saco el teléfono móvil del bolsillo.

«¿Tienes clase?»

La observo mientras saca el suyo del bolso. «No», me envía al momento apoyándose contra la pared. Me meto el teléfono en el bolsillo del pantalón y camino hacia ella.

—En el campo de fútbol —murmuro—. Dentro de cinco minutos.

A pesar de las ganas que tengo, no puedo volverme para ver su reacción. Solo espero que lleve su precioso culito hasta allí.

Abro las puertas dobles de la facultad y casi tropiezo con Ryan.

—Si que has tardado —murmura.

—No empieces —le advierto—. Nunca dije cuándo acabaría.

—¿Qué pasa? ¿No te has traído ninguna chica de clase para aliviarte?

—¿Por qué iba a hacerlo? Solo hago esas cosas los fines de semana. No eres el único que se preocupa por las notas.

—Ah, ¿pero es que apruebas alguna?

—Eres un capullo, Ryan. —Niego con la cabeza—. Y sí, para que te enteres, me gradué con un promedio de 3,8 en el instituto.

—¡Vaya! ¡Es más alto que el mío! —exclama—. ¡Yo a duras penas llegué al 3,4 para poder entrar aquí! ¿Cómo lo hiciste?

—Es muy probable que mi abuelo sea mejor profesor que los pobres diablos que tuvieron que aguantarte a ti —le contesto—. Así es como lo hice.

—¿No fuiste a la escuela?

—Solo fui los dos últimos años. Todo me parecía muy fácil. Ya había aprendido la mayoría de las cosas que me enseñaron, así que me pasé los dos cursos follando y dejando a mis profesores con la boca abierta: sacaba puntuaciones casi perfectas en la mayoría de los exámenes.

—No lo sabía. —Abre la puerta y entramos en la casa.

—¿Por qué ibas a saberlo? Todos pensáis que pienso con la polla. Oye —me detengo y le acerco mi libro—. Coge esto.

—¿Pero qué...?

—Como he salido corriendo de clase para encontrarme contigo me he dejado una cosa. En seguida vuelvo. —Me doy media vuelta y salgo de la casa. Solo puedo pensar en llegar al campo de fútbol; si me hubiera quedado dos segundos más Ryan me hubiera atrapado allí dentro.

Cuando ya no se me ve desde la casa me pongo a correr y rodeo los edificios del campus en lugar de cruzarlos. Vaya rollo, ¿por qué el maldito campo de fútbol tiene que estar en la otra punta?

Veo varios chicos corriendo por el campo, pero no veo a Megan por ninguna parte. Hasta que miro las gradas. Megan está debajo y mira el campo por entre los asientos.

Sonrío y corro en silencio hasta ella. Cuando la alcanzo pongo mis manos a ambos lados de su cabeza. Le doy un beso en el cuello y ella se vuelve para mirarme.

—¿Sabes? —susurra—. Me siento como si volviera a estar en el instituto. —Se da media vuelta entre mis brazos y me mira.

—¿Con quién quedabas bajo las gradas cuando ibas al instituto? —Alzo las cejas.

—Con todos los chicos con los que salí. Y por lo visto tú no eres la excepción a esa norma.

—¿Entonces estamos saliendo juntos?

Desliza las manos por mi pecho y las entrelaza por detrás de mi cabeza acercándose la cara.

—A menos que seas adicto a colarte por las ventanas de muchas chicas, yo diría que sí.

Sonrío.

—No soy adicto.

Pero a ella sí. Soy adicto a Megan Harper y no tengo ninguna intención de superar esa adicción. Aún tengo que decidir si es una buena adicción o es mala.

—¿Por qué estamos aquí? —pregunta y entonces guarda silencio y sonrío—. Ah, ya lo sé. Te ha dado un ataque cavernícola.

—De eso nada —le espeto acercándome para besarla—. Quería verte en un sitio donde no tuviéramos que estar todo el rato metiéndonos el uno con el otro. ¿Tienes algún problema?

—No. —Me devuelve el beso—. Pero admítelo, Aston. Has visto como Tom me rodeaba con el brazo y te has cabreado. Por eso me has enviado ese mensaje.

Tiene las cejas arqueadas por encima de los divertidos ojos azules, los labios medio fruncidos y media sonrisa en la boca. Me la quedo mirando un momento y me rindo.

—Un poco —lo admito—. Me ha sentado fatal ver que ese imbécil te ponía las manos encima.

Megan levanta la mano y me acaricia la mejilla.

—Mucho —me corrige—. Tenías pinta de estar a punto de sacarme de allí de la oreja solo para alejarme de él. Odio decírtelo, pero vas a tener que acostumbrarte.

—Y una mierda —murmuro—. Si pasa muchas más veces me pondré delante de Braden y aceptaré las consecuencias encantado a cambio de poder estar contigo. No podré soportar pasar el día viendo eso.

—Tienes dos opciones. Puedes verme con ellos sabiendo que estoy contigo, o verme con ellos preguntándote con quién quiero estar.

Inspiro hondo y coloco mi frente sobre la suya.

—Está bien. Me aguantaré. Pero no me gusta, Megs.

—Ya lo sé. —Sonríe—. A mí tampoco me gusta mucho, pero si te hace sentir mejor, te diré que Tom es un gilipollas.

—Yo también —murmuro.

Megan me acaricia el pelo y me sujeta con fuerza.

—Sí, pero tú eres especial.

—¿Ah, sí? —Agacho la cabeza y la beso con suavidad—. ¿Por qué?

—Porque eres mi gilipollas.

—Me acabo de dar cuenta de que no sé qué estudias —me espeta Ryan cuando entro en la casa de la fraternidad.

Sonrío. Aún sigo emocionado por el encuentro con Megan. Me siento.

—Psicología.

—¿Lo dices en serio? —Se incorpora.

Entonces entra Braden comiéndose una manzana.

—¿Qué es lo que dice en serio?

—Este imbécil está estudiando Psicología, ¿lo sabías? —Ryan me señala con el pulgar mirando a Braden.

—Eso no puede ser. —Braden me mira y yo sonrío—. ¿De verdad?

—Estoy bastante seguro de que ese es el motivo por el que asisto a las clases necesarias para sacarme la carrera.

—Qué sorpresa. —Se apoya en el marco de la puerta—. ¿Y por qué estudias eso? ¿Para entender por qué necesitas tanto sexo? —Él y Ryan se ríen.

Para comprender por qué mi madre era de esa forma y evitar que otras personas elijan el mismo camino. Para poder evitar que otros niños tengan que pasar por lo que pasé yo.

—Yo ya sé por qué necesito tanto sexo, capullo —le contesto—. Lo hago para comprender por qué personas como yo se relacionan con retrasados como vosotros.

—Oh, eso es muy fácil —dice Ryan encogiéndose de hombros—. Porque hacemos que los listillos como tú quedéis bien.

—Gran verdad —concede Braden.

Ryan le mira.

—¿Sabes qué? Tampoco sé qué estudias tú.

Braden encoge un hombro con aire despreocupado mientras mastica.

—¿Sabes qué? —Sonríe—. Yo tampoco.

Me río al ver la sonrisa que tiene en la cara.

—Ryan, igual tienes razón en eso de que me hacéis quedar bien.

—Pues por si a alguno le importa yo estudio Ingeniería.

—Pues dicen que esa carrera es bastante dura, con tantas matemáticas y esas cosas —apunta Braden.

—Lo único que se me daba bien en el colegio eran las matemáticas. Las mates tienen sentido.

—Sí, bueno. —Braden se endereza y tira el corazón de la manzana al cubo de la basura—. Pues a mí la única operación matemática que me interesa es que yo más Maddie menos ropa es igual a un producto que ni siquiera el álgebra puede producir. Es una pena que no podamos estudiar sexo. Yo me graduaría con matrícula de honor.

Sonrío mientras se marcha con una sonrisa satisfecha en los labios y Ryan resopla.

—Esa es una bonita operación matemática. Estoy seguro de que la entienden todos los tíos de esta casa. —Sonríe.

Asiento pensando en Megan.

Ya lo creo que la entiendo.

Debo de ser la única alumna de mi clase que leería un clásico por placer. No conozco a nadie que se haya leído *Jane Eyre*, *Mujercitas* o *Tess, la de los d'Urberville*.

En realidad tampoco son mis libros preferidos. *Mujercitas* siempre ocupará un segundo lugar, pero *Orgullo y prejuicio* siempre será mi favorito. Hay algo muy hermoso en la historia de una pareja con orígenes muy distintos viajando por la pantanosa carretera del amor hasta ese momento en que ya no pueden seguir negándose su atracción. Y todavía es más bonito poder presenciar ese viaje. Ir pasando las páginas en espera del dulce primer beso, de las discusiones cargadas de sentimiento, de la declaración final. Hay algo en esas páginas que me atrapa y me aleja del mundo real.

No hay ningún lugar como el que se encuentra entre las páginas de un libro.

El único lugar que puede acercarse es el que se encuentra entre los brazos de la persona amada.

Quizá ese sea el motivo por el que, después de haber pasado todo el día en clase con Braden, ahora esté sentada en la esquina de la cama de Aston leyendo, completamente embelesada por el atractivo señor Darcy. Estoy a pocas páginas de uno de los mejores momentos del libro, la escena de la lluvia, ese momento húmedo y apasionado cuando por fin están juntos. Y no me avergüenza admitir que les gritaría a los personajes hasta que me dieran lo que quiero.

Ese amor. Ese apasionado, extenuante e infinito amor, eso es justo lo que quiero. Yo quiero sentir lo mismo que sienten el señor Darcy y Elizabeth. Quiero mirar a alguien a los ojos y saber que estoy viendo mi propio final feliz.

La puerta se abre y yo sigo leyendo; dejo resbalar los ojos por la página y devoro cada palabra.

«La puerta está abierta». De acuerdo. Esto va a quedar un poco raro si no es Aston. Mierda, ¿por qué no lo habré pensado antes?

Levanto los ojos del libro muy despacio. Aston cierra la puerta a su espalda y me sonrío alzando una ceja.

—No pretendo quejarme, ¿pero puedo saber por qué estás en mi cama? —me pregunta con suavidad.

—Estoy leyendo —le contesto posando los ojos en la página—. Y necesito estar cómoda cuando leo, cosa que explica el motivo de que esté en tu cama en lugar de en esa terrible silla que hay delante del escritorio.

—Ya veo que estás leyendo, Megs. ¿Pero por qué estás leyendo en mi habitación en lugar de hacerlo en la tuya?

—Si quieres me marchó. —Doblo la esquina de la página y me meto el libro debajo del brazo.

—¡No! No, yo no he dicho eso. —Suelta la cartera, se acerca a la cama y apoya las manos a ambos lados de mi cuerpo—. Ni siquiera se me había ocurrido pensarlo.

—Ah, bueno. —Esbozo una dulce sonrisa—. Entonces sigo leyendo.

—De eso nada —murmura cogiendo el viejísimo libro y dejándolo caer al suelo. Me quedo boquiabierta.

—Acabas de tirar mi libro al suelo.

—Lo he dejado caer.

—No. Lo has tirado. Debería azotarte por haber lastimado al señor Darcy.

—Claro. Seguro que el señor Darcy y su pretencioso culo apreciarían el gesto.

Entorno un poco los ojos medio sorprendida de que sepa quién es el señor Darcy. Pero de nuevo vuelvo a darme cuenta de que estoy descubriendo que Aston no es la persona que parece, y me gusta. Hay toda una faceta nueva de él que estoy empezando a adorar.

—No vuelvas a tirar ninguno de mis libros. Jamás —le digo con firmeza—. Hablo en serio. La próxima vez que tires uno de mis tesoros, en especial uno de mis preferidos, te haré daño.

Se pone serio y se sube a la cama arrodillándose delante de mí.

—Lo siento, nena —murmura cogiéndome la cara—. No volveré a tirar tus libros.

Le sonrío apoyando la mejilla en su palma.

—Más te vale.

Aston me besa y me pone una mano en la nuca. Me tumba en la cama muy despacio mientras me besa con ternura.

—Me acabo de dar cuenta de que Braden tiene clase todo el día. Y eso significa que te tengo para mí solo durante un rato. —Sus labios resbalan por mi mandíbula—. Así que no pienso dejar que leas pudiendo hacer esto. —Desliza la mano por mi costado y la cuela por debajo de mi camiseta. Siento la aspereza de sus dedos sobre la piel.

Me arqueo contra él y mis manos trepan por sus brazos hasta posarse sobre sus hombros y su cuello mientras nos besamos. El pelo de su nuca me hace cosquillas en los dedos. Entierro los dedos en su pelo y le atraigo hacia mí. Flexiono la pierna y dejo resbalar el pie por la parte posterior de su pantorrilla notando la tela rasposa de sus vaqueros contra mis dedos desnudos.

Aston me explora la boca con la lengua, entrando, saliendo y girando de la misma forma que el deseo se arremolina en mi estómago. La exploradora mano que ha deslizado por debajo de mi camiseta espolea mi fuego interior y alimenta la tormenta de emociones que me asaltan siempre que se acerca a mí.

Sus labios trepan por mi cuello hasta llegar a mi oreja. Luego los separa de mi piel y apoya la cabeza junto a la mía. Siento su aliento pesado y cargado de dolor.

—Sigo sin entender qué haces aquí —susurra.

—Estoy aquí porque es donde quiero estar. —Deslizo la mano por su espalda y le acaricio la piel con lentos movimientos circulares; ya me he dado cuenta de que sus demonios se han despertado. Esos demonios que lo alejan de mí.

—Pero no entiendo por qué.

—Hay cosas que no tienen explicación; y esta es una de ellas.

—¿Y qué pasa si una parte de mí necesita una explicación? —Se separa de mí y me suelta para ponerse otra vez de rodillas.

Me siento y cruzo las piernas. Le miro a los ojos y me pierdo en el tormentoso torbellino que anida en sus profundidades. Sus emociones pelean entre ellas con la intensidad de un tornado y el color de sus ojos se oscurece hasta adquirir el tono de un corazón tormentoso. Me muero por estirar el brazo y tocarlo, pero algo me dice que no lo haga. A pesar de la tentación que hormiguea en las yemas de mis dedos, sé que tengo que hacerlo a su manera. Estoy muy enfadada con él, pero no sé por qué. Estoy confusa y quiero comprender. Quiero saber qué es eso que tiene tan enterrado en su interior, y quiero ayudarlo a superarlo.

—Pues eso es algo que nunca podré darte —le digo en voz baja y cierta tristeza.

—¿Por qué?

—Porque mis motivos para estar aquí, mi forma de sentirme, lo que siento por ti, por nosotros, por esta situación, nada de todo eso es algo que pueda explicar con palabras. Podría pasarme horas aquí sentada intentando explicártelo, pero no puedo. Sencillamente es así.

Se levanta y me da la espalda. Se quita la camiseta y la tira a una esquina con despreocupación. Los músculos de su espalda y sus brazos se tensan cuando se pasa las manos por el pelo.

—Aston. Háblame —le digo con suavidad.

—¿Por qué? ¿Qué importancia tiene?

—¡Porque necesito comprender! Necesito entenderte y comprender todas tus facetas. Ya conozco tres. Conozco al chico, al amante y esta otra faceta a la que aún no sé ponerle nombre, ¡pero no las entiendo! —Me levanto—. Tan pronto se te ocurre colarte por la ventana de mi habitación, como besarme, como alejarte de mí. ¡No lo entiendo!

—Hay cosas que no tienen explicación —me dice con tirantez usando mis propias palabras.

—Y una mierda. ¡Y. Una. Mierda. Aston! —Le rodeo para ponerme delante de él—. ¡Eso es una gilipollez! El modo que tienes de actuar, esa forma que tienes de esconder una parte de ti de todo el mundo, todo tiene una explicación. ¡Se puede explicar! Pero tú eliges no hacerlo. Por algún motivo prefieres no hacerlo.

—¡Quizá es que no pueda! —Se vuelve hacia mí con la mirada áspera y el cuerpo tenso—. Puede que no sea capaz de explicarlo todo. Tal vez no pueda. Es posible que me duela demasiado. ¿Alguna vez has pensado en eso?

Baja la mirada y yo siento ganas de abofetearme. No lo había pensado. Nunca había pensado en que eso que tiene guardado en su interior, y que tanto le atormenta, podría dolerle demasiado como para hablar de ello. Me he dejado cegar tanto por lo que implica para mí su secretismo que no me había parado a pensar en lo que supone para él. No me he planteado ni por un momento cómo se siente él. Dios.

Alargo los brazos hacia él y Aston me agarra de las muñecas a toda velocidad.

—No —susurra con una expresión gélida en el rostro—. No.

Pasa un minuto que parece infinito. Ninguno de los dos se mueve. El único sonido que hay entre nosotros es la pesadez de su respiración. Entonces vuelve a posar los ojos sobre mí muy despacio. Están llenos de tristeza, jamás le había visto tan vulnerable. Quiero liberar mis muñecas y tocarle, aliviar ese dolor, pero no puedo. Ya lo he intentado.

Sea lo que sea por lo que está pasando, es él quien tiene que compartirlo por los dos. No puedo pensar en nosotros como dos personas independientes. Tendrá que compartir algo conmigo. Necesito saber de dónde viene ese dolor que brilla en sus ojos. El juego no es entre nosotros. El juego es el teatro que fingimos delante de los demás. No hay falsedad cuando estamos frente a frente como ahora. No hay espacio para la falsedad cuando todo lo que sentimos es tan real.

—Quieres tenerme a tu lado, pero me mantienes a distancia —susurro—. ¿Por qué? ¿Por qué no hablas conmigo? ¿De qué tienes miedo?

—Tengo miedo de tenerte y tengo miedo de perderte. Llevo toda la vida cuidando de mí mismo, dependiendo solo de mí y siempre lo he tenido todo bajo control. Los sentimientos, todo. Y entonces... Entonces te conozco a ti y todo cambia. Todo lo que creía que era real se ha convertido en un montón de mierda. Tú eres lo único real que hay en mi vida.

—¿Por qué yo? ¿Por qué soy tan diferente?

Suspiro lentamente y él apoya su frente sobre la mía clavándome los ojos.

—Porque nunca he necesitado a nadie tanto como te necesito a ti. Si te dejo entrar y te lo cuento todo podrías dejar de necesitarme, y eso es lo que más miedo me da. Y por mucho que desee que te marches, por muy convencido que esté de que deberías irte, no creo que jamás sea capaz de dejarte marchar.

—¿Y por qué iba a marcharme? —le digo frunciendo el ceño.

Aston suspira. Me suelta las muñecas y entrelaza los dedos con los míos.

—Porque mi pasado es muy distinto al tuyo, Megan. Venimos de sitios muy distintos. Hemos vivido historias muy diferentes.

Niego con la cabeza.

—¿De verdad piensas eso? ¿En serio?

No se mueve.

—¿De verdad crees que tu pasado cambiará lo que pienso de ti? ¿Crees que podría cambiar cómo me siento? Porque es imposible. ¡No cambiará absolutamente nada!

—Megan...

Vuelvo a negar con la cabeza, libero mis manos y le aparto de mí. Me apoyo contra la ventana y miro por entre las cortinas.

—No me voy a marchar, Aston. No podría aunque quisiera. Ya he llegado demasiado lejos. Sea lo que sea eso que te está comiendo por dentro quiero saberlo. Necesito saberlo por nosotros.

Oigo el ruido de sus pasos cruzando la habitación y siento el calor de su cuerpo pegándose a mi espalda. Pone sus manos en mis caderas. Luego las desliza lentamente hasta mi estómago y entierra la cara en mi pelo. Yo me apoyo en él mientras peleo contra la montaña rusa de emociones que me recorren de pies a cabeza.

—Somos diferentes, Megs —susurra—. Demasiado. Tanto que tenemos que esconder lo nuestro.

—Solo tenemos que esconderlo porque Braden te pateará el culo, pero no lo podremos esconder para siempre.

—Yo no quiero esconderlo. No quiero esconderte. Cada vez que un tío te mira... Lo odio. Odio que te miren como si solo quisieran follarte. Me vuelve loco.

—¿Te refieres a que me miran como solías mirarme tú? —bromeo sonriendo un poco.

Aston suelta una risa falsa y me da media vuelta. Le rodeo la cintura con los brazos y apoyo la cabeza en su pecho desnudo. Escucho los latidos de su corazón, broncos y acelerados.

—Sí, de la misma forma que te miraba yo hasta que me acosté contigo. Desde la primera vez que te besé ya sabía que eso no era lo único que quería de ti. Eso no era lo único que necesitaba de ti. —Su voz le retumba en el pecho y me besa la cabeza.

—Pues déjame ser lo que necesitas —le suplico—. No pienses en Braden, en mantener lo nuestro en secreto ni en nuestros orígenes. Lo único que importa es que estamos aquí y ahora y que ahora estoy aquí. Déjame ser lo que necesitas. Deja de alejarme de ti, Aston, porque no puedo olvidarme de ti por mucho que deba. Siempre volveré a ti.

Su pecho se hincha por la intensidad de su respiración.

—Lo haré. Te lo contaré todo. Pero hoy no, Megs. Pronto. Pero hoy no.

Cierro un momento los ojos.

—¿Me lo prometes?

Aston deja resbalar una mano por mi espalda, la sube por mi hombro y me toca en la mejilla. Me levanta un poco la cara, agacha la suya y me encuentro con sus ojos grises.

—Lo prometo.

Esto es un desastre.

Sonrío con educación al chico que tengo sentado enfrente. Es la segunda cita de la «Operación Conseguirle Novio a Megan», la misión personal de Lila. Y este no es mucho mejor que el primero. Si tengo que ser sincera, es incluso peor.

Y ni siquiera es culpa del chico. Callum es un encanto. Es dulce, está bueno y es divertido. Se parece mucho a la imagen del chico perfecto, pero no es mi chico perfecto.

—Lila me ha dicho que estás estudiando Literatura —comenta cogiendo una cucharada de helado.

—Sí. Siempre me ha gustado la literatura; era lo más lógico.

—¿Y qué piensas hacer cuando te licencies? Ya sé que falta mucho —esboza media sonrisa—, pero siempre es bueno tener un plan, ¿sabes?

—Pues supongo que acabaré dedicándome a la docencia. —Me encojo de hombros—. Aunque quizá acabe en el mundo editorial, aún no lo he decidido. Pero lo que sí sé es que algún día me gustaría escribir un libro. ¿Y tú?

—Espero entrar en la Escuela Médica de Harvard. No es fácil, pero voy por buen camino.

Buen trabajo, Lila. No solo me citas con un junior, sino que no se te ocurre nada mejor que elegir al único que aspira a irse a la otra punta del país dentro de dieciocho meses.

—Vaya. Es una buena meta. —Sonrío.

—La tuya tampoco está mal. Por lo menos tú podrás hacer lo que te gusta. A mí la familia me presionó mucho para que eligiera esta carrera.

—Oh. —Qué incómodo—. Pero no está tan mal, ¿no? ¿Preferirías hacer otra cosa?

—No, era mi segunda opción, así que no es tan duro.

—¿Y cuál era la primera? —Oh, Dios, ¿Parezco demasiado interesada? No quiero ser antipática, pero tampoco quiero que piense que estoy interesada. Maldita sea. Todo esto es un asco.

Entonces Aston pasa junto a la ventana y nos mira sorprendido. Yo le miro, y aunque soy consciente de que Callum sigue hablando, no oigo ni una sola palabra de lo que dice. Estoy demasiado concentrada en cómo Aston aprieta los puños y los dientes. Está enfadado.

Muy enfadado.

—¿Megan? —Callum me pasa una mano por delante de la cara y yo le vuelvo a mirar.

—Lo siento, acabo de ver a un amigo que llevo unos días intentando encontrar por teléfono. Es bastante importante. —Me estremezco interiormente avergonzada de mi propia mentira—. ¿Te importa que me vaya con él?

—Hum, no. No pasa nada.

—Lo siento mucho. —Me levanto y dejo un billete encima de la mesa—. Toma, para la cena. Lo siento.

Salgo del restaurante y corro tras Aston volviendo por la misma esquina por la que ha desaparecido, alejándose del centro. Cuando llego al final de la calle suspiro. No le veo ni a él ni a su coche y no tengo ni idea de cuando tendré la oportunidad de explicarle por qué me ha visto cenando con otro chico.

¡Malditas sean Lila y Maddie y sus estúpidas ideas!

Me doy la vuelta. Como acabo de plantar a Callum, lo mejor que puedo hacer es volver al campus. Y lo mejor será que le mande un mensaje a Aston. Maldito secretismo.

Entonces alguien tira de mí hacia un callejón y me pega la espalda contra una pared de ladrillos fríos. No me puedo mover. Me inmoviliza el peso de otra persona, pero antes de que me venza el pánico unos ojos grises se clavan en los míos.

—¿Acostumbras a acechar a las chicas? —murmuro.

—Solo a ti—contesta—. Pero para serte sincero no esperaba venir al centro y encontrarte cenando con otro tío.

—Aston...

—Estaría mintiendo si te dijera que no me he cabreado, pero en realidad lo nuestro tampoco es tan exclusivo, así que...

—Ha sido Lila —espeto haciéndole callar—. Se ha puesto en plan *Emma* conmigo. Se le ha metido en la cabeza la loca idea de que necesito un novio y no para de citarme con chicos que piensa que le gustarán a Braden. No puedo negarme porque entonces sabrá que pasa algo. Lo único que hago es presentarme y hablar, eso es todo. Ni siquiera les doy mi número de teléfono. Todo es falso.

—¿Falso?

—Claro. Solo acepto para que no se ponga a husmear. Además, si fuera una cita de verdad no le habría dejado ahí plantado para irme corriendo detrás de ti, ¿no?

Su cuerpo se relaja, la tensión abandona sus músculos y me separa de la pared tirando de mi cuerpo hacia él. Coloca mi cara en su cuello. Su forma de abrazarme me deja muy claro que no mentía cuando me dijo que no quería perderme.

Y no ha sido una reacción fruto de la rabia. Ha sido miedo de que ocurriera justo eso.

Le rodeo por la cintura y le abrazo con fuerza.

—No sé por qué he pensado... —se queda callado—. Soy un imbécil. Lo siento, Megs.

—No pasa nada. —Le doy un suave beso en el cuello—. Es muy probable que yo hubiera pensado lo mismo si hubiera sido al revés.

—No, nena, claro que pasa. No puedo acusarte de estas cosas solo porque yo tenga problemas ocultos.

—No me has acusado de nada. —Me echo hacia atrás y le miro a los ojos—. Si hubiera sido al revés probablemente yo habría entrado en el restaurante y le habría arrancado las extensiones a tu cita.

Sonríe.

—No sé cómo he conseguido controlarme para no entrar a partirle la cara.

Le acaricio la espalda.

—Yo tampoco sé cómo lo has hecho. Yo ni siquiera soporto ver cómo te miran las demás chicas —le digo en voz baja.

—Si Braden no fuera mi mejor amigo... —Niega con la cabeza—. Se lo diría, pero no es tan fácil. —Inspira hondo—. Supongo que tendremos que ir sorteando el absurdo plan de Lila y seguir adelante.

—¿Pero y si al final empieza a ser evidente? ¿Qué pasa si se dan cuenta de que tengo un motivo de peso para rechazarlos?

—Pues cuando lleguemos a ese punto cruzaremos ese puente juntos.

—No puede haber tantos tíos que no sean mi tipo.

—Oye, escúchame. —Vuelve la cara hasta que estamos de frente y nos rozamos la nariz—. Solo hay un tío que debe preocuparte si es tu tipo o no, todos los demás se pueden ir al infierno. Y por si acaso necesitas recordarlo, nena, aquí tienes un recordatorio.

Aston me besa y cuela la lengua en mi boca con posesividad. La desliza por la mía con aspereza mientras me estrecha con fuerza. Mis manos trepan por su espalda, le agarro de los hombros y dejo que me sienta suya. Sé que esto es lo que necesita y la profundidad de ese beso que me tensa los músculos del estómago me indica que tengo razón.

—Me parece que me gusta este recordatorio —susurro cuando se separa de mí presionando su mejilla contra la mía—. Pero si en algún momento necesitas recordármelo del todo...

Me clava los dedos en la espalda.

—Si en algún momento necesito recordártelo del todo —vuelve la cara y sus labios quedan a escasos milímetros de mi oreja—, será un recordatorio que jamás olvidarás.

Verla con otro tío —no me importa lo inocente o amigable que fuera su actitud—, aceleró una parte de mi cerebro que nunca se había activado por ninguna chica. Casi me desborda la necesidad de cogerla del brazo, sacarla a rastras de ese restaurante y empujarla contra la pared para besarla hasta dejarla sin sentido. Esta necesidad que siento de protegerla de todos los hombres de la ciudad —bueno, del estado entero—, es casi insoportable.

Nadie puede comprenderlo. Por primera vez en mi vida le estoy abriendo la puerta a alguien y dejo que se acerque al mismo tiempo que aprovecho lo que me puede ofrecer. Y ese es el problema. Yo me estoy aprovechando de lo que me ofrece Megan, pero no le estoy dando nada a cambio, no le estoy dando lo que se merece. Y, sin embargo, y por algún motivo, ella sabe exactamente lo que parezco necesitar yo. Siempre lo sabe.

Por primera vez en mi vida me he permitido sentir emociones distintas a las que habitualmente me embrutece la mente. La he dejado entrar. He dejado entrar a la única chica que sabía que podría desmontarme con una sonrisa o con una mirada de sus pequeños ojos azules; y me desarma. Siempre. Me deshace como si estuviera tirando del hilo suelto de una manta tejida a mano. Y lo único que puedo hacer es derretirme delante de ella.

Y lo peor de todo es que quiero derretirme. Quiero explicarle todo lo que quiere saber. Quiero explicarle por qué con ella soy frío y calor, por qué la atraigo hacia mí para después alejarla. Pero si se lo digo podría tensar demasiado la cuerda.

Si se lo digo podría alejarla de mí y dejarme engullir por el frío.

Decírselo significaría aceptarlo. Revivirlo. Recordarlo. Removerlo.

Aparte del viejo, ella es la única persona por la que he sentido algo. Ella es la única persona por la que he querido sentir algo, y lo que siento se está convirtiendo en una espiral que ya no puedo controlar. El sentimiento crece al mismo tiempo que aumenta mi necesidad por ella, que es mucho más intensa de lo que debería, mucho más adictiva de lo que debería.

Porque ella es así. Es adictiva. El olor a vainilla de su pelo, la luz de sus ojos, el brillo de su sonrisa, la suave piel de su mano: cada parte de su cuerpo es una adicción.

Y aún hay más. Ella me ve. Ella no ve al imbécil que se folla todo lo que respira ni al chulito y arrogante bastardo que solo piensa en sí mismo. Puede que vea todas esas cosas, pero también ve lo que hay debajo de eso. Ella ve mi verdadero yo, la persona que nadie más se ha preocupado por conocer.

Ella ve al Aston herido, al perdido, al destrozado.

Y muy pronto Megan cogerá todo eso y lo sacará a la luz en una conversación que me retorcerá las tripas.

—No funciona —la voz de Megan resuena por el pasillo—. Dile que deje de buscarme pareja.

—Yo no puedo hacer nada —contesta Maddie—. Ya sabes cómo es. Se cree que es cupido o algo así.

—Pero que haya logrado un éxito contigo y con Braden, bueno, una tercera parte de éxito, no la convierte en cupido. Ni a ella ni a mí. ¿Es que no se ha planteado que igual estoy muy feliz tal como estoy?

—Tendrás que pedirselo tú. Yo solo les doy el visto bueno a los chicos, Megs. Tendrías que haber visto algunos de los idiotas que había elegido. Si llego a dejarla habrías tenido la sensación de entrar en un club de *striptease*, pero sin la parte *sexy*.

—No puedo más. —Megan deja caer la cabeza sobre la mesa de la cocina justo cuando yo entro sonriendo.

—¿Qué tal? ¿Tan duro es que te organicen citas? —Sonríe cuando ella levanta la cabeza.

—¿Y qué sabrás tú? —me espeta—. No sabía que te molestaras en averiguar el nombre de la chica con la que sales antes de quitarle las bragas.

—*Touché* —murmura Maddie.

—Pues a veces sí. Pero normalmente es lo único que pregunto. —Me encojo de hombros y me apoyo en el mostrador—. Es mejor que te follen como anónima que verte obligada a salir con un montón de niños bonitos.

—Claro, porque tú no tienes nada que ver con esa categoría. ¿Cuánto has tardado en peinar esta mañana? —Alza una ceja—. Probablemente más de lo que han tardado la mitad de las chicas de mi residencia, señor Maybelline.

—Estoy seguro de que podría hacer que te corrieras más rápido de lo que tardo en peinarme —le contesto observando cómo se le sonrojan un poco las mejillas—. Pero eso no significa que sea un niño bonito.

—Déjame adivinar, ¿te convierte en un tío *sexy*?

Sonríe.

—Me alegro de que pienses eso.

—Yo no he dicho que lo seas, capullo. Era una pregunta, no una afirmación. ¿Aún no has aprendido la diferencia?

Me acerco a la mesa y me inclino hacia ella.

—No, pero ese culo que tienes parece estar pidiendo a gritos una buena lección sobre las diferencias entre una palmada y un azote. ¿Quieres un profesor, Megs?

Se queda boquiabierta y peleo contra la necesidad de acercarme más a ella para cerrarle la boca. Por el rabillo del ojo veo cómo Maddie se ríe divertida y esbozo una sonrisa.

—Si alguna vez necesito que alguien me dé una clase de sexo perverso —dice Megan en voz baja inclinándose un poco hacia delante y presionando sus pechos entre sí. Está llevando esto al límite—, me aseguraré de encontrar un profesor que pueda manejar mi cuerpo como si fuera una guitarra y sepa tocar las cuerdas adecuadas en los momentos indicados, y no un universitario salido que solo busca aliviarse.

—¿Y cómo sabes que no soy yo ese guitarrista?

—¿Cómo puedo saber que lo eres? —me desafía sentándose con una sonrisa en los labios.

—Tardo diez minutos en arreglarme el pelo. Puedo conseguir que te corras en la mitad de tiempo —la amenazo y le prometo sin dejar de mirarla a los ojos—. Si puedes encontrar algún guitarrista capaz de hacer eso, te doy la enhorabuena, señorita Harper. Hasta entonces puedes imaginarte mis dedos punteando tu cuerpo como si fueran las cuerdas de una guitarra.

Cojo una manzana del frutero que hay entre nosotros y le guiño el ojo al salir de la cocina.

—¡Cerdo! —me grita. Escucho la suave risa de Maddie y sonrío. A veces tener fama de ser un capullo al que solo le interesa meterse en las bragas de las chicas está muy bien, y en una situación como esta, en la que Megan me está poniendo a tono, es un punto a favor.

Me apoyo contra la pared exterior de la casa de la fraternidad, me termino la manzana y tiro el corazón a la papelera. Veo a Braden haciendo estiramientos junto a la casa y corro hacia él.

—¿Preparado para correr?

Levanta la mirada y coge dos botellas de agua.

—Pensaba que tu perezoso culo seguía en la cama.

—Pues sí, pero me ha parecido mucho más divertido bajar a cabrear a Megan. —Me encojo de hombros, sonrío y empiezo a correr seguido de Braden.

—No sé por qué lo haces, tío. Uno de estos días te arrancará las pelotas. —Niega con la cabeza.

—Es demasiado irracional para hacer eso. Se enfada con demasiada facilidad como para siquiera considerar el arrancarme las pelotas.

—Sí, pero ¿no has oído los métodos vengativos de Kay? La semana pasada oí como le contaba a Maddie que quería coger el cuchillo de la mantequilla para cortarles los huevos a un gilipollas y servirlos en el menú de la cafetería junto a un trozo de pescado para representar a la fulana que creía que podía tirarse después de ella. —Inspira hondo y yo esbozo una mueca de dolor.

—¡Ay! ¿Quién la cabreó así?

—Tío, no tengo ni idea, y creo que no quiero saberlo.

—Espera —reflexiono—. Pensaba que era lesbiana.

—Bisexual —me corrige—. Le van las dos cosas.

—Vaya tío. ¿Entonces nosotros tampoco estamos a salvo de esa gritona? —Niego con la cabeza—. Qué miedo.

—Exacto —me asegura—. Oye, los chicos y yo estábamos pensando en irnos a San Francisco mañana por la noche y pasar allí el fin de semana. Maddie y Lila también vendrán, pero no sé si Megan se apuntará.

En cuanto Braden menciona mi ciudad natal me pongo tenso y se me hace un nudo en el estómago. Está cerca de Berkeley y al mismo tiempo muy lejos. El niño de seis años que se marchó de San Francisco es una persona completamente distinta del Aston de diecinueve años que vive en Berkeley, pero eso no significa que sea un lugar al que quiera volver.

—No creo que vaya —contesto intentando controlar el temblor que me tiñe la voz—. El domingo tengo que ir a ver a mi abuelo. Ese viejo chocho casi me azota con el bastón por no aparecer por allí el fin de semana que fuimos a Las Vegas.

Braden se ríe de mi anécdota, que además es completamente verídica.

—Está bien, está bien. Entonces será mejor que te quedes aquí como un buen gilipollas y te tires a otra pobre chica.

—Ese es el plan.

O no. Pero él no tiene por qué saber lo que pienso hacer en realidad.

Nos paramos un segundo a beber agua y recuperar el aliento y yo aprovecho para sacarme el móvil del bolsillo.

«¿Vas a ir a San Francisco?», le pregunto a Megan por mensaje.

Ella me contesta al instante: «No lo sé. ¿Y tú?»

«No. No vayas».

«Está bien. No iré».

Me lo vuelvo a meter en el bolsillo y me encuentro con los curiosos ojos de Braden.

—¿Qué?

—Creo que nunca te había visto mandar un mensaje a nadie. ¿Por fin te has decidido a darle tu número a alguna chica?

Resoplo.

—No seas idiota. Si hiciera eso no tendría ni un momento de paz. Imagínate, entre ellas, Ryan y tú.

—Muy cierto. —Braden asiente y volvemos a salir corriendo en dirección a la casa de la fraternidad. Tenemos que prepararnos para ir a clase.

Nos cambiamos rápido y nos encontramos fuera para ir a clase de Literatura. Maddie y Megan nos están esperando cuando bajamos y Megan da unos impacientes golpecitos con el pie.

—¿Estáis listas ya, chicas? Algunos queremos aprobar —dice con sarcasmo.

—Venga, Meggy —murmura Braden cogiéndola de la mano—. Tú podrías aprobar esta asignatura estando en coma. Estoy seguro de que ya te has leído todos los putos libros que tenemos asignados para este semestre.

Ella le da una colleja y maldice entre dientes.

—¿Por qué has hecho eso?

Maddie le golpea el pecho con los libros.

—¡Ese lenguaje!

—Hablas como mi madre —murmura.

Megan le sonrío a Maddie y mira a Braden.

—Solo porque tengas razón sobre el tema de la lectura, no significa que tenga que gustarme. Quizá si prestaras un poco de atención aprobarías sin tener que espiar por encima de mi hombro cada vez que tenemos algún trabajo.

—¿Por qué no se me habrá ocurrido hacer eso? —Miro a Braden.

—Porque por lo visto tú ya eres un puto genio —gruñe—. ¿Es que soy el único tonto del grupo?

—Tú no eres tonto —le tranquiliza Maddie—. Solo eres un poco más lento que nosotros.

—¿Sabes qué, cielo? Es una suerte que te quiera tanto.

—Yo también lo creo. —Sonríe—. Significa que puedo decirte exactamente lo que piensa todo el mundo.

La mira como diciendo que ya la pillaré más tarde y la sonrisa de Maddie se acentúa.

—Un momento. —Megan se detiene mirando fijamente a Braden—. ¿Acabas de llamar genio a Aston?

—Sí.

—Esas son dos palabras que jamás pensé que llegaría a escuchar en la misma frase.

—Que te den. —Le tiro del pelo y ella me golpea con la mano.

—No estoy de broma, Meggy. Este chico se graduó con un promedio de 3,8.

Megan me mira alzando las cejas y los ojos llenos de sorpresa.

—¿Ah, sí?

Me encojo de hombros.

—Alguien tiene que ser el listo.

—Ahora en serio. ¿Es verdad?

No está actuando. Está sorprendida de verdad y no sé si molestarme ante tanta sorpresa.

—Sí.

—No me puedo creer que tengas el mismo promedio que yo. No pareces tan listo. —Esboza una sonrisa traviesa y sé que esa sonrisa es para Braden y Maddie.

Le abro la puerta de clase y la miro cuando pasa por mi lado. Mi mano le roza la cadera.

—No todo el mundo es lo que parece, Megan. Ya deberías saberlo.

Ella levanta la cara para mirarme. Sus impactantes ojos azules están llenos de preguntas que pronto tendré que contestar.

—Y lo sé. Pero me gustaría que esas personas confiaran en quienes se preocupan por ellas. —Pasa por mi lado en dirección a nuestro sitio. Yo me muerdo el labio inferior y la sigo.

—Quizá no se trate de falta de confianza —le digo—. Puede que hayan olvidado cómo hacerlo.

Megan coloca bien sus libros sobre la mesa y vuelve la cabeza hacia mí muy despacio.

—Entonces quizá debieran abrir los ojos y darse cuenta de que la persona en la que necesitan confiar está justo delante de ellos. Puede que deban abrirse y compartir su carga para no tener que llevarla en solitario.

—No se puede compartir todo. No todas las cicatrices están en el cuerpo. Algunas cicatrices se llevan en la cabeza. Hay heridas que no se ven. Están dentro, enterradas tan profundamente que jamás sanarán.

Su mirada es seria y dulce.

—Que una cicatriz no pueda sanar no significa que no se pueda aliviar —susurra.

Vaya. Tiene toda la razón. Y este es el fin de semana perfecto. Podría aprovechar que se va todo el mundo. ¿Pero estoy preparado? No lo sé. No sé si algún día estaré preparado para hablar de mi infancia, pero si quiero conservar a Megan no tengo otra alternativa. Si quiero que esta chica siga entre mis brazos y seguir disfrutando de esta relación secreta, tendré que ser sincero con ella.

Inspiro hondo y tomo una decisión de la que sé que me arrepentiré. Una decisión que lo cambiará todo.

Una decisión que me cambiará a mí.

—A veces la verdad es demasiado fea y oscura para algunas personas —le advierto.

Una decisión que la cambiará a ella.

—A veces no basta con sacarle el polvo a una versión superficial de la verdad —me contesta.

Una decisión que nos cambiará a los dos.

—¿De verdad crees que la oscuridad es mejor que la luz?

Ella asiente.

—A veces. A veces hay que perderse en la oscuridad para aprender a apreciar la luz.

—Este fin de semana —bajo la voz hasta que apenas se me oye—. No te puedo prometer nada. Solo puedo prometerte lo que hay.

Me guiña el ojo y veo que le tiembla la mano. Cierra el puño y se lo apoya en el regazo.

—Hasta ahora me he conformado con tener solo una parte de ti. Estoy segura de que puedo esperar un poco más para tenerte entero.

No me gusta amanecer después de una noche de sueño inquieto, pesadillas recurrentes y terroríficos *flashbacks*. Ahora que los demás se han ido a San Francisco, Megan puede entrar y salir de la casa con más tranquilidad. Si alguien pregunta dirá que tiene la llave de la habitación de Braden y que se ha dejado unos libros allí. Si alguien quiere saber por qué está en mi habitación, diremos que le pedí prestado uno de sus libros. No es una gran excusa, pero tampoco es que a los que están por aquí les importe mucho.

Aunque no lo digan, todos se mueren por meterse en sus bragas.

—¿De verdad quieres saberlo? —La miro desde la otra punta de la habitación.

Sus ojos de color azul cielo están abiertos como platos. Su mirada sincera se posa sobre mis ojos recelosos. Se pega las rodillas al pecho y se muerde la uña del pulgar asintiendo muy despacio. Me siento en la cama delante de ella y los muelles crujen bajo el peso de mi cuerpo. Miro por la ventana.

—No es algo agradable de oír —le advierto.

—Quiero ayudarte —me contesta con suavidad acercándose un poco más a mí—. Pero no puedo hacerlo si no te entiendo, no del todo. Y yo quiero ayudarte, Aston, quiero comprenderlo. Quiero saberlo todo de ti.

Inspiro hondo. Ya no importa si estoy preparado, ahora es demasiado tarde para echarse atrás. Tengo que contárselo todo, explicarle cosas que nunca he dicho en voz alta. Y por algún motivo, cuando la miro a los ojos, encuentro la fuerza en mi interior para empezar a hablar.

—No tengo ni idea de quién es mi padre. Mi madre se quedó embarazada a los diecisiete años de un tío que ni siquiera conocía. —Mi tono de voz es duro y la amargura envuelve todas mis palabras—. Me mandaba con mi abuelo siempre que podía, no estaba hecha para ser madre, por lo menos a los diecisiete años. Mi viejo dice que tuvo una depresión posparto, pero a ella no le importaba. En absoluto. Si le hubiera importado podría haber ido a un médico en lugar de automedicarse con alcohol y la droga más barata que pudo permitirse.

»Los servicios de protección al menor estuvieron en contacto con nosotros hasta que tuve dieciséis años, momento en el que consideraron que ya era una persona estable. Una vez robé mi expediente y lo leí. Decía que mi madre se mudó a un diminuto apartamento mugriento cuando yo tenía dos años, y aunque los vecinos no dejaban de quejarse de que había un niño que no dejaba de llorar y pasaba muchas horas solo, cuando venían a visitarnos todo estaba en orden. Yo estaba limpio, el apartamento estaba limpio y ella también. No podían hacer nada sin pruebas. —Las vistas que tengo desde mi habitación no tienen nada que ver con el paisaje del distrito Tenderloin de San Francisco—. A pesar de la zona donde vivíamos, cuando venían a vernos ella siempre se las arreglaba para que pareciera que vivíamos en otro sitio.

»No tuve que leer el informe con mucho detalle. Mis recuerdos se remontan a cuando tenía cuatro años y se dilatan durante los dos años siguientes. Padrastros que iban y venían sin parar. Todos iguales. Siempre eran tipos grandes, tatuados y estaban más colgados de las drogas y el alcohol que ella. Todos me odiaban a muerte.

«Sucio engendro de una prostituta. Maldito enano. Pequeño pedazo de mierda».

—Lo demostraban siempre que ella se iba a ganar dinero, cuando se iba a vender su cuerpo a algún tío rico para poder pagar las drogas que necesitaba, tanto ella como el pobre bastardo que se estuviera tirando en ese momento. Y entonces es cuando empezaba todo.

—Mamá —lloriqueé arrinconándome en la cocina y abrazando mi apestoso conejito con fuerza. Él se cernía sobre mí. No sabía su nombre. Nunca sabía cómo se llamaban. Nunca se quedaban el tiempo suficiente como para que llegara a conocerlos.

—Tu mamá no te oye —se burlaba de mí. Esta ocupada prostituyéndose para traerme una buena mierda. Se le da muy bien hacer de puta.

—Quiero a mi mamá. —Me arrastré contra el rincón y el enchufe se me clavó en la piel desnuda de la espalda. Las lágrimas asomaron a mis ojos y me hice un ovillo asustado del gigantón que tenía delante. El olor a alcohol de su aliento cayó sobre mí y me tapé la nariz y escondí la cara.

No servía de nada. Incluso entonces ya sabía que no me tocaría la cara, nunca lo hacían.

—Los golpes en la cara eran demasiado evidentes. Pero un moretón en la espalda era mucho más seguro; también me golpeaban en las piernas, incluso en el estómago. Nadie pedía explicaciones. Y cuando lo hacían siempre recibían la misma respuesta.

—¿Esto? —Mamá me acarició la espalda con suavidad sin dejar de mirar al trabajador social a los ojos—. Fuimos al parque hace unos días y este tontorrón pensó que podía columpiarse en las barras. Me di la vuelta un segundo porque me llamó una amiga y se golpeó la espalda contra el suelo. No le tiene miedo al peligro. He intentado explicárselo, pero solo tiene cuatro años. Vinimos a casa y limpiamos bien la herida. ¿A que sí, colega?

Sus ojos de color gris azulado se posaron sobre los míos y vi brillar una pizca de miedo. Asentí.

—Mamá me curó.

—Se inventaba que me había caído de la mesa, un tropezón con una grieta de la acera, un resbalón en las escaleras de la puerta del apartamento. Siempre encontraba alguna excusa. Jamás me llevaba al médico y siempre era culpa mía. Nunca de ellos.

El vaso se estrelló tan fuerte contra la pared que se rompió. Yo grité y resbalé en el charco que se formó en el suelo cuando intentaba escapar a mi habitación en busca de refugio. Caí de rodillas y el miedo palpitó por todo mi cuerpo. Sollocé, lloré y gimoteé. Traté de tomar aire pero tenía la garganta atenzada. Estaba desesperado. Me arrastré por el suelo tratando de escapar de la rabiosa sombra que se acercaba a mí.

Me corté la palma de la mano con el cristal y volví a gritar. La sangre se mezcló con el alcohol que había en el suelo y dibujó extrañas formas. Entonces alguien aporreó la puerta.

—Maldito bastardo escandaloso —rugió el hombre cogiéndome del suelo. Yo me resistí y acerqué su boca a mi oreja—. Estate quieta, maldita rata, o te azotaré con el cinturón en la espalda. —Me quedé inmóvil—. Buen chico.

Se abrió la puerta. Fuera aguardaba la anciana que vivía al otro lado del rellano. Tenía una expresión de preocupación en la cara.

—He oído un golpe y un grito. ¿Va todo bien?

—Sí. El chico ha roto mi vaso cuando me he despistado un momento y ha intentado recogerlo. Se ha cortado la mano un par de veces. Si no le importa será mejor que vaya a limpiarle los cortes. —Le cerró la puerta en las narices.

—Ella lo sabía. Siempre lo sabía. Pero nunca le importó mucho. A ella solo le importaba poder meterse otra dosis de esa mierda en la sangre o esnifar otro gramo. Por lo único por lo que se preocupaba era por el fondo de su vaso.

—Algún día quizá puedas sernos útil y podamos mandarte a ganar algo de dinero; así no tendrá que ir la puta de tu madre.

Un puño. Otro moretón.

«Ella solo sirve para eso, para follar. Y eso es lo único que sabrás hacer tú».

Una patada en la espalda.

«Nadie te querrá nunca. Cuando se enteren de lo puta que es tu madre todo el mundo te despreciará».

Un golpe en la cabeza contra la pata de la silla.

«Solo sirves para hacer lo mismo que ella. Nadie se preocupará nunca por ti».

—Para —susurra una voz suave y dolida. Me coge de las mejillas con ternura y me da un beso en la frente—. Ya puedes parar.

Abro los ojos. Debía haberlos cerrado mientras deambulaba perdido por mi cabeza. Los ojos azules de Megan están llenos de lágrimas.

—Ya puedes parar —repite—. Aquí estás a salvo. Conmigo estás a salvo. —Me acaricia la mejilla y una lágrima resbala por la suya—. Estás a salvo.

La niebla empieza a aclararse, los recuerdos se alejan y la veo con claridad. No quiero volver a ver el dolor que le agría la expresión. Es culpa mía. Por eso no quería decírselo. Por eso no quería abrir esa caja cerca de ella.

—No llores por mí, nena. —Le paso el pulgar por debajo del ojo—. No merezco tus lágrimas.

Ella asiente.

—Claro que sí. Te mereces todas las lágrimas de mi cuerpo.

—No —la contradigo apartándome de ella. Me levanto de la cama y empiezo a pasear por la habitación. Esas viejas palabras han abierto las heridas y han reavivado todas las emociones que tanto me había esforzado por mantener a raya. Me han recordado lo que soy. Me recuerdan el valor de mi vida y de mi cuerpo—. No te merezco. ¿Es que no lo entiendes? Tenían razón, Megs. No valgo nada. Estoy demasiado hecho polvo. Todo lo que decían, cada vez que me decían que no valía nada, cada vez que me decían que nadie me querría nunca...

—Se equivocaban —dice con un hilo de voz decidido—. Todos se equivocaban. Nada de eso es verdad. Eran todo mentiras.

Apoyo las manos en la pared y aprieto los dientes.

—No. Tenían razón. Hasta el último de ellos. Estoy destrozado. Estoy roto, solo soy un montón de piezas desparejadas encajadas de cualquier forma.

Los muelles de la cama chirrían y el suelo cruje. Una suave mano me toca la espalda y otra me rodea el tenso bíceps.

—No tenían razón. Estaban a miles de kilómetros de tener razón.

—No lo sé.

—Pero yo sí. —Me rodea el brazo y apoya la cabeza sobre mí. Me coge con más fuerza y apoya la cara contra mi hombro—. Se equivocaban porque yo sí te quiero. Te quiero de pies a cabeza, incluso las partes rotas y las piezas que no encajan.

La miro a los ojos.

—¿Por qué? ¿Por qué? Yo no puedo darte lo que quieres. No puedo darte días soleados y arcoíris. Yo no puedo darte cachorritos y peluches. Yo no puedo darte el amor perfecto que te mereces.

—Yo no quiero un amor perfecto, y si quisiera días soleados y arcoíris me iría a la escuela a visitar a los niños de preescolar.

Me separo de la pared y Megan baja las manos.

—Siempre acabaré reducido al sexo. No hay nada dentro de mí, nena. Estoy vacío.

—Mientes.

—¿Ah, sí? —Me doy media vuelta y le clavo los ojos. Estoy mintiendo, pero es lo mejor—. ¿Estoy mintiendo? ¿Crees que siento algo cuando

me llevo a una chica a la cama un sábado por la noche? ¿Crees que siento algo que no sea sexual?

Se hace el silencio y me odio a mí mismo. Me odio por alejar a la única persona que quiero a mi lado.

—Ya sé que no sientes nada que no sea sexual cuando te llevas a una chica a la cama un sábado por la noche.

Esto es más doloroso que las patadas que me daban de niño.

—¿Y por qué sigues aquí?

—Porque yo no soy una cualquiera —dice con seguridad clavándome los ojos—. ¿Crees que soy tonta, Aston? Acabas de desnudarme tu alma.

Me acabas de confesar tus secretos más profundos, los más oscuros. Y ahora estás intentando alejarme de ti. ¿A quién intentas proteger? ¿A mí o a ti? ¿No sientes nada por mí cuando me llamas *mena*? ¿No sientes nada por mí cuando me abrazas? ¿De verdad no sientes nada por mí cuando estamos juntos? Adelante. ¡Dímelo! Dímelo ahora mismo. Mírame a los ojos y dime que no sientes nada y saldré por esa maldita puerta. Dime que no te importo.

No puedo.

—¡Dímelo!

Y ella lo sabe.

—¡Venga!

—¡No puedo! —le grito—. ¡No puedo decirte eso! Y ese es el problema. Tienes que marcharte. Tienes que irte porque yo no puedo decírtelo.

Tienes que protegerte de mí porque yo no puedo alejarme de ti.

—¡Pero yo no quiero que lo hagas! —Cruza la habitación con brío—. ¡No quiero que te alejes de mí! —Se para delante de mí con el pecho

agitado y sigue hablando con un tono de voz más pausado—: No quiero que te marches.

«Nadie te querrá. No le importará nunca a nadie. No vales nada. Eres el hijo de una prostituta. Eres un inútil».

La cojo y la estrecho entre mis brazos enterrando la cara en su pelo. Estoy temblando. La necesito, no sé por qué, pero la necesito más de lo que he necesitado nada en toda mi vida. Ella es lo único que puedo sentir. Ella logra que quiera arrancarme las piezas que no encajan y volver a encajarlas en los lugares indicados. Ella despierta algo en mi interior, un deseo de vivir, un deseo de amar. Cuando siento sus brazos alrededor de mi cintura, sus manos sobre mi espalda y su cabeza contra mi cuello, me siento como en casa.

Megan me hace sentir como en casa.

—¿Nunca te contó nada sobre tu padre? —pregunto dibujando círculos en el brazo de Aston con la yema del dedo.

—No. El viejo me contó hace unos años que mi madre se fue al cumpleaños de una amiga y algunas semanas más tarde descubrió que estaba embarazada. Les juró que solo había estado con él, pero no se acordaba de su nombre —contesta—. Pero me da igual. Tengo a mi abuelo y eso es lo que importa. Él estuvo allí cuando no tenía a nadie más.

—Parece un hombre alucinante —le digo echando la cabeza hacia atrás para mirar sus ojos grises—. Ahora me resulta más fácil entender de dónde lo has sacado tú.

Aston hace un sonido de incredulidad.

—Yo no soy alucinante, nena. Ni mucho menos.

—Lo bueno de verte desde fuera es que puedo ver cosas que tú no puedes —le discuto—. Puede que ahora no te des cuenta, incluso es posible que nunca llegues a verlo, pero lo eres. —Le acaricio la cara deslizando el pulgar por su mejilla y rozando la barba incipiente que le cubre la mandíbula. Y no estoy mintiendo, yo puedo ver todo lo que él no puede. Yo puedo ver su belleza escondida tras los desagradables recuerdos de su pasado. Solo tiene que dejarla brillar a través de ellos.

—Si tú lo dices. —Me coge la mano y besa muy despacio cada uno de mis dedos.

—Siento hacerte recordar esas cosas —le digo en voz baja.

—Yo no —me contesta con firmeza—. Yo no lo lamento. Ayer tenías razón. Tienes que perderte en la oscuridad para apreciar la luz. Mi cabeza está llena de oscuridad y horrores, pero cuando te miro a los ojos es como encontrar la luz que brilla al final del túnel, la luz que jamás creía que encontraría.

Extiendo la palma de la mano sobre su mejilla, él apoya la suya encima y me acerco hasta que nuestros labios se rozan.

—Eso me gusta. Me gusta hacerte sentir así.

—Es verdad. ¿A quién más iba a amenazar con azotarla sobre la mesa de la cocina? —Esboza una mueca divertida y un atisbo de la luz habitual vuelve a sus ojos haciendo retroceder la oscuridad.

—Estoy segura de que podrías encontrar a alguien. —Encojo un hombro.

—Es probable, pero no quiero encontrar a nadie. —Se vuelve a poner serio y deja resbalar la mano por mi brazo hasta dejarla en mi espalda—. Tengo que decirte otra cosa, pero me tienes que prometer que no te enfadarás y te marcharás.

—No. Me. Voy. A. Ir. —Pongo un énfasis especial en cada palabra—. ¿Está claro? No me voy a ir a ninguna parte.

Por un segundo veo brillar en sus ojos un atisbo del niño que lleva dentro y se me rompe un poco el corazón. El dolor que intuyo en él me agrieta el alma.

—Hace unas cuantas noches fui a un bar. Es un local de mala reputación. Y fui porque quería demostrarme que no soy como era mi madre. —Vuelve a cerrar los ojos, se recompone y los vuelve a abrir—. Sabía que si entraba allí y salía acompañado de alguien no sería mucho mejor que ella.

Trago saliva intentando no poner ninguna cara mientras noto como la bilis trepa por mi esófago. Me pongo completamente tensa, pero hay una parte de mí que está convencida de que no lo hizo. Él es fuerte. Y una parte de mí tiene que creerlo.

—¿Y?

En apariencia mi voz es tranquila, pura fachada, pero estoy furiosa por dentro. Me pone furiosa pensar que lo haya intentado, estoy furiosa contra las personas que lo han hecho así y por las palabras que tantas veces ha debido escuchar de quienes pretendían hacerle creer que no es mejor que su madre.

—No pude. Aguanté cinco minutos como mucho; tuve que marcharme. Tuve que huir. No era yo. —Me mira a los ojos—. Y tú eres el motivo de que me fuera. Bueno, tú eres el motivo por el que fui. Me dije a mí mismo que si iba y me marchaba solo significaría que soy lo bastante bueno para ti. Si me marchaba solo significaba que me importas y que tengo sentimientos. Si me marchaba solo significaba que no estoy vacío por dentro.

—No estás vacío por dentro. —Me apoyo sobre un codo y le miro mientras le paso los dedos por el pelo—. Claro que sientes. Ya debiste sentir algo para ir a ese sitio. Y eso de ser lo bastante bueno para mí... —Niego con la cabeza—. ¿Quién lo decide? ¿La sociedad? ¿Un programa de televisión? ¿Una novela romántica? No. Ni siquiera Braden puede decidir eso, Aston. La única persona que puede decidir si alguien es lo bastante bueno para mí, soy yo, y yo digo que eres perfectamente digno de mí.

Me pone el pelo detrás de la oreja.

—¿Cómo lo sabes?

Sonrío un poco.

—Bueno, no eres el señor Darcy, pero ya sabes...

Aston pasea los dedos por mi costado haciéndome cosquillas y yo caigo de espaldas en la cama riendo. Se tumba encima de mí, mete la pierna entre las mías y me inmoviliza con la cadera. Su mano trepa por mi cuerpo hasta encontrar la mía y entrelaza los dedos con los míos.

—«Usted me ha embrujado en cuerpo y alma» —susurra mirándome a los ojos—. He olvidado el acento, pero supongo que bastará. Cuando te miro es lo único que soy capaz de recordar de ese libro.

—Es una de mis frases preferidas. —Sonrío—. ¿Te hago olvidar cosas muy a menudo?

—A todas horas. —Me besa con suavidad durante un buen rato.

—No me puedo creer que conozcas a Jane Austen —reflexiono en voz alta apartándole el pelo de la cara.

¿Cuántos hombres conocen la obra de Jane Austen? Cada día me sorprende un poco más.

—Fue el primer clásico que me hizo leer mi abuelo. Tenía ocho años. —Se apoya la cabeza en la mano—. Me dijo que aunque al principio Darcy era un pretencioso, si crecía y acababa amando a una mujer igual que él amaba a Elizabeth al final del libro, habría hecho un buen trabajo conmigo. —Me acaricia la cara con un dedo.

—Te dio ese libro para enseñarte a respetar a las mujeres —digo asombrada—. Quería que descubrieras el viaje que hizo Darcy hasta llegar a respetar y amar a Elizabeth y lo aplicarás a la vida real. Tu abuelo es un genio.

—Le diré que le has llamado genio. —Sonríe.

—Ya se lo diré yo misma si le conozco algún día.

—Si quieres te lo presento.

—¿De verdad?

Aston asiente.

—Ya te he contado lo peor. El viejo... Bueno, estoy seguro de que estará encantado de poder hablar con alguien que disfruta de verdad comentando las mayores historias de amor de la literatura. Yo no tengo mucha paciencia para esas cosas.

—Me encantaría conocerle —le digo con sinceridad—. Y hablar con él sobre las mayores historias de amor de la literatura.

—¿Mañana? —me pregunta Aston dejando asomar a sus ojos a ese niño otra vez. Entonces me doy cuenta de que me está dejando entrar en su corazón.

Al llevarme a conocer a su abuelo me está entregando otra parte de él. Me está permitiendo conocer a la persona que mejor lo conoce. La única persona que conoce a ese niño que lleva dentro.

Deslizo la yema del pulgar por su labio superior.

—Mañana. Me aseguraré de llevar al señor Darcy.

—No te hará falta. —Me vuelve a mirar, atrapa mi labio inferior entre los suyos y succiona con delicadeza—. Yo seré el señor Darcy en carne y hueso.

—Pero tú no llevas sombrero de copa y chaqué —protesto entrelazando las manos por detrás de la cabeza.

—¿Y para qué los quiero? Acabarían en el suelo de todos modos.

Me río y él me vuelve a besar presionándome con su cuerpo.

—Supongo que tienes razón.

Me siento como si tuviera quince años y me estuviera colando en mi habitación después de quebrantar el toque de queda.

No pretendía quedarme en la casa de la fraternidad ayer por la noche, pero ocurrió. No podía marcharme después de que Aston me lo contara todo. No podía dejarlo solo con los recuerdos que le había hecho desenterrar.

Por eso ahora salgo a hurtadillas vestida con la ropa de ayer para ir a cambiarme a toda prisa. Me va a llevar a conocer a su abuelo.

Bajo las escaleras en silencio esperando que todo el mundo siga en la cama o haciendo lo que sea que hagan un domingo por la mañana. Pero me quedo helada al escuchar la voz grave de Kyle.

—¿Una rubia? —pregunta.

—Sí, pero no vi quién era. Por lo que sé ayer por la noche seguía en su habitación.

—¿Estás diciendo que Aston no bajó a por ninguna chica?

Mierda.

Me llevo la mano a la boca para reprimir la retahíla de tacos que me asalta. Miro en dirección a la puerta principal. Si doblo la esquina ahora, quienquiera que esté fuera me verá y sabrá que yo era la chica que estaba en su habitación.

—¿Era Megan? —pregunta una voz y yo me muerdo la lengua.

—No. Braden lo mataría.

Exacto.

Me quito las deportivas y subo las escaleras descalza. Me tiemblan las manos mientras rebusco la llave de Braden en el bolsillo de los vaqueros. La saco y la meto en la cerradura. Me cuelo en su habitación y cojo uno de mis libros de su escritorio.

Gracias, Braden, por esa necesidad continua que tienes de copiar mis apuntes de literatura.

La puerta se cierra a mi espalda y me vuelvo a poner las deportivas. Sé que tengo una pinta horrorosa —es normal, es domingo—, pero bajo las escaleras con despreocupación de todos modos. Kyle y el otro chico, Mark, me miran cuando aparezco en su campo de visión.

—Buenos días. —Sonrío y los saludo con la mano.

—Vaya —dice Kyle sorprendido—. Si que has venido pronto.

Levanto el libro.

—Braden me ha vuelto a coger los apuntes. Menos mal que tengo una llave de su habitación.

—¿En serio? —Mark entorna los ojos y me mira con recelo.

—Tengo el libro en la mano, ¿no? ¿Quieres subir conmigo para que te enseñe la cantidad de mis libros que siguen en su mesa? —me ofrezco señalando las escaleras con más tranquilidad de la que siento—. Tampoco es para tanto.

—No, tienes razón —dice relajándose.

—Genial. —Finjo una sonrisa—. Me encantaría quedarme a charlar, pero tengo deberes. Nos vemos.

—Adiós, Megs. —Kyle se despide con la mano cuando me vuelvo y yo me marcho de la casa de la fraternidad.

Cuando se cierra la puerta suelto todo el aire y me obligo a caminar en lugar de salir corriendo. Mierda. Ha estado cerca, muy cerca, y he utilizado mi mejor excusa para explicar por qué estoy en la casa de la fraternidad cuando Braden no está y las chicas tampoco.

—¿Dónde narices estabas ayer por la noche?

La voz de Kay me provoca una punzada de pánico. Dios. ¿Es que hoy no me van a dar un respiro?

—¿Por qué quieres saberlo? —le pregunto entrando en la residencia.

—Porque vine a invitarte a una fiesta —y no hablo de una de las juergas de esos capullos de la casa de Braden—, y no estabas. ¿Dónde andabas?

Apoyo la mano en el marco de la puerta sonriendo y adopto una técnica evasiva.

—¿Te gustaría saberlo?

Ella se ríe.

—Pues claro que me gustaría. ¿Por fin has echado un polvo?

Abro la puerta.

—¡Una dama nunca desvela sus secretos! —Y la cierro de un portazo antes de que pueda seguir interrogándome.

—¡Asquerosa! —grita aporreando la puerta—. ¡No pienso olvidarme de esto!

—¡Ya lo sé! —Pero por lo menos ahora tengo tiempo para pensar una excusa.

Dejo escapar un largo y torturado suspiro y apoyo la frente en la puerta. ¿Quién dijo que mantener una relación secreta era una buena idea?

Ah, sí, fui yo.

Pero eso fue antes de que la relación secreta se convirtiera en algo complejo. Lo que tenemos Aston y yo ya no tiene nada que ver con el clásico coqueteo de dos chicos pasando el rato juntos. Ahora nuestra relación está profundamente entrelazada con un pasado lleno de recuerdos terribles que ni siquiera puedo empezar a imaginar, voces que jamás escucharé y recuerdos que nunca llegaré a ver del todo. Esto no es solo una aventura universitaria pasajera o algo con lo que pasar el rato.

Esto es real.

Es todo lo real que puede ser una relación.

Estiro los brazos y dejo el libro sobre la cama. No me importa que resbale hasta el suelo. Me desnudo camino de la ducha. Una rápida ducha de agua caliente debería relajar la tensión que he acumulado por culpa de los sustos de esta mañana. Demasiados en un período de tiempo muy corto. Hay un número limitado de excusas que podré inventar antes de que la verdad salga a la luz, y sé que ese momento será más explosivo que la celebración del año nuevo chino.

Salgo de la ducha y empiezo a prepararme, pero me quedo demasiado tiempo delante del armario. Supongo que este momento es el equivalente a conocer a los padres, ¿no? Así que es importante dar una buena impresión aparte del tema de la literatura. ¿Pero qué narices se pone una para conocer al abuelo de su pareja?

El cielo gris que veo por la ventana hace que me replantee la idea de ponerme falda. Al final me decido por un par de vaqueros, una camiseta colorida y un cárdigan envolvente. Me seco el pelo con el secador, me lo recojo con un clip que tiene una florecita en la punta y me pongo un poco de maquillaje.

Mi móvil vibra y leo un mensaje de Aston: «Cuando quieras».

«Dame cinco minutos».

Convencida de que al final será un día soleado, cojo una chaqueta ligera y unas gafas de sol y salgo de la habitación. El cielo solo se ha oscurecido un poco. No lloverá. De momento.

No tardo mucho en llegar al centro y, una vez allí, me encuentro a Aston aparcado exactamente donde dijo que estaría. Doy unos golpecitos en la ventana del coche sonriendo y él se inclina hacia delante para abrirme la puerta. Cando me subo al coche, se vuelve a inclinar sobre el cambio de marchas para besarme.

—Arriesgado —murmuro.

—¿Y que me vean en un coche contigo no lo es? —me contesta divertido.

Yo me saco las gafas del bolsillo de la chaqueta y me las pongo.

—Mira. Voy de incógnito.

—Sigues pareciendo tú. —Sonríe y arranca—. De todos modos no vamos a pasar por el campus. Y aún es pronto, dudo mucho que haya mucha gente conocida por la calle.

—Eso espero. Si fuera Pinocho ya tendría la nariz de tres metros de las mentiras que he tenido que decir esta mañana.

—¿A quién? —Me mira.

—A Kyle y Mark y luego a Kay —gruño—. Kyle y Mark creen que fui a la casa a coger un libro de la habitación de Braden, y Kay cree que he

pasado la noche con un chico.

—Cosa que es cierta. ¿Y no lo sabe?

—No. No lo sabe. Le cerré la puerta en las narices.

—No te dejará en paz hasta que le digas algo.

—Ya lo sé. Pero así tengo tiempo de inventarme una excusa decente para no tener que decirle con quién estaba.

Suspira.

—Ya sabes que se lo dirá a Lila y a Maddie y no te dejarán en paz, ¿verdad?

Me pongo el pelo detrás de la oreja y me muerdo la uña del pulgar.

—Sí —murmuro—. Pero no me ha dado tiempo de pensar nada. Aún estaba asustada del encontronazo con Kyle y Mark. Me ha cogido desprevenida. Soy una novia secreta espantosa.

—Me encanta.

—¿Qué sea una novia secreta espantosa? —Le miro frunciendo el ceño mientras aparca en la puerta de una pulcra casita de dos pisos rodeada de arbustos y macizos de flores podados a la perfección.

—No, bueno, sí. —Se vuelve y me clava sus claros ojos grises. Sonríe, me coge de la mano y tira de mí para sacarme del coche—. Me refiero a eso de la novia.

Me sonrojo un poco al darme cuenta de que es la primera vez que decimos esa palabra.

—Ah, hummm...

Me besa y murmura:

—No. Me gusta pensar que eres mi novia, incluso aunque seas secreta.

—¿Como Romeo y Julieta?

—Reserva la literatura para el viejo. —Se echa hacia atrás y sonrío—. Pero sí, más o menos. Quitando la parte de la muerte y eso.

Apoyo la mano en la puerta y le sonrío por encima del hombro.

—Compro.

Cuando mis pies tocan el suelo me doy cuenta de que estoy muy nerviosa. No me ponen nerviosa nuestras conversaciones tontas, pero ahora estoy delante de la casa de su abuelo y tengo el corazón acelerado y me sudan las palmas de las manos. Me humedezco los labios, que se me han quedado repentinamente secos, y trago saliva.

Aston me coge de la mano, entrelaza los dedos con los míos, y tira de mí en dirección a la casa.

—No tengas miedo.

—¿Sabe que estoy aquí?

Sonríe con la mano apoyada en la manecilla de la puerta.

—No.

Me quedo boquiabierta y él abre la puerta. De la casa sale una nube de humo con olor a puro.

—¡Me encantaría que dejaras de fumar esa basura, viejo! —grita.

—Nunca dejas de repetirme lo mismo, chico, y yo no me cansaré de decirte que no pienso dejar de hacerlo.

Aston vuelve a sonreír y yo percibo que este intercambio de frases se ha convertido en una costumbre.

—Pues si estás fumando, ya puedes apagarlo. Traigo compañía.

—Será mejor que no sea uno de esos chicos de la hermandad con los que vives —gruñe su abuelo.

—No, no es uno de esos capullos. —Aston se ríe en silencio—. Es alguien mejor. Mucho mejor.

—¿Me has traído una bailarina exótica?

—Hum, no. Quizá la próxima vez.

Sonrío. Me encanta oírlos bromear.

—Bueno, ¿y quién es?

Entramos en el salón y veo a un anciano sentado tranquilamente en un sillón al otro extremo de la sala. Deja de mirar por la ventana y enseguida me doy cuenta de que el interés brilla en sus ojos grises. Tiene los ojos del mismo tono de gris que Aston.

—Ella es Megan —nos presenta Aston—. Megan, este es mi viejo. Puedes llamarle viejo.

—Vaya, qué chica tan guapa, ¿eh, chico? —dice el abuelo mirándome con una sonrisa en los labios—. Ven a sentarte, querida, y no se lo tengas en cuenta, sus modales han desmejorado mucho desde que va con esos cabeza-huecas de la hermandad.

Me río en silencio y dejo que Aston me guíe hasta el sofá que hay frente al del abuelo. Me siento sobre los confortables cojines y Aston vuelve a hablar antes de sentarse.

—Déjame adivinar, te encantaría que recuperara mis modales un momento para traerle a Megan algo de beber —comenta alzando una ceja.

—Exacto.

Sonrío al escuchar el exagerado suspiro de Aston y casi puedo ver la cercanía de su relación. Y no se debe solo a que Aston se parezca tanto a su abuelo que es como si fuera él sesenta o setenta años más joven, es por su sencilla camaradería y las afectuosas sonrisas que intercambian. La forma de hablar de su abuelo me recuerda mucho a mi abuela, es una anciana loca con debilidad por los «bollicos» —como los llama ella—, pero la quiero mucho.

El viejo me mira y me guiña el ojo.

—Tengo que mantenerlo a raya. Dime, Megan, ¿eres su novia? —En este momento se parece tanto a Aston que no puedo evitar sonreír.

—Sí, señor.

—Nunca me ha hablado de ti.

—Es que es un poco complicado.

—¿Hay algún hermano mayor sobreprotector con ganas de patearle el culo al niño bonito?

Creo que me he enamorado de este hombre.

—Algo así. —Sonríe—. Un mejor amigo.

—¿Es uno de esos cabeza-huecas de la hermandad? —me pregunta.

Asiento.

—¿Lo ves, chico? Ya te dije que eran todos tontos. Ya lo eran en mis tiempos y siguen siéndolo.

—Y tú criaste al peor de todos. —Aston le da una palmada en el hombro y deja una bandeja con bebidas en la mesa. Me ofrece un vaso.

—Gracias. —Le miro y siento un poco de vergüenza ahora que estamos delante de su abuelo.

—Eso es cierto. ¡Y además eres un niño bonito! Nadie podrá acusarme nunca de que me quedé a medias contigo, chico. —El abuelo se ríe, levanta su vaso de limonada y le da un trago antes de volver a dejarlo en la mesa—. Dime, Megan, ¿te gusta la literatura?

Aston sonríe apoyando el brazo en el sofá por detrás de mí y yo me río.

—Es lo que estoy estudiando.

Al viejo se le iluminan los ojos y se sienta un poco más derecho.

—¿Cuál es tu escritor preferido?

—Jane Austen. Y antes de que lo preguntes, mi libro favorito es *Orgullo y prejuicio*.

—¡Por Dios, chico! —exclama con regocijo dando una palmada—. ¡Con esta chica nos ha tocado la lotería! —Se vuelve hacia mí de nuevo—.

¿Y el segundo?

Me muerdo el labio un momento.

—Dickens o Louisa May Alcott. La cosa está reñida, pero quizá Alcott gane por un poquito. La capacidad que demostró esa mujer cuando creó todo un reparto de personajes convincentes y adorables, en lugar de solo uno o dos como suele ser habitual, es algo que aún no he encontrado en ningún otro escritor.

El viejo niega con la cabeza.

—¿Me estás diciendo que *Mujercitas* es mejor que *Grandes esperanzas*?

—Oh, no —le digo—. No digo que sea mejor. Las historias son igual de buenas, pero sus estilos son muy distintos. Yo prefiero el estilo de Alcott, y estoy un poco enamorada de Laurie. —Encojo un hombro.

—¿Con cuántos personajes literarios sales? —Aston me da una palmadita en el hombro—. Primero Darcy, ahora Laurie...

—El término correcto es novio literario —le corrijo—. Y en el mundo literario hay muchísimos personajes por los que perdería la cabeza, nuevos y antiguos.

—¿Y si yo fuera el personaje de un libro? —Sonríe—. ¿Sería tu novio literario?

—Si algún día a alguien se le ocurre convertirte en un personaje literario el mundo estará perdido, chico —gruñe el viejo—. Sería un desastre literario.

Aston le saca la lengua y el abuelo se ríe.

—Sé bueno, anciano, o te esconderé el bastón.

—¡Si me escondes el bastón te azotaré con él! —le amenaza el abuelo—. ¡No sería la primera vez y estoy seguro de que no será la última!

Sonríe mirando a Aston y me evado un momento de la conversación mientras ellos siguen bromeando. Miro a mi chico: tanto su cuerpo como su expresión están muy relajados, tiene una serena sonrisa en los labios y la mirada despejada. Este es el verdadero Aston, el que no comparte con nadie. Está contento y juguetón, y, sin embargo, de vez en cuando asoma una sombra a sus ojos.

Si en algún momento he tenido alguna duda de que me estaba enamorando de Aston Banks, esa duda acaba de despejarse del todo. Ya no hay ninguna duda. Aquí, en la casa donde pasó los años más felices de su infancia y sentada delante del hombre que lo ha convertido en la increíble persona que es hoy, ya solo tengo certeza.

La expresión de Aston se oscurece un poco y vuelvo a escuchar.

—Viejo...

—Solo quiero saber si fuiste.

—No. No fui y no pienso hacerlo.

Les miro alternativamente intentando no parecer entrometida, cosa difícil cuando me siento como el tercero en discordia.

—Te podría ir bien.

—No estoy preparado.

—Ya han pasado trece años, chico.

—No me importa si son trece o treinta, viejo. ¡No estoy preparado! —Aston se levanta y se marcha del salón dejando a su abuelo entre suspiros.

El anciano vuelve la cabeza hacia la ventana y sus propias sombras le oscurecen la expresión. Entonces me mira y me observa durante un momento.

—¿Te lo ha contado? ¿Te ha hablado de su vida?

—Un poco —le contesto con sinceridad—. Cuando llevaba un buen rato hablando tuve que pedirle que parara porque era demasiado.

Asiente y vuelve a mirar por la ventana.

—Me lo trajeron cuando tenía seis años, el día que descubrieron que su madre había muerto. Ella era mi niña, mi única hija. Perderla casi me mata, pero Aston me dio un motivo para vivir. Yo debía protegerlo y darle la vida que ella no le pudo dar.

»Pasó dos días en el hospital, en observación. Estaba por debajo del peso, sucio y desnutrido. Pero eso no era lo peor. Tenía un enorme corte en la palma de la mano lleno de minúsculos pedacitos de cristal, arañazos y otros cortes mal curados por las piernas, y un enorme moretón en la espalda. —Me mira y yo no me molesto en ocultar mi espanto.

—Cómo pudieron... —Se me apagan las palabras y me llevo una mano a la boca mientras proceso lo que acaba de decir negando con la cabeza.

Intento entenderlo, pero soy incapaz de imaginarlo. No puedo imaginar el dolor que debe sentir Aston, tanto mental como físico. Se me revuelve el estómago y pongo la otra mano en la tripa como si así pudiera aliviar las náuseas.

—Él culpa a su madre de lo que le ocurrió. La culpa de no protegerle, pero debería culparme a mí. Yo sabía que ella no estaba preparada para cuidar de él y aun así me mantuve al margen. Su abuela murió cuando él tenía cuatro años y yo no fui capaz de superar el dolor. —Vuelve a mirar por la ventana y yo sigo la trayectoria de sus ojos hasta Aston, que está apoyado en un árbol—. Soy yo quien debería cargar con la responsabilidad de no haberlo protegido.

—Pero tú no sabías lo que ocurría, ¿verdad?

—No.

Me embarga la tristeza que transmiten sus palabras y su pena me duele tanto como la de Aston. En sus hombros gachos puedo ver el sentimiento de culpa que lleva cargando todos estos años y de la mueca triste de sus labios se desprende lo culpable que se siente. Y me pone furiosa. Odio que este inocente y encantador hombre se sienta así por culpa de las crueles y egoístas acciones de un grupo de completos y absolutos bastardos.

Me enderezo en el sillón.

—En ese caso no se te puede considerar culpable de algo que no sabías. Tú le acogiste y le criaste hasta convertirlo en la persona que es hoy, y aunque él no lo crea, puedes sentirte orgulloso de Aston. Él no se da cuenta, pero es así. Tú te esforzaste por suplir los errores de tu hija. Podrías haberlo ignorado y haber dejado que el estado se hiciera cargo de él, pero no lo hiciste, y para mí eso te convierte en una persona alucinante.

Se le quiebra la voz.

—Eres muy sabia, Megan.

—Son los libros. —Vuelvo la cabeza y compartimos una pequeña sonrisa—. Antes has mencionado que Aston debería ir a algún sitio...

—A la tumba de su madre. Lo intento cada año, pero siempre me dice que no está preparado. Es muy obstinado. —Golpea el brazo del sillón con el puño.

—Creo que aún no ha aceptado lo que le ocurrió. No creo que se haya dado permiso para aceptarlo.

—Espero que lo consiga. Espero que tú lo aceptes. —El viejo me mira muy serio, sus ojos son grises como el granito—. No es fácil vivir con lo que le tocó pasar. Lo que sabes solo es una pequeña parte del infierno por el que pasó mi chico.

—Yo puedo aceptarlo —le tranquilizo—. Y le ayudaré a aceptarlo. Quiero hacerlo.

—Me gustas —me dice de repente—. Pareces una auténtica romántica, pero tienes coraje. No dejes que te mangonee, ¿de acuerdo?

—Nunca le he dejado que me mangonee y no pienso empezar a hacerlo ahora. —Sonrío.

—¿Me harías un favor? —El viejo se inclina hacia delante—. Llévale a ver la tumba de su madre algún día. Aunque solo sea un minuto. Y por el amor de Dios, no dejes que su culo de niño bonito se aproveche de ti. Se cree que es el señor Darcy.

—Entonces llámame Elizabeth. —Sonrío.

¿Por qué ha tenido que sacarlo a relucir? De todas las cosas sobre las que podía hablar, decide hablar de ella. ¡Siempre igual! Yo no quiero hablar de ella. Con él no. Él no lo entiende. Él no conoce a la misma persona que yo. Su forma de verlo es muy distinta a la mía.

Sus recuerdos están a miles de kilómetros de los míos.

Pateo la arena ciñéndome la chaqueta alrededor del cuerpo y Megan habla por primera vez desde que salimos de casa del viejo en dirección al norte. No queremos encontrarnos con nadie.

—¿Estás bien?

Niego con la cabeza.

—No. Siempre igual. Tiene que hablar de ella cada dos por tres. Pensaba que delante de ti no lo haría pero lo ha hecho igualmente.

—Él tiene su propio dolor —me dice en voz baja—. No es una excusa, pero es así. Se siente culpable de lo que te pasó, lamenta no haber podido evitarlo.

La cabeza me da vueltas.

—¿Eso te ha dicho?

Ella asiente dejando resbalar la mano por mi espalda y se pone delante de mí. Me paro.

—Nunca has dejado que te lo diga. —Alarga las manos y me coge de la cara—. A él también le duele, Aston. Os duele a los dos. El dolor no desaparecerá nunca, pero no puedes permitir que gobierne vuestras vidas. Si dejas que el dolor controle tu vida, te perderás en él.

—¿Y si ya estoy perdido?

—No estás perdido. Estás escondido, pero no estás perdido. Yo no dejaré que te pierdas.

La abrazo con fuerza.

—¿Y qué pasa si no hay ningún mapa?

—Entonces me perderé contigo —susurra—. No permitiré que les dejes ganar, Aston. No permitiré que te dejes arrastrar por esos demonios.

Me preocupo demasiado por ti como para dejar que ocurra eso.

Y es verdad. Lo percibo en su voz.

Me rodea el cuello con las manos y la abrazo con más fuerza pegando mi frente a la suya.

—Lo intentaré, Megs —le prometo—. No puedo asegurar que venceré, pero mientras sigas conmigo creo que estaré bien.

—¿Y hablarás con tu viejo aunque solo sea una vez?

—Me lo pensaré. ¿Qué tal si de momento nos centramos en no dejar que yo me pierda?

—Solo necesitas un objetivo, eso es todo. Necesitas un sitio al que ir.

—Pues venga. —Sonrío—. Dime adónde.

—De acuerdo. —Se queda callada un momento cerrando los ojos y mordiéndose el labio.

—Estoy esperando... —la provoco.

Abre sus ojos azules y me sorprende la vitalidad que veo en ellos.

—Apunta a la luna porque si fallas por lo menos aterrizarás entre las estrellas.

—No necesito apuntar al cielo. La única estrella que necesito está delante de mí. —La beso—. Quizá ese lugar al que deba ir sea exactamente donde estoy.

—Puede que yo vaya contigo allá donde vayas.

—Puede que nunca te pida que lo hagas.

—Puede que no necesites preguntarlo. Puede que nunca necesites pedirme nada porque siempre estaré ahí. —Megan acalla mi respuesta besándome con firmeza, haciéndome prisionero con un beso. Sus dedos se enredan en mi pelo y su cuerpo encaja con el mío a la perfección.

La abrazo con más fuerza y subo una mano por su cuerpo para cogerla de la cabeza. Ella se pone de puntillas y su lengua encuentra la mía.

Esta chica se está colando por mis grietas y apropiándose de las piezas desparejadas. Las está estudiando, trata de conocerlas, de conocerme a mí, y luego las vuelve a colocar con cuidado cada una en su sitio.

Lo que nunca sabrá es que ella es el pegamento que las mantiene unidas.

Ella es la cola que me mantiene de una pieza.

—Es domingo por la noche y estamos en una oscura playa desierta del norte de California. Estamos congelados y nos estamos comiendo un helado —resume Megan deslizando el dedo por la parte superior del cucurucho para chupárselo.

—Eso parece.

—¿Y por qué nos estamos comiendo un helado en lugar de tomarnos un café en el Starbucks? —Me mira alzando una ceja.

Me encojo de hombros.

—No creo que tengan Starbucks en como quiera que se llame este pueblo en el que estamos.

—¿Dónde quiera que estemos? Oh, Dios. Recuérdame que no te vuelva a dejar conducir.

—¿Dejarme?

—Sí. Dejarte.

Le paso la mano por la cintura y tiro de ella.

—Tú no me has dejado hacer nada. No recuerdo que quisieras conducir.

—¿Por qué iba a querer conducir cuando lo puedes hacer tú por mí?

—Pero acabas de decir... —Niego con la cabeza y sonrío al ver la juguetona expresión de su rostro—. No importa. No creo que valga la pena que intente entenderte.

—Pues no. —Sonríe, me da un rápido beso y se aleja rápidamente—. Nunca llegarás a entenderme.

—Porque eres muy complicada.

—¡Yo no soy complicada!

—Si fueras más simple te entendería.

Se acaba el helado y tira el cucurucho a la papelería cuando llegamos al final de la playa.

—Tú ganas.

—¿No te comes el cucurucho? —le pregunto.

—No me gusta el barquillo. —Se sienta en el capó del coche dejando colgar las piernas por delante.

—¿Y por qué pides un cucurucho? —Me coloco entre sus piernas y ella me rodea la cintura con los pies.

—Porque me gusta el helado —dice frunciendo el ceño—. ¿Por qué otro motivo lo iba a hacer?

Sonrío justo cuando una enorme gota de agua cae en el coche. La sigue otra, y otra y otra, y Megan grita cuando le cae una en la mejilla.

Me empuja por los hombros y desenrosca las piernas de mi cintura intentando apartarse. Cada vez llueve más fuerte. Me río: las frías gotas de agua nos empapan enseguida. Se me pega la camiseta a la piel y me fijo en las gotas de agua que resbalan por el pecho de Megan desapareciendo por debajo del cuello de su camiseta. Le cojo las manos y entrelazo los dedos con los suyos sin dejar de reír.

—¡Aston, no! ¡Deja que me levante! ¡Está lloviendo!

—¿Y? —le pregunto—. Ya estás empapada. —Se contonea contra mí y su sexo se frota con mis vaqueros provocando que toda la sangre de mi cuerpo se precipite hacia abajo. Se contonea una vez más y se queda quieta: se ha dado cuenta de que tengo la polla dura como una roca. Me mira.

—¿Yo he... he sido yo? —Pestañea.

—Mmmmm —murmuro inclinándome sobre ella.

—Pero la llu...

Me apodero de sus labios para besarla con fuerza. Me inclino hacia delante con el cuerpo tenso y la empujo contra el capó del coche. Las telas de nuestras camisetas húmedas se pegan la una con la otra y la suya se levanta un poco. Nuestras manos chocan contra el coche por encima de su cabeza y Megan jadea. Mi lengua encuentra la suya mientras la sujeto de las manos y le clavo la cadera. Ella levanta las piernas y me rodea la cintura. Luego arquea la espalda y nuestros cuerpos quedan completamente pegados.

La lluvia sigue cayendo y nos empapa mientras nos rozamos y acariciamos la lengua el uno al otro. Entonces la suelto, le sujeto las muñecas con una sola mano y deslizo la mano que me queda libre por su cuerpo. La parte de su camiseta que está en contacto con el coche sigue seca y deslizo la mano por la zona de su espalda que no toca el capó. Le hago cosquillas y la provocho con los dedos hasta deslizar el pulgar por la parte posterior de sus vaqueros: en seguida encuentro la tira de su tanga. Le clavo la cadera y en ese momento todos los buenos pensamientos desaparecen de mi mente.

Una Megan húmeda en más de un sentido me hace estallar la polla, y eso es lo único en lo que puedo pensar.

Cuando deslizo mi nariz por su cuello respirando con pesadez contra su piel empapada, ella jadea.

—Megs...

—¿Me necesitas o necesitas lo que te puedo dar? —me pregunta sin tapujos. Yo levanto la cabeza.

Lo cojo a la primera.

—A ti —le contesto con sinceridad mirándola a los ojos—. Te necesito a ti.

—¿Y si nos ve alguien?

—¿Ves a alguien por aquí? —La levanto del coche cogiéndola del culo—. Vas a tener que abrir la puerta porque yo tengo las manos ocupadas.

Doy la vuelta con ella a cuestas notando cómo la polla se me clava en los vaqueros. Megan abre la puerta. La meto dentro y ella separa las piernas tumbada sobre el asiento de atrás. Me meto dentro del coche detrás de ella, cierro la puerta y me tumbo encima de su cuerpo. Respira con pesadez y me mira por debajo de los párpados entornados.

Agacho la cabeza y la beso detrás de la oreja dejando resbalar la boca hasta llegar a la hinchazón de sus pechos. Saco la lengua y la cuelo dentro de su camiseta. Bajo hasta el sujetador en busca del pezón. Megan gimotea agarrándose de mi espalda y yo le desabrocho los botones.

Su camisa se abre y su cuerpo queda al descubierto. Sigo besándola mientras cojo la tela de sus vaqueros y tiro de ella hacia abajo. Me siento, se los quito del todo y ella le da una patada al techo del coche.

—Mierda —sisea dejando caer la cabeza hacia atrás. Me río y le acaricio las piernas. Ella me agarra de la camiseta y tira de mí—. Cállate y bésame.

—A la orden —le contesto apropiándome de su boca. Siento el contacto de sus dedos en el estómago. Se cuelan por debajo de mi camiseta y resbalan por mi estómago hasta desabrochar el botón de mis vaqueros. Me baja los pantalones con los pies y pega su cuerpo al mío.

Mi polla reacciona al percibir el contacto y murmuro una maldición dentro de su boca bajándome los calzoncillos y apartándole el tanga. Mis dedos resbalan fácilmente por su humedad y en escasos segundos mi erección sustituye a mis dedos en su interior. Sus piernas se tensan alrededor de mi cintura y me agarra de la espalda engulléndome de una sencilla embestida.

A juzgar por las continuas contracciones de sus músculos y la humedad que me rodea, el sexo al aire libre excita mucho a Megan.

Entierro los dedos en su melena húmeda, le meto la lengua en la boca y nuestras caderas se balancean juntas rítmicamente.

En este lugar desierto donde nadie la conoce, donde nadie me conoce a mí, aquí podemos ser uno.

Y me doy cuenta de que ella es todo lo que necesito.

Mi mamá estaba enfadada. Le ha estado gritando mucho rato: lo he oído. No sabía qué significaban la mayoría de las palabras, pero eran palabras de esas que solo dicen los adultos. Las palabras que yo no puedo decir.

—¡Vienen mañana! —gritó mamá—. ¿Qué se supone que les voy a decir esta vez?

—¡Y yo que sé! Tiene cinco años. ¡Por mí como si les dices que se ha caído de un puto árbol!

—¿Y se le ha puesto el ojo morado? ¿Cómo? ¿Golpeándose con una raíz?

—¡Piensa en algo! —le gritó estampando el pie contra el suelo. Mamá siempre me decía que no hiciera eso, que eso era de niños malos—. ¡Siempre te acaban creyendo digas lo que digas!

—¿Adónde vas?

—¡Me voy de este puto agujero antes de que te ponga un ojo tan morado como el de tu hijo!

Se oyó un portazo. Me sobresalté y me acaricié la mejilla con la oreja de mi conejito. Era muy suave.

No me gustaba ese hombre. No me gustaba ninguno, pero ese era el peor de todos. Era muy grande y tenía muchos dibujos en los brazos. Una vez le pregunté lo que eran y me gritó. Yo solo quería ver los dibujos.

—¡Joder! ¡Maldito inútil de mierda! —Mamá gritó palabrotas y la puerta se cerró tras ella.

No me importó que se marchara. Dijo que iba a buscar dinero para comprar comida. Me dijo que tenía que ir a trabajar, pero normalmente se quedaba conmigo algún hombre desagradable bebiendo cerveza.

Me levanté y abrí un poco la puerta de mi habitación para mirar por la rendija. Estaba totalmente solo y era de noche. No me gustaba la oscuridad. Ese hombre malo dijo que en la oscuridad se ocultaban unos gigantes monstruos aterradores que se comían a los niños pequeños como yo.

Miré en dirección a la cocina temblando, me dolía la barriga. Quería comer algo. Tenía hambre. Aparte del panecillo que me dio, mamá no tenía nada para comer esta mañana. Solo un mendrugo de pan. Yo quería algo más consistente.

Abracé a mi conejito y volví a mirar a mi alrededor. Quizá si buscaba un poco encontraría algo para comer.

Alguien llamó a la puerta y grité. Los gigantes monstruos aterradores. Me puse a llorar, volví corriendo a la habitación y cerré la puerta. Cogí la manta que cubría el colchón y me metí debajo de la cama reptando hasta el rincón más alejado. Me envolví en la manta y me hice un ovillo.

Allí nunca me encontraba nadie.

Estaba a salvo de los monstruos.

Oscuridad. Monstruos.

Palpé el espacio vacío que había en la cama junto a mí. «La cama. No era el suelo».

Me incorporé, encendí la lámpara de la mesita y miré a mi alrededor. Mi habitación, estaba en la casa de la fraternidad. En la universidad, en Berkeley, no en mi minúscula habitación de San Francisco. Allí no había monstruos ni hombres ni mamá. Solo yo, estaba solo.

Entierro la cara entre mis manos temblorosas y noto cómo la adrenalina provocada por la pesadilla me recorre de pies a cabeza.

Dijeron que me caí de un árbol. Y ellos se lo creyeron. Aquel desgraciado me había dado un puñetazo en la cara por primera vez, y todo porque pasé por delante de la televisión y se perdió un *touchdown*. Eso fue lo que tardó, cinco segundos y ya tenía otro moretón, otro recuerdo, otra cicatriz para mi colección.

Y ella siguió sin hacer nada al respecto. Ella seguía encubriéndolo. Ella seguía sin cuidar de mí.

Monstruos.

Me alucina que tuviera tanto miedo de unos monstruos que no existían. Los verdaderos monstruos eran los alcohólicos y drogadictos tatuados que ella no dejaba de traer a casa. Ellos eran los monstruos y no las cosas que podía imaginar la cabeza de un niño de cinco años.

Los monstruos que tenía en la cabeza por aquel entonces eran mucho mejores que esos tipos a los que me enfrentaba a diario. Eran mejores que los monstruos a los que debo enfrentarme ahora.

Me tumbo boca arriba con la luz encendida y me llevo las rodillas al pecho. Mis gruesas mantas me tapan como lo hacían las delgadas que

tenía entonces, y me hago un ovillo como lo hacía cuando me escondía bajo la cama. La necesidad que siento de protegerme y de proteger mi cuerpo lo supera todo.

En mi cabeza vuelvo a tener cinco años.

Y volvemos a lo de siempre.

Otro día de mentiras. Otro día más fingiendo. Otro día de miradas cargadas de significado, sonrisas discretas y el clásico intercambio de pullas con un trasfondo que solo entendemos nosotros dos.

Otro día obligada a recordarme que esta situación la hemos elegido nosotros. Nosotros hemos elegido mantener el secreto y no decírselo a Braden. Pero no sé cuánto tiempo podremos seguir así. Al final, y por muy cuidadosos que seamos, alguien lo averiguará.

En realidad Kay y Lila ya están a medio camino de la verdad.

—Solo dime quién es el afortunado —me suplica Lila—. Te juro que no se lo diré a nadie.

—Tampoco es para tanto. Solo fue una noche. Sois vosotras las que os pasáis la vida diciéndome que necesito echar un polvo, pues ya lo he hecho, punto.

—¡Me tomas el pelo! —exclama Kay—. ¡Quiero los detalles!

—Puede que no quiera compartir los detalles.

—Puede que siga incordiándote hasta que desembuches.

—Puede que aun así siga sin contártelo. —Niego con la cabeza—. En serio, chicas, no pienso deciros nada.

Maddie sonrío.

—Qué cabezota.

—No, solo reservada. —Le guiño el ojo.

—Aburrida —espeta Lila—. Eso es lo que es, una aburrida. —Suspira—. Tanto yo como Maddie hemos compartido nuestras historias, Kay nos ha dado los detalles suficientes como para escribir un libro, y solo faltas tú. Y este año no te has estrenado. Ni una sola vez.

—¡No tengo nada que compartir! —protesto ignorando la sensación de culpa que me ataca cada vez que les miento. Sé muy bien que hay mucho que compartir—. Sencillamente ocurrió. Y no vamos a volver a mencionarlo, así que fin de la conversación. —Miro la hora y cojo los libros mientras me levanto—. Tengo que irme a clase. Nos vemos luego.

—¿Qué estás ocultando, Megan Harper? —me grita Lila cuando me marcho.

Niego con la cabeza mordéndome el labio y sigo andando. «Nada», me gustaría gritarle por encima del hombro. Y «Aston» es la palabra que me trepa por la garganta. Guardo silencio mientras sorteo las pocas personas que quedan riendo y bromeando en los pasillos.

Vuelvo la esquina del rellano y veo que Aston está al pie de la escalera. Lo miro sorprendida. Veo que mira a su alrededor y luego se dirige hacia mí. Me mira a los ojos. Sus heridos y débiles ojos. Se me hace un nudo en el estómago y me siento aliviada cuando me rodea el cuello con los brazos y entierra la cara en mi melena.

Le rodeo por la cintura y le abrazo con la misma fuerza que él me abraza a mí intentando ignorar la intensa y profunda bocanada de aire que inspira. Intentando ignorar el violento movimiento de su pecho y cómo le tiembla el cuerpo. Me aparta el pelo y me besa el cuello con delicadeza inspirando hondo. Echo la cabeza hacia atrás y le miro a los ojos. Él parpadea una vez y agacha la cabeza. Cuando me besa se pone completamente tenso. No tiembla solo de dolor. Tiembla porque necesita sacarlo todo, pero no es capaz. Entonces me suelta de repente y se marcha por donde acabo de aparecer.

Me lo quedo mirando. Cuando comprendo lo que ocurre se me encoge el corazón. Me dijo que yo le alivio, que yo hago que el dolor desaparezca. Apostaría lo que fuera a que ha pasado la noche atormentado por su pasado, por esas pesadillas y recuerdos de los que intenta huir. Me lo explicó todo el sábado, y la conversación con su abuelo del domingo ha debido de ser el detonante.

Y lo único que tengo son cinco segundos. Cinco arriesgados segundos furtivos y un beso desesperado, esas son las únicas armas de las que dispongo para llevarme su dolor.

Me cuelgo el bolso del hombro y subo las escaleras en dirección a mi clase incapaz de quitármelo de la cabeza. Lo único que puedo ver son sus ojos. Cuando me siento a la mesa y abro el libro descubro una página de palabras borrosas y veo el dolor que tenía estampado en la cara. Veo las cicatrices que jamás comprenderé.

Porque él tiene razón. Las peores cicatrices son las que se llevan dentro, las que son invisibles al resto del mundo.

Pero yo no tengo cicatrices. Yo gocé de una infancia feliz y segura en un buen barrio a un millón de kilómetros de la realidad de otras personas. El peor momento de mi infancia fue cuando mi madre censuró mis lecturas y el mejor fue cuando la abuela le pidió que me dejara leer lo que yo quisiera. Soy una ingenua y estoy ciega a las vidas de las personas que me rodean. Ahora lo sé, y también sé que jamás comprenderé el dolor de Aston. Nunca llegaré a entender todo lo que le pasa por la cabeza cada día y esas palabras que lo envenenan.

—«El infierno está vacío y todos los demonios están aquí» —cita mi profesora leyendo su ejemplar de *La tempestad*. Sus palabras abren una grieta en mis cavilaciones—. Una afirmación contundente y muy incisiva para unos tiempos en los que se creía ciegamente en el diablo. ¿Qué pretendía decir Shakespeare con esta frase?

—Quería decir exactamente lo que dice —digo mirando a la mujer de cincuenta y pocos años que se pasea por el aula—. Los demonios están aquí. Al margen de que él creyera o no en Dios, debía de pensar que los hombres tenemos libre albedrío, tal como dice la Biblia, la libertad de poder elegir ser buenos o malos. Y las personas que elegían el mal, los que elegían robar, pegar, asesinar, esos eran los malos. Y lo siguen siendo.

—Entonces, ¿estás de acuerdo, Megan?

—¿Cómo podría no estarlo? No soy una persona religiosa ni quiero serlo, pero no estoy ciega. Si existe un Dios, un dios superior, también debe existir un diablo, un mal superior que lo equilibre. Y ese mal superior está formado por personas que aguardan su ejecución en el corredor de la muerte y personas que están sentadas en un banco del parque. Si existe un infierno, lo más probable es que esté casi vacío. Pregúntele a cualquiera que haya tenido la mala suerte de topar con alguna de esas personas y a consecuencia de ello tiene que vivir con sus propios demonios. Seguro que te dirían que los demonios viven disfrazados entre nosotros.

—Entonces, ¿estás diciendo que ahora mismo podrías estar sentada entre demonios? —La profesora alza las cejas y deja de pasearse por el aula.

—Nos topamos con alguno cada día aunque no nos demos cuenta. Nos ocurre a todos. Y también es muy probable que conozcamos a alguien que tenga la cabeza llena de demonios y no lo sepamos.

Mi profesora asiente y se dirige a otro alumno.

Demonios. Como los que tiene Aston.

Demonios hijos del mal que los engendró.

Shakespeare tenía razón. Si hay un diablo, está claro que está en la Tierra.

Ojos de color gris verdoso. Pelo castaño con un toque cobrizo. Un buen par de hombros anchos y un ligero recuerdo del moreno del verano en la piel. Y tan aburrido como una conferencia sobre psicología impartida por un ponente con la voz monótona.

Cosa de la que en realidad me podría estar hablando en este momento.

Voy a matar a Lila por obligarme a salir con este tío.

—Disculpa. —Regreso al presente—. ¿Qué decías?

Él se eriza un poco.

—¿Me estás escuchando?

—Hummm. —Me ruborizo un poco—. La verdad es que no. Lo siento. En estos momentos no soy la mejor de las compañías. Tengo muchas cosas en la cabeza.

—¿Quieres hablar del tema? A veces ayuda, ¿sabes?

Tío, ni siquiera me acuerdo de cómo te llamas. No pienso contarte mi vida.

—No. No pasa nada, estoy bien, gracias. —Me esfuerzo para sonreír a pesar de estar apretando los dientes con la esperanza de ser mejor actriz de lo que creo—. Tal vez sea mejor que lo dejemos aquí.

—Claro. —Le hace un gesto al camarero pidiéndole la cuenta y yo reprimo un suspiro de alivio. A pesar de mis protestas paga él y salimos a la calle—. Dime, Megan...

Oh, no. Por favor, no.

—¿Mmm? —Espero que no se note lo preocupada que estoy. Mierda. Soy una persona terrible.

—Ya sé que esta noche no estás de humor, ¿pero crees que podemos salir cualquier otro día?

Mierda.

—Hummm. —Me rasco por detrás de la oreja. ¿Cómo se llama? Más mierda—. Mira, no sé qué te diría Lila, pero está intentando buscarme pareja. No tiene nada que ver contigo, estoy segura de que eres un chico encantador, pero ahora mismo no estoy buscando pareja.

Esboza una enorme sonrisa y encoge un hombro.

—Sí, algo me dijo. Pero tenía que intentarlo, ¿no?

—Claro. —Vuelvo a sonreír—. Me parece que tendré que hablar con ella. Gracias por la comida.

—De nada. —Se despide de mí con la mano mientras se marcha y yo empiezo a caminar en dirección al campus pensando en lo que le tengo que decir a Lila.

Ya sé cómo irá la conversación. Querrá saber por qué no quiero salir con nadie y yo me inventaré alguna excusa que tendrá tanta credibilidad como decir que soy una bailarina exótica de Las Vegas. Pero no puedo seguir haciendo esto. No puedo fingir que disfruto de estas citas. No es justo para mí, ni para Aston ni para los chicos con los que salgo.

Empieza a llover y corro los últimos metros hasta llegar al campus. Siento un escalofrío al recordar el día de ayer. Nada puede compararse con lo que sentí cuando Aston me tumbó sobre el capó de su coche y me besó como si lo necesitara para vivir.

Quizá ese sea el motivo de que no pueda pensar en nadie más y de que las citas que me organiza Lila sean completamente inútiles.

Tal vez sea porque cuando miro a los demás chicos solo le veo a él.

Sacudo la melena entrando en mi habitación. Lila levanta la cabeza de los libros y sonríe.

—¿Cómo ha ido? La verdad es que pensaba que tardarías más en volver.

—Esto tiene que acabar —le espeto—. Todo este rollo de las citas. No quiero seguir con esto.

—¿Por qué? ¿Era un imbécil?

Me quito la chaqueta.

—No, era simpático. Igual que el anterior. Qué narices, todos eran simpáticos, Li, pero no me gustan.

—Déjame adivinar, ¿ninguno es tu señor Darcy? —Alza una ceja y me dejo caer sobre la cama.

—Exacto.

—Pues deja que te ayude a encontrarlo.

—No necesito que me ayudes a encontrarlo.

—Megs, solo quiero que encuentres a alguien que te haga feliz.

—¡Ya soy feliz!

—No he dicho que no lo seas, pero quiero que encuentres a tu Darcy. Quiero ayudarte a conseguirlo.

—¡No necesito tu ayuda!

—Megs...

—¡Ya lo he encontrado!

¡Ostras! ¡Mierda! ¡Oh, Dios mío! Me tapo la boca con las manos y abro los ojos como platos. ¿Por qué he dicho eso? Mierda. Mierda. Lo he hecho. Ya está. Adiós a mi tapadera.

Buen trabajo, Megan Harper. Eres completamente imbécil.

Lila va abriendo los ojos muy despacio y deja caer el bolígrafo sobre la cama. Se queda boquiabierta y yo empiezo a sentir que todo se mueve a cámara lenta. «¿iPor qué he tenido que decirle eso!?».

—¿Qué? —me pregunta—. ¿Lo has encontrado? ¿Quién es?

—Humm. ¿He dicho que lo he encontrado? —Me río nerviosa—. ¿En serio? Ja. Eh, pues no. No lo he encontrado. Mierda. —Me dejo caer de lado en la cama y escondo la cabeza bajo la almohada con el corazón acelerado.

—¡De eso nada! —exclama—. ¡No puedes decirme eso y luego echarte atrás, Megan Harper! —Los muelles de su cama chirrían y Lila se levanta. Me coge del brazo y tira de mí. Yo arrastro la almohada sin destaparme la cara, pero ella me la arranca de las manos. Me tapo la cara con las manos.

—Te he mentido —intento sin convicción—. Lo he hecho para que me dejaras en paz.

—¡De eso nada! De. Eso. Nada. No puedo creer que hayas encontrado a tu Darcy y no me lo hayas dicho.

Ya...

—Es que digamos que no puedo. No puedo decírtelo. —Me quito las manos de la cara.

—¡Soy tu mejor amiga! ¿A qué te refieres con eso de que no puedes decírmelo?

—Me refiero exactamente a eso. No puedo decírtelo.

—¿Y de qué vais, de Romeo y Julieta compartiendo un romance secreto? ¿Estáis destinados a ser dos amantes con un destino fatídico? —Resopla dejándose caer en su cama. Yo me muerdo el labio y ella me mira muy seria—. Megan.

—Hummm. —¿Eso es todo lo que se me ocurre decir?

—Oh, Dios mío. ¿No estarás...?

—Hummm... —¡Otra vez! Voy a clase de Lengua cada día, ¿no se me puede ocurrir una palabra mejor? Esto va de mal en peor.

—No. Oh, Dios —murmura Lila—. Oh, Dios.

—Tengo derecho a permanecer en silencio, ¿no? —Flexiono las rodillas y dejo de morderme el labio para sustituirlo por la uña del pulgar. Me la muerdo un momento mientras ella me mira asombrada—. Como si estuviera en un interrogatorio policial. No tengo por qué contestar sin un abogado.

—¡Lo has encontrado de verdad! Estás balbuceando. Mientes fatal. —Inspira hondo y niega con la cabeza—. No sé si abrazarte o darte una bofetada.

—Me acojo a la quinta enmienda.

—Megs, estás liada con...

—Por favor, no me preguntes nada, Lila —susurro mirándola con seriedad—. No quiero seguir mintiéndote.

Se hace el silencio. Trago saliva. Me muerdo la uña. Doy unos golpecitos con el pie. Lila se pone de pie y empieza a caminar de un lado a otro. Yo me muerdo la uña. Ella pasea.

—Aston —murmura volviéndose a sentar—. ¿Cuándo? ¿Cómo?

Yo niego con la cabeza.

Lila ata cabos.

—Cuando Braden se llevó a Maddie a conocer a sus padres. Y desde... No se ha acostado con nadie. Siempre está contigo, ¿verdad? Los fines de semana, cuando estoy en la casa de la fraternidad, él está allí. Por eso no lo ha visto nadie. Vaya. —Niega con la cabeza—. ¿De verdad lo habéis hecho sin que nadie se dé cuenta?

No lo va a dejar correr. Lo sé, pero es todo culpa mía. Ha llegado la hora de enfrentarse a la realidad.

—Por lo visto. Pero, Lila, no se lo puedes decir a nadie —le suplico—. Y lo digo muy en serio. No lo puede saber nadie. Eres la única que lo sabe.

—¿Y vais en serio? ¿No es solo sexo? —Ladea la cabeza.

Asiento y deslizo el dedo por la cenefa de mi colcha.

—Aston tiene muchas más virtudes de las que parece. No es solo sexo. Yo...

—Él es tu Darcy —concluye con sencillez—. La lluvia de tu sequía. Tu todo. El alma gemela que te ha asignado el universo, ¿verdad?

—Y por eso no se lo puedes decir a nadie —insisto—. A nadie. Ni siquiera a Ryan.

—¿Y Braden no lo sabe?

Resoplo.

—¿Crees que lo llevaríamos en secreto si lo supiera Braden? Braden se pondría como una fiera.

—¿Por qué? Sois sus mejores amigos. ¿Sabes una cosa? La verdad es que no le entiendo.

—Para Braden yo soy como su hermana y Aston es un casanova incapaz de sentir nada que no esté dentro de sus pantalones. Por lo menos eso es lo que él cree.

Lila se recuesta en la cama y suspira.

—Pero sabes que Braden se acabará enterando, ¿verdad? Tarde o temprano, Megs. Lo acabará descubriendo.

—Ya lo sé. Espero que sea más tarde que pronto.

—¿Por qué? ¿Por qué no lo zanjás ya?

Porque soy una cobarde. Soy débil. Porque sé que he metido la pata y no me atrevo a admitirlo. Y además...

—Porque voy a necesitar una excusa muy buena para explicar que lo hayamos mantenido tanto tiempo en secreto.

La casa del viejo nunca me había parecido tan intimidante. La casa en la que crecí y el único hogar que he conocido se ha convertido en uno de los sitios más aterradores a los que tendré que enfrentarme en la vida.

Dentro de ese feliz lugar hay una caja llena de demonios listos para saltar al mundo, y eso es algo en lo que no puedo pensar. No puedo pensar en si es buena o mala idea que esté aquí. Soy incapaz de decidir si esta es la mejor decisión que podía tomar.

Solo sé que debemos mantener esta conversación. No puedo quedarme anclado en el pasado, pero nunca conseguiré seguir adelante si el viejo no lo hace. Nunca conseguiré superarlo si lo que lo mantiene atrapado es mi maldita ignorancia.

—¿Qué estás haciendo aquí a media semana? —gruñe el viejo cuando abro la puerta y entro en casa.

—He venido a hablar contigo —le contesto dejándome caer en el sofá que hay a su lado.

Le da una calada a su puro y el humo dibuja un remolino. Me mira fijamente.

—Ya llevas un buen rato ahí fuera sentado en tu coche de niño bonito. ¿De qué quieres hablar?

Inspiro hondo y aparto la mirada consciente de que la próxima palabra lo cambiará todo.

—De mamá.

No dice nada. Suelta el humo y veo que se remueve un poco en el sofá.

—Pensaba que no te importaba.

—Puede que ahora quiera saber cosas. Puede que ya esté preparado para escuchar lo que tienes que decirme. —Vuelvo la cabeza muy despacio para mirarlo—. Puede que vaya siendo hora de que nos sinceremos respecto a lo que los dos tenemos en la cabeza, viejo.

—No hay duda de que Megan es una gran chica. Ha sido ella quien te ha pedido que vengas, ¿verdad?

Niego con la cabeza.

—Ella me ha hecho ver que no puedo vivir anclado en el pasado, pero no me ha obligado a hacer nada. He venido porque he querido.

—¿Sabe que estás aquí?

—No.

El viejo se vuelve a remover y se reclina en el sofá dejando el puro en el cenicero. Apoya los codos en los reposabrazos del sofá y entrelaza los dedos de las manos.

—¿Qué quieres saber?

Me meto las manos debajo de las piernas como hacía cuando era un niño y el abuelo estaba a punto de enseñarme una nueva lección o leerme un cuento. Y la conversación que estamos a punto de mantener tiene parte de esas dos cosas en más de un sentido. La cruda verdad de la historia y la lección que se esconde tras esa verdad.

—Todo lo que quieras contarme. Lo que tú pienses que debería saber.

—Lo primero que debes saber es que tu madre no fue siempre la persona que tú conociste. Fue la hija perfecta hasta que cumplió los dieciséis años. Una gran estudiante, educada, amable... No podía pedir una hija mejor. Era la clase de chica que te haría galletas sin azúcar si supiera que no puedes tomar azúcar. Pero cuando llegó al penúltimo curso de instituto se mezcló con la gente equivocada.

»Ya sé que eso no excusa lo que hizo, pero esa gente supuso una gran influencia para ella. También sé que no puedo culparles, ella tomó sus propias decisiones, nadie la obligó a nada. No hay excusa para la vida que eligió, tanto para ella como para ti.

»El día que se presentó en casa para decirnos que estaba embarazada fue una locura. Tu abuela y yo teníamos una mezcla de emociones. Íbamos a ser abuelos, pero sería a costa de nuestra niña. Solo tenía diecisiete años y jamás imaginamos que un fin de semana en casa de una amiga acabaría de esa forma. Aun así intentamos ayudarla como pudimos.

—¿Cuándo supiste...? ¿Cuándo te enteraste de que consumía drogas?

—Unos cinco meses después. Tu abuela la acompañó a hacerse una ecografía y te vio, eras una diminuta mancha en una pantalla. Fuiste un bebé pequeño durante toda la gestación. El médico de tu madre sabía que las consumía por los análisis de sangre, pero ella le juró que lo dejaría. Al final el médico consiguió sonsacarle que seguía consumiendo y se metió en un programa de desintoxicación mientras seguías dentro de ella para minimizar los daños que pudiera estar causándote.

—¿Y no podían verlo en las ecografías?

El viejo niega con la cabeza.

—No, chico. Físicamente estabas bien. Eras pequeño pero estabas bien. Y no sabían cómo te afectarían las drogas mentalmente hasta que fueras mayor, cuando empezaras a hablar, a moverte y esas cosas.

—¿Intentaste que lo dejara?

—Claro. Aún no había cumplido los dieciocho, así que limitamos el tiempo que pasaba fuera de casa sin nosotros. Pero se las arregló para seguir consiguiendo las drogas. Lo hacía a escondidas. El día que naciste —cinco semanas antes de lo previsto—, fue el segundo día más feliz de mi vida: llegó a mi vida ese minúsculo bebé de dos kilos tan largo como mi brazo. Estaba pletórico. No lo olvides nunca. Recuerdo que miré a tu abuela y le dije: «Éste es mi chico. Cuando sea mayor me lo llevaré a pescar, le enseñaré a elegir el mejor equipo de fútbol y le explicaré cómo hay que tratar a las chicas». —El viejo guarda silencio un momento, se seca las lágrimas y yo trago saliva—. Aquel día prometí que jamás dejaría que te ocurriera nada, pero pasó.

—No fue culpa tuya, viejo.

—¡Tendría que haberte acogido entonces! —Golpea el brazo del sillón con el puño—. Jamás debí permitir que se quedara con tu custodia, pero pensé que era lo mejor. Pensaba que mi niña volvería. —Las lágrimas resbalan por sus mejillas y me arrodillo frente a él—. Creí que estarías bien. Incluso cuando se marchó contigo y se independizó. Tú tenías casi dos años y pensé que todo iría bien. Entonces tu abuela murió de un infarto y me quedé solo. Me olvidé de todo; solo podía pensar que había perdido a mi mujer, a mi mejor amiga y mi alma gemela. Te olvidé.

—Tú nunca me olvidaste, viejo. Siempre estuviste allí, incluso cuando no estabas.

—En fin. Dos años después apareció la policía, me dijeron que habían encontrado un cadáver cuya identidad correspondía con los datos de mi hija y que había un niño de seis años que necesitaba un hogar. Me dijeron que si no me ocupaba de ti te llevarían a un centro de acogida. Y yo no pensaba dejar que el sistema se encargara de mi chico. Ya le había fallado a mi hija. Y no estaba dispuesto a seguir fallándote a ti.

—Tú no me fallaste. —Le toco el brazo y me mira con los ojos grises llenos de lágrimas. Yo reprimo las mías—. No me fallaste, viejo. Tú me salvaste, tú me enseñaste a vivir. Tú me llevaste a pescar, me enseñaste el mundo del fútbol y me explicaste cómo debía tratar a las chicas. Tú cogiste mi mierda de vida y la convertiste en otra cosa. Tú no me fallaste, ni por un segundo.

—Debería...

—Tú nunca me levantaste la mano. Tú jamás me azotaste en la espalda con el cinturón. Tú nunca me pateaste el estómago hasta hacerme vomitar. Tú nunca me golpeaste la cabeza contra la esquina de la mesa de la cocina. —Me tiembla todo el cuerpo al ver las imágenes que empiezan a desfilar a toda velocidad por mi cabeza. Distintos hombres, diferentes días, a distintas horas. Distintas formas de golpearme, todas dejándome sus correspondientes cicatrices—. Tú nunca hiciste eso. Ni siquiera lo sabías. Pero ella sí. Ella lo sabía. Ella mentía al personal del hospital, a los de protección de menores, a todo el mundo. Siempre me echaba las culpas. Tú no lo sabías. Tú no podías evitar algo que desconocías.

—Eso no evita que me sienta culpable, hijo.

—Pues acuérdate de las cosas que sí hiciste. —Le miro a los ojos—. Recuerdo todo lo que me enseñaste. Yo soy la persona que soy gracias a ti. —Guardo silencio sabiendo que lo próximo que voy a decir es completamente cierto, y que me lo estoy diciendo tanto a mí mismo como a él—. Tú me presentaste a Darcy y a Elizabeth, tú me hablaste de su arrogancia. Hasta hace muy poco yo era como Darcy. No me importaba nadie que no fuera yo mismo. Pero entonces conocí a Megan. Si no me hubieras hablado de Darcy jamás habría pensado que esa chica pudiera ser algo más que una sola noche para mí. Tú me explicaste cómo Darcy amaba a Elizabeth, tú me enseñaste a amar. Me enseñaste a amar a Megan igual que Darcy amaba a Elizabeth. Y lo hiciste tú. Nadie más. Solo tú.

El viejo alarga los brazos y me abraza. Le tiembla todo el cuerpo y lo oigo llorar sobre mi hombro. Esto es lo que había negado por haber estado demasiado encerrado en mi mundo. Mi mejor amigo, todo lo que se guardó para hacerme feliz. Me abrazo con fuerza a él y me abandono a las lágrimas.

—¿Sabes una cosa, chico? —murmura reclinándose y recomponiéndose.

—¿Qué, viejo?

—Tu abuela estaría muy orgullosa del hombre en el que te has convertido.

Y le creo.

Por primera vez realmente creo que estaría orgullosa.

Megan está sentada con la espalda apoyada en un árbol. Tiene la melena a un lado y por el otro asoma la suave y bronceada piel de su cuello. Tiene las piernas flexionadas y da la sensación de que los vaqueros le vayan más ceñidos que de costumbre. Se rodea la cintura con los brazos: querría ser yo quien estuviera haciendo eso. Quiero rodearla con los brazos, sentir su espalda pegada a mi pecho y su cabeza sobre mi hombro mientras yo apoyo la cara sobre su cuello desnudo.

Pero la situación me obliga a seguir tumbado sobre un costado intentando no mirarla. Intentando ignorarla. Intentando fingir que no necesito abrazarla hasta que llegue la próxima edad del hielo y nos congelemos juntos.

—¿Me estás diciendo que los Chargers están en mejor forma que los Cowboys? —Braden niega con la cabeza—. ¡Y una mierda! Romo se está dejando el culo está temporada.

Lila abre la boca.

—Solo es un...

Ryan se la tapa con la mano.

—No. Lo. Digas.

—Juego —finaliza Megan—. Un juego, chicos. Es un juego. Ya sé que estáis enamorados de esos tíos, y Bray, si fueras gay estarías colado por ese supuesto bombón de Romo, pero solo es un juego. Y ya que estamos, está jugando fatal.

—¿Qué has dicho? —Le sonrío—. Me parece que no te he entendido bien.

—¿Te lo tengo que deletrear? ¿Es que no aprendiste a escuchar cuando sacaste ese promedio de listillo? —Alza las cejas—. Porque esa carencia te va a dar más de un problema.

—Estoy bastante seguro de que oigo perfectamente. Me ha quedado perfectamente claro cada vez que una chica pasaba la noche gritándome al

oído.

Braden resopla y Maddie le pega en el muslo.

—¡No le animes!

—Solo estaba... No importa. —Esconde una sonrisa.

—Ya sabes que eso de los gritos es muy relativo, ¿no? —Se desliza la yema del pulgar por el labio inferior—. Eso no significa necesariamente que se lo estuvieran pasando bien. ¿No te has fijado en que las chicas suelen gritar cuando ven películas de terror?

Lila se ríe en silencio y se le agitan los hombros, y Maddie se muerde el labio. Miro a Megan fijamente poniendo especial atención a la chispa que brilla en sus ojos azules. Ella sonrío. Esbozo una fugaz sonrisa y me pongo en pie de un salto.

—Cuidado con lo que dices, Megan —le advierto—. Mi última oferta sigue en pie.

Megan

Me he quedado con la boca abierta. Y no ha sido solo por lo que ha dicho, sino porque lo ha soltado sin pensar delante de todo el mundo, en especial delante de Braden.

Aston sonrío y me guiña el ojo. Se da media vuelta y estira los brazos por encima de la cabeza mientras camina en dirección a la casa. Le veo marchar en absoluto silencio e ignoro la mirada de Lila, que siento clavada en mi cabeza.

—¿Su última oferta? —dice Braden con seriedad clavándome los ojos.

—Se ofreció a enseñarme la diferencia entre una palmada en el trasero y unos buenos azotes —murmuro—. Es un cerdo.

—Cavernícola, un poco de contención —le ordena Maddie dándole unos golpecitos en la mejilla con el dedo y levantándose.

—Contención —murmura a modo de respuesta.

—Bien. Sigue así. —Le da un beso en la mejilla y Ryan y Lila también se levantan.

—Nos vemos después de clase, Megan. —Lila me lanza una mirada cargada de intención y yo sonrío. Sí. Me va a dar la noche.

Los demás se marchan y Braden y yo nos quedamos en silencio. Yo pierdo la mirada en la distancia. Es la primera vez que me quedo a solas con Braden desde que Aston y yo estamos juntos y por primera vez en la vida siento que hay un vacío entre nosotros.

Ya sé que he sido yo quien lo ha abierto.

También sé que se lo tengo que decir. Podría hacerlo ahora. Aprovechando que no está Aston y que estamos en un sitio público.

Abro la boca para hablar, pero se me adelanta.

—¿Dónde te has metido últimamente?

—¿Eh? —Le miro—. Pues aquí, en la universidad.

—Ja, ja, muy graciosa —me dice con sequedad lanzándome una brizna de hierba—. No. Me refiero a lo de San Francisco, por ejemplo. Pensaba que vendrías con nosotros.

Encojo un hombro.

—No me apetecía. Tenía trabajo atrasado. Deberes y cosas así.

Asiente.

—Kyle me dijo que pasaste el domingo por mi habitación para coger uno de tus libros.

—Sí. Tenías mi libro de Shakespeare. Otra vez.

—Yo siempre tendré tu libro de Shakespeare. Soy incapaz de hacer un trabajo sin las notas que hay en los márgenes de tus libros. —Me sonrío y se aparta el pelo de los ojos.

—Deberías cortarte el pelo —le digo—. Y ya lo sé. Llevas copiándome los deberes desde octavo. No tengo ni idea de por qué te dejo hacerlo.

—Es porque soy jodidamente brillante y te dejo que lo hagas.

—Y sigues siendo la persona más malhablada que conozco.

Me vuelve a sonreír.

—Por eso me quieres, Megs. Soy el hermano mayor que nunca tuviste.

—Creo que tú eres el motivo por el que nunca tuve un hermano mayor —le sonrío con sequedad—. Mamá vio cómo me arrastrabas al barrizal para hacer pasteles de barro y enseñarme a trepar por los árboles y decidió que con un hijo de acogida tenía más que suficiente.

—¿Qué yo te arrastraba? —Se ríe—. ¡Tú me arrastraste más veces que yo!

Está bien. Es posible que tenga razón en eso.

—Afrontémoslo, estaba claro que íbamos a ser problemáticos.

Carraspea.

—Yo no soy problemático.

—El gato, Braden. El gato.

—Eso no fue porque fuera un niño problemático. Solo estaba intentando ser un caballero.

Sonrío divertida.

—No creo que tu madre lo vea de esa forma, ni siquiera ahora.

—No, pero se lo expliqué —insiste—. Le hice comprender que mi decisión de afeitarse al gato me convertía en un caballero porque estaba intentando darle lo que quería a mi chica preferida. —Le doy un puntapié juguetón en el pie.

—¿Ya lo sabe Maddie? —bromeo.

—Meggy —Me mira muy serio—. Yo amo a Maddie, pero tú eres mi mejor amiga. Siempre lo has sido. Tú eres la única persona que significa más para mí que Maddie. Os quiero de formas distintas; Maddie sabe que nunca podrá ocupar tu lugar y lo entiende. Además, puedes ser mi chica preferida de una forma diferente.

Me río y le vuelvo a golpear negando con la cabeza.

—¿Es que solo piensas en sexo?

Guarda silencio un momento y se muerde el labio.

—No. También pienso en comer.

—¿Comida y sexo?

—Y la Xbox.

—¿Y la cerveza?

—¿Ves? Por eso eres mi mejor amiga. —Me guiña el ojo—. Tú me entiendes.

—Alguien tiene que entenderte, Bray.

—¿Lila sigue organizándote citas?

Niego con la cabeza.

—Después del último le dije que se acabó.

—¿Eran capullos?

—No, pero no me interesaban. Soy perfectamente capaz de elegir mis propios intereses románticos, ¿sabes?

—No tendrías que tener ningún interés —gruñe.

Carraspeo.

—¿Recuerdas nuestra última conversación sobre este tema? ¿Nos tenemos que poner en plan cavernícola? Megan, chica mayor. Cuidar de sí misma. Braden ver y callar.

Braden se ríe.

—¿Eso significa que no puedo volver a ponerle el ojo morado a cualquiera que se acueste contigo?

«Le debes unos cuantos a tu mejor amigo».

—No. Nada de ojos morados, advertencias, de pedirle a nadie que me deje en paz, y sobre todo nada de payasadas de cavernícola.

—Me parece que según el criterio de Maddie todo lo que has dicho entraría en la categoría de payasadas de cavernícola.

—Lo sé. Solo te lo estaba desglosando para que lo entiendas mejor. —Me encojo de hombros.

—Muy graciosa. Muchas gracias. —Niega con la cabeza y se levanta. Acepto la mano que me ofrece y tira de mí. Empieza a caminar en dirección a la casa—. Me voy a clase. Tengo que hacer algunas payasadas de cavernícola antes de que se entere nadie.

—¡Braden Carter! —grito a su espalda—. ¡No te atrevas!

Se detiene en la puerta, sonrío y desaparece en el interior de la casa. Yo niego con la cabeza rodeando la casa y tomo el camino que se aleja del campus en dirección a la bahía.

Lo he vuelto a hacer. No le he confesado lo mío con Aston. Solo son unas palabras, pero cuanto más lo escondemos más me cuesta encontrarlas y más difícil es ser sincera.

No soporto mentir. Odio mentirle a todo el mundo porque no quiero esconder lo nuestro. No quiero ocultar lo que siento por Aston. No quiero esconderlo. Pero no le quiero hacer daño a nadie y sé que la verdad lastimará a Braden.

Y, sin embargo, sé que cuanto más guarde el secreto más daño le haré.

La fría brisa del mar me acaricia y me ciño el suéter. Unos cuantos mechones de pelo me resbalan por la cara e intento apartármelos en vano.

Juegos. Son divertidos hasta que alguien se hace daño. El juego de Braden y Maddie estuvo bien hasta que se hicieron daño mutuamente y empezaron a actuar de forma irracional: él alejándose de ella, y ella huyendo. Mi juego con Aston está bien hasta que salga a la luz, cosa que acabará ocurriendo.

La verdad siempre sale a la luz.

Podría dejarlo. Podría hablar con Aston y decirle que lo nuestro se ha terminado y que no puedo seguir con esto, pero estaría mintiendo. Le estaría mintiendo porque sí que puedo, porque no se ha acabado.

Mentiras. Son fáciles de manejar hasta que empiezan a amontonarse y te ves obligado a tejer una red en la que luego resulta muy fácil quedar atrapado. Las mentiras están bien hasta que tienes que mirar a los ojos de la persona a la que estás mintiendo.

La cuestión es: ¿es mejor mentirse uno mismo que a tu mejor amigo?

—Lo de hoy ha sido muy raro —comenta Lila entrando en la habitación.

Levanto la vista del libro.

—Bienvenida a mi mundo.

—Un mundo que has creado tú sola.

—Tu tacto me alucina —le digo con sequedad—. Por favor, Li, recuérdame un poco más.

—No entiendo por qué no lo admites.

—¿Acaso alguien ha preguntado? —pregunto encogiéndome de hombros. Suspiro. Yo tampoco lo sé—. Ojalá lo supiera, de verdad. No es tan fácil como parece. Tú lo ves como un secreto y nada más, algo que se está ocultando por un motivo muy sencillo. Simple. Pero no lo es. Esto no es solo la clásica situación de chico conoce a chica y se enamoran. Esto va de un chico que conoce a una chica y todo se viene abajo, tanto en la cabeza de él como en la vida real.

—¿Me estás diciendo que lo que ocurre en la cabeza de Aston es lo que te impide ser sincera? —Alza una ceja incrédula. Yo cierro el libro y lo dejo junto a mí encima de la cama.

—Tú no lo conoces. Crees que sí, todos pensáis que lo conocéis, pero no es así. Para ti solo es un casanova, un capullo que piensa con la entrepierna al que debería evitar cualquier chica con dos dedos de frente. Pero yo sé la verdad. Sé que no es lo que parece, y también sé que lo que parece no es más que una farsa que se ha inventado para esconder la persona que es en realidad.

—De acuerdo. —Se sienta cómodamente en la cama—. No sé nada de eso, así que centrémonos en lo que dijiste. ¿Cuándo se convertirá en realidad toda esta farsa? ¿Cuándo acabará esta actuación, Megs?

Suspiro y me apoyo contra la pared.

—No tengo ni idea. He intentado decírselo a Braden. Quizá no me haya esforzado mucho, pero lo he intentado. Pero no me han salido las palabras. No dejo de pensar en cómo me mirará cuando descubra que le he mentado.

—No importa cuándo lo averigüe. Va a poner la misma cara mañana que el año que viene.

—Es que no sé cuánto tiempo más podré seguir ocultándolo. Todo es muy complicado. Necesito ayudar a Aston, Lila, pero este secretismo significa que no siempre puedo estar ahí y eso duele —concluyo en voz baja—. Cuando me necesita me doy cuenta y me hace mucho daño.

Se encoge de hombros.

—Ahora ya lo sé. Te puedo ayudar. Podría alejar a todo el mundo o inventarme alguna excusa, darte apoyo.

—Pensaba que solo querías decirme que se lo tengo que decir a Braden.

—Y deberías. —Suspira—. Pero es evidente que no quieres, o no puedes —corrige al ver mi expresión de enfado—. Así que lo mejor que puedo hacer es ayudarte. Espero que Dios me ayude, porque cuando todo esto salga a la luz me matarán, pero por lo menos así tendré la sensación de estar guardando el secreto por un buen motivo.

—No tienes por qué hacer nada. Me he metido yo solita en este lío. Solo tengo que encontrar la forma de ayudar a Aston y puede que así todo lo demás acabe poniéndose solo en su sitio. —Me paso los dedos por el pelo y suspiro—. Quizá. Con un poco de suerte.

—Yo te ayudaré hasta que todo se ponga en su sitio. Conseguiré que puedas hablar con Aston. No te voy a mentir, no estoy muy de acuerdo, pero está claro que te preocupas por él y yo me preocupo por ti, así que adelante.

La miro un segundo, observo su expresión y esbozo una pequeña sonrisa.

—Eres la mejor amiga del mundo.

—O la más estúpida. Ya verás cuando se entere Braden —murmura camino del baño.

—¿Li? —le pregunto—. No se lo vas a decir, ¿verdad?

Se detiene en la puerta del servicio y me mira por encima del hombro.

—Puede que no entienda por qué lo quieres mantener en secreto, y puede que no me guste estar al corriente de la situación, pero eso no significa que vaya a decírselo, Megs. No me gusta tu decisión, pero la respeto.

—Gracias.

—Además —prosigue—. Si se lo digo me la cargaré yo. Y yo soy inocente.

—¡Y yo que pensaba que lo hacías porque tenías un corazón bondadoso!

—De eso nada. —Sonríe—. Estoy intentando salvar mi culo. Tú asegúrate de contárselo a Aston para que pueda cobrarme el favor más adelante. —Me guiña el ojo. Yo me río y cojo el móvil.

«Lila lo sabe», le escribo a Aston.

«¿Qué dices? ¿Cómo ha sido?»

«Lo adivinó». No es falso del todo.

«¿Y?»

«Y nada. No va a decir nada. Nos cubrirá».

«Esto no me gusta, Megs».

«A mí tampoco, pero solo hay dos opciones: que nos cubra o que se lo diga a Braden».

«De momento nos quedaremos con Lila».

«Tenemos que hablar».

«¿Sobre qué?»

«Sobre ti».

Me pierdo entre los brazos de Aston y cuelo las manos por debajo de su camiseta para acariciar su espalda. Él me besa con firmeza y me muerde el labio inferior.

—¿Qué está haciendo Lila? —murmura.

—Lila se ha llevado a los demás al minigolf. —Me encojo de hombros y le miro—. No preguntes. Le ha montado un buen pollo a Ryan.

—Lila odia el minigolf. En realidad odia todos los deportes.

—Ya lo sé. —Me vuelvo a encoger de hombros—. Me ha dicho que le debo una.

—Claro. —Suspira y me acaricia la melena hasta las puntas besándome la nariz—. Dime, ¿de qué quieres hablar? Decir que tenemos que hablar de mí no es muy explícito.

Tiro de él en dirección a la cama y se sienta apoyando la espalda contra la pared. Yo me siento a horcajadas sobre él poniendo una rodilla a

cada lado de su cuerpo y entrelazo las manos por detrás de su cabeza. Él pone las manos sobre mis muslos y con los dedos dibuja pequeños círculos sobre mi piel.

—De ti. De todo. Hay más, Aston. Sé que hay más.

Se le tensa el estómago.

—¿Qué quieres saber?

—Todo —susurro—. Todo lo que queda. Por muy largo que sea, por mucho que duela... estoy aquí.

Se le hincha el pecho al inspirar hondo y sus ojos se llenan de recelo. El miedo brilla en su interior. Nunca pensé que tendría miedo de su pasado y de lo que no se ha permitido pensar, pero lo tiene. Está aterrorizado.

—No queda mucho por contar. Por lo menos de cuando era niño. Siempre ocurría lo mismo. Mi madre se vendía por dinero, gastaba una parte ínfima en comprar comida y pagar los recibos, y el resto lo utilizaba para comprar drogas y alcohol. Conocía a algún tío que me vigilaba mientras ella «trabajaba» y por un motivo u otro yo siempre solía acabar con un nuevo moretón que añadir a mi colección. Los de servicios sociales venían a vernos, el tipo se marchaba y ella conocía a otro y volvía a pasar la noche follando con algún pobre ricachón para poder seguir metiéndose la misma mierda en las venas. Ese fue mi día a día durante seis años. Me alegro de poder recordar solo dos de esos años, incluso aunque sean los peores.

Me clava un poco los dedos en la piel y yo le acaricio el pelo sin dejar de mirarlo fijamente.

—Era incapaz de ejercer de madre. No sabía hacerlo. Yo siempre era lo último en lo que pensaba y siempre me culpaba de todo. Ella me echaba las culpas, los tipos que vivían con ella me echaban las culpas, y cuando te enseñan que todo es culpa tuya llega un día en que empiezas a creértelo. La explicación que escuchaban los de servicios sociales era que cada corte y cada moretón se debían a las travesuras de un niño demasiado inquieto, y a mí me decían que merecía cada corte y cada moretón por ser un bastardo que no servía para nada. Esos eran sus razonamientos. Me decían que no servía para nada, que era igual que mi madre. —Guarda silencio un momento respirando con dificultad.

A pesar del nudo que se me ha hecho en el estómago le acaricio la cara y apoyo mi frente en la suya para que se relaje. El dolor le obliga a cerrar los ojos y yo no puedo ni imaginar lo que le debe estar pasando por la cabeza en este momento. Lo único que puedo hacer es sentarme aquí con él, abrazarlo y ayudarlo para que lo saque todo.

—Eso es lo que más recuerdo, las cosas que me decían —susurra—. Parece que disfrutaran mucho haciéndome daño con las palabras tanto como con los puños. Y siempre era igual. Siempre, Megs. Recuerdo que siempre me decían que era igual que ella, que lo único que sabía hacer mi madre era follar y que eso era lo único que sabría hacer yo. Sexo, drogas y alcohol; me repetían que esa sería mi vida. Y podría haber sido así. Ella nunca me llevó a la escuela para así poder ocultar los moretones. Está claro que si ella no hubiera muerto, yo habría acabado como ella.

—¿Cómo murió?

—Por culpa de las drogas. ¿Por qué iba a ser? —Encoge un hombro y me abraza—. El informe oficial decía que fue una sobredosis de heroína en mal estado. Alguien había cortado la droga con otra sustancia haciéndola todavía más peligrosa y ella se metió una sobredosis por accidente. Creen que debía de tener el mono y que en su confuso y desesperado estado debió inyectarse más de lo que se metía normalmente. La encontraron a tres manzanas de nuestro apartamento, en un bar de mala muerte, y a mí me encontraron en casa un día después. Por lo menos eso es lo que me contó mi viejo. Mi recuerdo de esos días es un poco borroso. Por aquel entonces el día y la noche se confundían para mí. Mamá dormía de día y se marchaba de noche. Yo pasaba la mayor parte del tiempo solo, a excepción de alguna salida semanal, cuando me llevaba al parque para guardar las apariencias. Ese era el único día que se preocupaba por mí.

Tiene la voz entrecortada, pequeña y perdida. Es como si hubiera regresado a la mente de ese niño de seis años y esté viendo el mundo a través de sus ojos. Le miro, miro esos ojos tristes y se me encoge el corazón cuando veo resbalar una lágrima. Le había visto enfadado. Le había visto luchar contra sus demonios. Pero nunca le había visto llorar y se me rompe el corazón.

Verlo llorar es peor de lo que había imaginado.

Cae una lágrima, y otra, y otra.

El dolor es real. No es nuevo, pero es real. Siempre ha estado ahí y por fin está saliendo. Llevaba mucho tiempo conteniéndolo, pero por fin ha salido. Estoy empezando a dejar salir cosas que me han estado matando durante años.

La caricia de Megan es cálida y suave, reconfortante y segura. Me abraza y yo dejo que lo haga. No habla. No hace nada, solo me abraza. Me recuerda que no estoy solo, que estoy a salvo. La verdad es que necesitaba abrazarla, pero también necesitaba que ella me abrazara a mí con la misma intensidad. Ella me estabiliza y me ayuda a seguir con los pies en la tierra. Cuando me centro en ella recuerdo que ya no tengo seis años y que ya no tengo miedo. Ella es quien frena los recuerdos que me consumen. Ella es quien consigue que el dolor sea soportable.

—Por eso estudio Psicología —susurro después de que me abrace un buen rato—. Porque así podré ayudar a otros niños como yo que tienen que vivir con toda esta porquería en la cabeza. Si hubiera podido hablar con alguien cuando era más pequeño, probablemente ahora no estaría tan destrozado.

—Tú no estás destrozado. —Megan se separa de mí y me pasa los pulgares por las mejillas para secar mis lágrimas—. Has tenido una vida dura, Aston, pero ahora te estás enfrentando a ello. Te estás demostrando que esos hombres se equivocaban. Cuando te graduaste en el instituto y conseguiste entrar en la universidad demostraste que estaban equivocados. Porque has sido tú quien lo ha conseguido. Nadie más.

—No, siempre estaré un poco destrozado, Megs. Seguiré despertándome en plena noche preguntándome si estoy debajo de la cama o si estoy a salvo. Seguiré dudando de mí mismo cada día, y seguiré estando un poco roto por dentro; no puedo hacer nada para cambiar eso.

—Pero también te curarás un poco más cada día que pase —me dice en voz baja—. Encontraremos una forma de ayudarte a hacer frente a esas pesadillas y a los recuerdos. Te lo prometo. Yo te ayudaré, Aston.

Megan me mira con sus ojos azules y su pelo se descuelga alrededor de nuestros rostros escondiéndonos del resto del mundo. Podría perderme en sus ojos mil veces y seguir queriendo hacerlo. Podría caer presa de sus caricias y no sentir nunca la necesidad de liberarme. Y ahora entiendo por qué es tan distinta a las demás. Ella me da algo que nadie me puede dar. Ella ha conseguido que deje de ser alguien que no se preocupaba por nadie para convertirme en un chico que se preocupa por ella. Y ella ha conseguido que me dé cuenta de muchas cosas.

No importa lo que dijeran los novios de mi madre, yo he demostrado que se equivocaban. Gracias a todo lo que he hecho he conseguido llegar hasta Berkeley y conocer a Megan. Cuando me fui a vivir con el viejo, él me lo enseñó todo, pero he sido yo quien ha salido adelante, quien se graduó en el instituto y quien llegó a la universidad.

He sido yo quien logró todas esas cosas para poder conocer a Megan.

Nunca seré como mi madre porque ella nunca quiso a nadie más que a sí misma. Yo nunca seré la clase de persona que acaba viviendo una vida marcada por el sexo, las drogas y el alcohol.

Porque yo estoy completamente enamorado de la chica que tengo delante.

Y aquí estamos, de vuelta a las habituales noches del viernes que antes esperaba con tanta ansiedad. Las noches del viernes significaban poder olvidarlo todo y abandonarme a los sentidos físicos. Las noches del viernes y del sábado eran las mejores noches, pero ahora lo único que quiero es coger a Megan y huir. Quiero llevármela de esta mierda de fiesta.

En especial porque el maldito plan de Lila de conseguirle citas está en boca de todo el mundo y hasta el último Tom, Dick y Harry de la universidad intentan ser el próximo candidato.

Cada vez que uno de esos imbéciles se acerca a ella, por un segundo hago responsable a Braden y al hecho de que él sea el motivo de que tengamos que mantener nuestra relación en secreto. Me encantaría acercarme a ella, alejarla del idiota que está a su lado y besarla hasta dejarla sin sentido delante de todo el mundo para dejar las cosas bien claras. Haría cualquier cosa para alejarla de ellos y demostrarles a todos que no les pertenece. Megan me pertenece a mí.

Porque es mía. Y no lo digo en plan posesivo. Es en mis brazos donde se entrega, son mis labios los que besa, es mi corazón el que ha robado. Y eso significa que es mía.

Y no del bastardo arrogante con el que está hablando.

Clavo el botellín de cerveza en la mesa ignorando las sorprendidas miradas que me rodean y me abro camino por entre la gente. Con toda la intención, le doy un codazo en la espalda cuando paso junto a ella de camino a las escaleras. Las subo de dos en dos y asciendo a toda velocidad. No pienso seguir viendo esa mierda. Mi habitación está en silencio y tranquila y espero a que aparezca.

No tengo ni idea de cuánto tiempo tendré que esperar. Si tarda mucho acabaré volviendo a bajar, si sube demasiado pronto la gente se dará cuenta de que ha venido a buscarme. Todos se preguntarán por qué. Pero ya no sé si me importa. No sé si puedo seguir preocupándome por eso.

Se abre la puerta. Se cierra.

—Espero que tengas un buen motivo para explicar que hayas subido a toda velocidad como una chica con el período que no puede comer chocolate —bromea Megan.

—No puedo seguir con este rollo secreto, nena. —Me doy media vuelta y le clavo los ojos advirtiéndole, por unos segundos, lo bien que se le ciñen los vaqueros a las caderas—. No puedo seguir ahí abajo viéndote rodeada de capullos sin cogerte de la cintura y advertirles que se alejen

con los ojos. No puedo seguir haciéndolo. Ya no.

—Antes no te molestaba.

—¡Siempre me ha molestado! ¿Crees que no me importaba ver cómo te reías y bromeabas con quien fuera que estuviera intentando colarse en tus bragas esa noche?

Da un paso adelante.

—¡Yo no he dicho que no te importara! He dicho que no te molestaba, ¡y si era así, nunca me lo demostraste!

—Entonces, ¿no te importa que me acerque a alguna chica y me ponga a hablar con ella para guardar las apariencias? —La miro con impotencia—. No puedo soportar ver cómo se te comen con los ojos, Megs. Esta relación secreta ya ha ido demasiado lejos. Tenemos que confesarlo.

A ella se le abren un poco los ojos.

—No podemos... Braden...

—¡Pues tendremos que enfrentarnos a él! —Me pongo delante de ella, la cojo de la cara y me apoya las manos en el pecho—. Tendremos que enfrentarnos a la situación. Y él tendrá que aceptarlo porque no pienso seguir fingiendo y no estoy dispuesto a dejarte por culpa de esta mierda.

—Nos odiará —susurra.

—El daño ya está hecho, nena. Es él o nosotros.

Megan niega con la cabeza y se muerde el labio inferior con gesto preocupado.

«Braden», odio cómo se estremece cuando dice su nombre.

—Tendremos que decírselo —le digo con delicadeza. La beso—. Ahora. Se lo diremos ahora.

Se abre la puerta de golpe.

—¿Decirme el qué?

Me alejo de Aston de un salto y me llevo la mano a la boca en cuanto veo a Braden allí plantado. Sus ojos alternan entre nosotros: el azul de sus iris se va helando poco a poco y se le endurece la expresión.

La tensión del ambiente se dispara. Casi puedo sentir cómo Aston se tensa a mi lado y ver la ira del descubrimiento fluyendo por el cuerpo de Braden. Yo me quedo helada; soy incapaz de hacer otra cosa que no sea esperar. Incapaz de hacer otra cosa que no sea observar cómo asoma la rabia y la traición a los ojos de mi mejor amigo.

Me pasan miles de excusas por la cabeza, pero se me ha comido la lengua el gato de verdad.

Nada puede excusar esto.

Y ha llegado el momento de sincerarse.

—Ryan me ha dicho que le había parecido que subías detrás de Aston. —Braden me clava los ojos—. Pensaba que se había vuelto loco. Le he dicho que sería algún otro pobre diablo, pero cuando otro par de chicos me han dicho lo mismo, me ha apetecido subir a reírme. ¡Porque no creía ni por un momento que os encontraría juntos en esta puta habitación!

—Bray... —susurro.

—¿Cuánto hace? —Mira a Aston apretando los dientes—. ¿Cuánto hace que te la estás tirando?

—¡Braden!

—No va de eso —le contesta Aston con la misma seriedad.

—¿En serio? ¿Y esperas que me lo crea? —grita Braden—. ¿Cuánto hace?

—Desde que te llevaste a Maddie a conocer a tus padres.

—¿Fue la primera vez? —Me atraviesa con sus ojos azules.

Asiento y me aparto la mano de la boca.

—Justo después.

Se ríe con amargura y se dirige a Aston.

—¿Me marché dos días y te metes en su cama una semana después?

—¡Fuimos los dos! —Doy un paso adelante—. Fuimos los dos, Braden.

—Ah, claro. Y eso lo arregla todo, ¿no?

—¡No! —Me pongo delante de Aston—. No. No hay forma de arreglar esto y no tengo ninguna excusa para explicarlo, pero tienes que comprender que yo puedo tomar mis propias decisiones. Ya soy mayorcita para enfrentarme a las consecuencias. Te agradezco que cuides de mí, de verdad, pero no puedes pasarte toda la vida protegiéndome. Aston no me obligó a hacer nada. ¿Lo entiendes? ¡Yo quería hacerlo!

Me mira. A mí se me hincha el pecho y Aston me coge del brazo.

—Megs...

—¡No! —grito sin dejar de mirar a Braden—. Por mucho que él quiera verlo así, no ha sido solo cosa tuya. No pienso quedarme aquí viendo como te sermonea por algo que hemos hecho los dos.

—¿Cuánto tiempo lleváis acostándoos juntos? —dice Braden con sarcasmo—. Porque el hecho de que sea una decisión consensuada lo convierte en algo completamente diferente, claro.

—Mantenemos una relación desde ese fin de semana —le corrijo.

—¡Ja! —Braden da una palmada en la pared—. ¿Una relación? ¿Lo dices en serio?

—Sí.

—Eso no puede ser. Has tomado muy malas decisiones en la vida, Megan, ¡pero esta se lleva la palma! —Sale por la puerta y yo me suelto del brazo de Aston para seguirle sin importarme quién pueda escuchar la conversación.

—¡La mala decisión no fue estar con Aston! La mala decisión fue ocultártelo. ¿Y sabes por qué te lo escondí? ¿Sabes por qué decidí no decírtelo? Por esto. ¡Para evitar que pasara esto! ¡Sabía que te pondrías como una moto!

—Entonces, ¿por qué lo hiciste? —me espeta.

—¡Porque quise hacerlo!

—¿Y eso es mejor? —Se detiene y se vuelve para mirarme. Señala en dirección a la habitación de Aston—. ¡Te va a romper el corazón, Megan! Eso es lo que hace siempre. Se tira a las tías y luego las deja.

—¡Tú no le conoces como le conozco yo!

—¡No, pero muchas chicas sí!

—¡De eso nada! —le grito pateando el suelo. Me llevo las manos a ambos lados de la cabeza—. Ellas no le conocen como yo. Ninguno de vosotros le conoce como yo. Así que no te atrevas a decirme que ha sido una mala decisión cuando no sabes nada sobre mi decisión. Tú no sabes nada sobre nosotros. ¡Tú no sabes ni cómo me siento yo ni cómo se siente él!

—Pues adelante, Megs. Si esto es tan importante, si es tan real, cuéntame. ¿Cómo te sientes?

Le miro fijamente y abro la boca para hablar.

—La quiero —dice Aston desde el otro lado del pasillo—. No puedo responder por ella, pero puedo hacerlo por mí. Y la respuesta es que la

quiero.

Dejo caer las manos y trago saliva. Se me acelera el corazón en el pecho y lo siento vibrar contra mis costillas. Nunca nos lo habíamos dicho. Él jamás me lo había dicho.

Y ahora lo está admitiendo. En voz alta. Se lo está diciendo a Braden. Y de paso a todos los que estén escuchando.

—¿La quieres a ella o a lo que te da? —pregunta Braden con incertidumbre pero con la voz todavía teñida de ira.

Aston se pone detrás de mí y me coge de la mano. Entrelaza los dedos con los míos y cuando su pecho toca el mío puedo sentir lo vulnerable que es en este momento. La única persona a la que se ha abierto soy yo, y ahora tiene que hacerlo delante de otra persona.

—La quiero por quien es y por la persona que soy yo cuando estoy con ella. Multiplica por un millón lo que Maddie significa para ti y entenderás lo que Megan significa para mí. Megs tiene razón, Braden. Nadie me conoce como ella. Ella lo sabe todo de mí, incluso las cosas que nunca he querido que sepa nadie. Ella lo sabe todo y sigue conmigo. La quiero por todo lo que me da, cada caricia, cada sonrisa. Lo quiero todo.

»Ahora si quieres puedes venir a darme un puñetazo. Lo aceptaré porque me lo merezco por haberlo hecho a tus espaldas, pero no me pienso disculpar. Nunca me disculparé por quererla, así que no esperes que lo haga. Y no esperes que me separe de ella porque no lo haré. No puedo.

Me aprieta un poco la mano y me pongo a temblar. Unas suaves pisadas en la escalera anuncian la aparición de Maddie y la miro a los ojos. Pero en ellos no veo ni rastro de la indignación o el enfado que esperaba encontrar.

Lo que veo es comprensión.

—¿Y tú Meggy? —me pregunta Braden.

Inspiro hondo.

—Yo también le quiero, Bray. Siento mucho no habértelo dicho, de verdad. Los dos intentamos evitar que sucediera, pero al final pasó y no lo lamento. Solo lamento que te haga tanto daño.

Maddie rodea a Braden por el brazo y se apoya en él. Braden suspira.

—¿Sabes lo que más me duele? —Me mira y me doy cuenta de que la ira ha desaparecido de sus ojos. En su lugar queda un regusto a derrota—. Que eres mi mejor amiga y en ningún momento pensaste que podías venir a contármelo. Puede que sea culpa mía, pero es lo que me saca de quicio. ¿Qué si estoy enfadado? Pues claro que sí. Estoy que echo chispas. Pero no puedo enfadarme contigo. No importa cuántas ganas tenga de partirla la cara a Aston y gritarte a ti, no puedo hacerlo.

—¿Y por qué no? —pregunta Aston—. Me lo merecería.

Los ojos de Braden trepan por mis hombros para encontrarse con el par de ojos grises que tanto adoro.

—Porque cuando miro a Megan a los ojos veo el mismo amor que Maddie siente por mí. No has dudado ni un segundo en decirme que la querías cuando ni siquiera se lo habías dicho a ella todavía. Me he dado cuenta por su reacción. No se lo habías dicho y yo te he obligado a decírmelo. Sería un puto hipócrita si me enfadara contigo por eso, pero que no esté enfadado no significa que quiera estar contigo ahora mismo.

Saca el brazo de entre las manos de Maddie y sube las escaleras camino de su habitación. Maddie nos mira con una pequeña sonrisa en los labios.

—Te ha costado bastante admitirlo —dice en voz baja.

—¿Lo sabías? —Aston me abraza.

Su sonrisa se acentúa y se pone el pelo detrás de la oreja.

—Pues claro. Yo he sufrido, Aston, y el dolor reconoce el dolor. Y tú lo estabas escondiendo. No sé lo que es, pero sé que está ahí. Y Megs es la persona más delicada y comprensiva que conozco. Os atraéis el uno al otro porque ella podía curar tus heridas. Sé que teníais algo desde que volvimos.

—¿Por qué no me lo preguntaste? —Ladeo un poco la cabeza.

Hace ademán de seguir a Braden y se detiene en el primer escalón.

—Porque... —Sonríe—. Si Braden hubiera sospechado algo y me hubiera preguntado tendría que haberle mentado.

No puedo evitar sonreír. Lo conoce muy bien. Lo conoce tanto como yo conozco a Aston.

Dejo escapar un suspiro y me relajo contra Aston. Me abraza con fuerza y entierra la cara en mi cuello.

—Ha sido... divertido —me dice con sequedad.

—Ha ido bien —le digo con sinceridad—. Pensaba que Braden golpearía primero y preguntaría después. Es su *modus operandi* habitual.

—Quizá se haya sorprendido tanto de encontrarte aquí que se ha olvidado de pegarme primero.

Dejo escapar una pequeña carcajada.

—Es posible.

Me suelta y me acompaña hasta su habitación cerrando la puerta con el hombro. Yo me froto la cara con las manos.

—¿Y ahora qué hacemos? —Le miro.

Aston sonrío y se acerca a mí.

—Ahora dejamos de escondernos y yo puedo ponerme en plan protector cuando algún imbécil intente ligar contigo, como pasa a menudo.

Esbozo una sonrisa ladeada. Él me sujeta la cara y me besa.

—Eso suena bien.

—Sí. Pero primero tenemos que aclarar una cosa.

—¿El qué?

Sus ojos grises se suavizan y su mirada se torna limpia y sincera.

—Siento no haberte dicho nunca cómo me siento.

—Ahora ya lo sé —le contesto.

Niega un poco con la cabeza.

—No, no lo sabes. No sabes que con una sola caricia consigues llevarte el dolor de mi pasado, y no sabes que cuando duermo contigo por las noches no tengo pesadillas. No sabes que eres la primera persona que me ha hecho sonreír de verdad, y estoy seguro de que no sabes que estoy tan enamorado de ti que ya no veo ni pienso con claridad. «En vano he luchado. No quiero hacerlo más. Mis sentimientos no pueden contenerse. Permítame usted que le manifieste cuán ardientemente la admiro y la amo».

Vaya. Lo cita a la perfección. Le sonrío y me acerco un poco más a él cogiéndolo de la cintura. Me entierra los dedos en el pelo y me posa la mano detrás de la cabeza sin apenas rozarme la nuca.

—Incluso cuando intenté resistirme, fue en vano —dice con un tono más suave apoyando la frente sobre la mía. Mi nariz roza la suya y cierro los ojos mientras le escucho—. Pasé el límite y empecé a enamorarme de ti, y estoy convencido de que no quiero curarme nunca de ese mal. No sé cómo lo haces, nena, pero tú me conviertes en una persona mejor.

Aston me besa con la delicadeza de una pluma y yo paseo las manos por su espalda hasta sus hombros.

—Un discurso digno del mismísimo señor Darcy —murmuro sonriendo. Él echa la cara hacia atrás con la mirada más clara y una sonrisa en los labios. Le deslizo las manos por los brazos y le miro a los ojos—. Te quiero, Aston. No sé cómo ni por qué, solo sé que te quiero. Me da igual lo que pienses sobre ti mismo y todo lo que te hayan dicho, porque lo que yo veo en ti es todo lo contrario. Para mí te lo mereces todo, todo. ¿Me oyes? Y te prometo aquí y ahora que no me pienso marchar.

Aston se estremece y su mirada vuelve a parecer vulnerable. En lugar de contestar agacha la cabeza y nos volvemos a besar. Deja resbalar las manos por mi espalda mientras yo le rodeo el cuello con las manos: nuestros cuerpos encajan a la perfección.

—No tienes otra opción —susurra haciéndome cosquillas en los labios con su aliento—. Porque no creo que te deje marchar nunca. Además, nunca nos dimos un primer beso en condiciones.

—Claro que sí. Creo que fue contra la pared después de que me asaltaras.

—Eso no fue un beso. Eso fue un preludio de sexo que no llegó a pasar.

—Ya, pero sí nos besamos —le recuerdo.

Esboza media sonrisa.

—Pero eso no fue un beso. No fue un beso en condiciones.

—Me has besado cientos de veces, Aston.

—Ya lo sé. Pero seguimos sin tener un primer beso de verdad.

Suspiro divertida.

—¿Por qué te obsesiona tanto?

—Porque eres la persona más romántica que conozco y sé que es importante para ti.

—Tampoco es para tanto. —Miro sus ojos ahumados—. Solo es un beso.

—Contigo nada es solo algo —murmura sonriendo—. Siempre es más de lo que parece y quiero darte el primer beso que mereces.

—No tienes que hacer nada. Estar juntos ya es más que suficiente.

—Megan...

—No vas a abandonar la idea de un segundo primer beso, ¿verdad?

Aston niega con la cabeza.

—Yo nunca abandonaré nada que tenga que ver contigo. Déjame hacer.

—Está bien —susurro.

Agacha la cabeza y me roza la nariz con la punta de la suya. Yo cierro los ojos.

—Espero que estés preparada para el mejor beso de tu vida —susurra—. Porque será tu último primer beso.

Me pone la mano detrás de la cabeza y se acerca más a mí. Nuestras bocas se encuentran en una suave caricia que poco a poco se torna más inquisitiva. Sus labios acarician los míos muy despacio y mi cuerpo se funde con el suyo. Su sabor, sentirle, su olor... todo se apodera de mí. Cada vez que sus labios me rozan siento cómo me atrapa un poco más.

Me embarga la sensación de que Aston me arrastra. Yo me aferro con fuerza a todo lo que me da. Porque la romántica que hay en mí lo quiere todo y no está dispuesta a soltarlo. Jamás.



Mi corazón está en total contradicción consigo mismo. Estoy tumbada entre los brazos de Aston y la mitad de la vida me parece más luminosa de lo que era hace algunas semanas. Esa luz procede de la verdad. Pero la otra mitad es pesada, como si estuviera atada a un plomo que la tiene clavada al suelo.

Me muevo y Aston me abraza con más fuerza. Le paso los dedos por el pelo para apartárselo de la cara y poder observarle. Ahora parece en paz. Las arrugas que tantas veces he visto formarse en su frente han desaparecido por completo, tiene la boca un poco entreabierta y respira con

normalidad.

Pero su paz se ha convertido en el tormento de mi mejor amigo, que es probable que ya esté despierto en alguna parte de esta misma casa. Se estará odiando por haberse enfadado conmigo, se sentirá feliz de saber que he encontrado el mismo amor que tiene él y culpable de que yo sintiera que no podía contárselo.

En realidad no estará en la casa. Y sé exactamente dónde encontrarlo.

Me levanto de la cama y alguien llama a la puerta con suavidad. Mierda. Cojo una de las camisetas de Aston del respaldo de la silla, me la pongo y abro un poco la puerta. Me encuentro con la cara de Lila.

—He ido corriendo a la residencia a traerte un poco de ropa. Sabía que no tendrías nada y que ya estarías despierta. —Me da una bolsa.

—Gracias —le digo en voz baja.

—No tienes por qué darme las gracias. No me gustaría estar en tu pellejo hoy. Braden ni siquiera está aquí; le ha mandado un mensaje a Maddie y le ha dicho que necesitaba una hora. Y ella lo entiende, pero no tiene ni idea de dónde está.

—Por eso me has traído la ropa.

Oculto su sonrisa con la mano.

—En parte. Sé que no tiene sentido que ninguno de nosotros salga a buscarle porque podría estar en cualquier parte, ¿no? Tú eres la única que puede encontrarle.

Asiento.

—Yo sé dónde está. Dile a Mads que no se preocupe; lo encontraré. Gracias por traerme esto, Li.

Sonríe y se marcha en dirección a la habitación de Ryan. Yo cierro la puerta y me encuentro con los ojos grises de Aston mirándome con lujuria. Ignoro la sensación que me recorre todo el cuerpo y levanto la bolsa.

—Lila me ha traído ropa.

—Si no acabara de escuchar que Braden ha desaparecido y que eres la única que sabe dónde está, le devolvería ahora mismo la ropa. —Se apoya en un codo con los ojos clavados en mis muslos, justo donde cae la costura de la camiseta.

—¿Eso harías? —le pregunto con inocencia volviendo a la cama.

—Ya lo creo. —Me coge del brazo y tira de mí. La mitad de mi cuerpo aterriza sobre él y la otra mitad sobre la cama. Sus manos desaparecen por debajo de la camiseta y desliza los dedos por debajo de la goma de mis braguitas. —Me encantaría pedirte que durmieras siempre con mi camiseta, pero si lo haces es muy probable que no duermas nada.

—Tampoco creo que me quejara mucho —digo contra su boca y rozándole sus labios con los míos.

Me besa con fuerza y cuando mueve la cadera noto cómo su erección presiona mi muslo desnudo por debajo de las sábanas. Le paso los dedos por el pelo y dejo de besarle. Le sonrío.

—Tengo que ir a buscar a Bray.

—Ya lo sé —contesta con delicadeza—. Tampoco es justo para Maddie. Mierda. La hemos liado bien, ¿no?

Me siento y deslizo los dedos por su brazo hasta llegar a la palma de su mano. Él me coge los dedos y los entrelaza con los suyos.

—Sí. La hemos liado. No tiene sentido negarlo, pero aunque se lo hubiéramos dicho en otro momento habría pasado lo mismo. Se habría enfadado igual y necesitaría calmarse. Los dos sabemos que no deberíamos haberlo mantenido en secreto y que tendríamos que habérselo dicho hace mucho tiempo, pero ya no podemos hacer nada. Estuvo mal y ahora tengo que ir a hablar con él y arreglar las cosas.

—Es muy terco. ¿Cómo sabes que querrá hablar contigo?

Sonrío y encojo un hombro.

—Porque si quisiera hablar con otra persona no habría ido donde solo yo sé que puedo encontrarle.



—Me preguntaba cuánto tardarías en aparecer.

La brisa marina me azota el pelo y tengo que pelearme con él sin descanso para apartármelo de la cara.

—Más de lo que debería —le contesto saltando a la roca que hay junto a él. Me vuelvo a apartar el pelo de la cara.

Braden guarda silencio y encoge los hombros con la mirada perdida en el mar revuelto. Golpea sus pulgares entre sí y sigue un ritmo invisible con los pies. Lo conozco lo suficiente como para saber que está pensando qué decir, así que me quedo callada esperando a que sea él quien mueva ficha.

—Entiendo por qué lo hiciste —me dice después de un rato de silencio—. Me refiero a los motivos que tenías para guardar el secreto. Pero no entiendo por qué te acostaste con ese imbécil.

Le miro y veo que está reprimiendo una sonrisa.

—Mmmm, ¿porque está bueno? —bromeo intentando no reírme. Braden aparta la mirada y se muerde el interior de la mejilla. Yo bajo la vista.

—Sí, bueno, supongo que si tienes que estar con algún idiota, debería ser con un idiota que me caiga bien.

—Nunca te gustará nadie que salga conmigo. —Le apoyo la cabeza en el hombro y él me rodea con sus brazos como hacíamos siempre que hablábamos. Antes de irnos a la universidad. Antes de que empezaran los juegos.

—Eso es cierto —me concede—. Pero a Aston no le puedo odiar del todo porque ya me caía bien, así que estoy perdido. Aunque tengo que admitir que nunca imaginé que acabarías con él. Te imaginaba metida en el deportivo de algún ricachón a caballo entre Los Ángeles y Nueva York para asistir a cenas elegantes.

Se me escapa la risa y me tapo la boca mientras Braden se sacude a mi lado riéndose también.

—Claro, como si yo tuviera los modales y la paciencia para esas cosas. Por favor, Bray, un poco de consideración. —Le doy un codazo en el costado sin dejar de reírme—. ¿Ya has olvidado las cenas que daba tu madre para recaudar fondos? Teníamos que buscar en Google qué tenedor debíamos usar porque nadie nos enseñó esas cosas. Todos pensaban que dos chicos de catorce años sabrían esa clase de detalles.

—¿Y cuando vinimos aquí y tuve que buscar en Google consejos sobre citas? —recuerda—. Vaya. Nos hemos metido en algunos líos, ¿verdad?

—Creo que es porque tú siempre te metías en líos y yo acababa también metida por defecto. —Sonrío y me endezco un poco—. Lo siento mucho, Bray. Nunca quise escondértelo. Se suponía que debía ser cosa de una sola noche, pero todo se precipitó y antes de que me diera cuenta ya había llegado demasiado lejos para poder hacer nada. Cuanto más tiempo pasaba más me costaba encontrar las palabras para decírtelo. Ya sé que eso me deja a la altura del betún, pero créeme cuando te digo que me siento como una absoluta desgraciada porque es cierto. Te he hecho mucho daño.

—Ya lo entiendo, Megs. Más o menos. Me hace sentir muy mal saber que no podías decírmelo, pero probablemente yo habría hecho lo mismo si hubiera estado en tu lugar. Claro que a mí no me habrían pillado. —Sonríe.

—Yo quería que me pillaras. —Me encojo de hombros—. O eso creo. Si nos sorprendías no tendría que ir a explicártelo porque lo habrías deducido tú solo.

—Siempre fuiste la más débil.

—¡Oye!

—Aston es un capullo, Megs, eso ya lo sé. Pero te quiere. Jamás pensé que sería posible, pero es así. —Guarda silencio un momento—. Pero estamos hablando de ti. Si quisieras podrías coger a un gay y reconvertirlo en heterosexual.

—Bueno, supongo que podría intentarlo.

—Buena suerte. Aston se volcará contigo. Si se parece en algo a mí, lo hará.

—Por lo que se refiere a ser un plasta sobreprotector, sí, es bastante igual que tú.

Braden se ríe un poco y suspira.

—Yo también lo siento, Meggy.

—¿Por qué? Fui yo quien mintió.

Se vuelve hacia mí y sus ojos azules se posan sobre los míos. Azul contra azul.

—Porque estaba tan perdido en lo que creía que más te convenía, que olvidé preguntarte lo que querías tú. Estaba tan concentrado en alejarte de esos rabos andantes y parlantes de la casa de la fraternidad que no me di cuenta de que lo mejor para ti siempre estuvo delante de mis narices.

—No lo puso fácil. —Se me suaviza la voz—. Parte del motivo por el que no te lo dije fue que aunque no lo diga te necesita, a ti y a Ry. Necesita poder bromear con sus amigos. Le da seguridad. Cuando te dije que no le conoces como yo hablaba muy en serio. No es cosa mía contártelo, y nunca se me ocurriría traicionarlo de esa forma, pero el chico que conoces tú no tiene nada que ver con el que conozco yo. Solo espero que confíes en mí cuando te digo que es el mejor. Ya sabes que el corazón no miente, Bray, y mi corazón me dice que él es lo mejor para mí. Mi corazón me dice que él es todo cuanto necesitaré por muy difícil que se ponga la cosa.

—Y ese es el motivo de que no pueda enfadarme. No importa lo mucho que me apetezca estarlo. Confío en ti, Megs. A veces me pregunto por qué, pero no tiene sentido discutir con una cabezota como tú.

—Me enseñaste bien.

—Demasiado bien. —Se estira y se levanta. Luego apoya sus manos en mi cintura y tira de mí hacia arriba. Me pasa el brazo por encima de los hombros—. Venga, vámonos. Esta mañana he dejado sola a mi novia y aún tengo que ir a amenazar a ese niño bonito.

Niego con la cabeza y sonrío mientras saltamos de la roca. Para qué voy a discutir con él: sigue necesitando hacer el papel de viril hermano mayor.

La áspera corteza del árbol se me clava en la espalda. Aparte de Megan el aire libre es lo único que me da paz. Incluso aunque esté esperando para mantener la inevitable conversación con Braden, la charla en la que tendré que admitir por qué la necesito tanto. Sé que después de lo que le hemos hecho no se merece menos y estoy preparado para dárselo. Gracias a Megan ya estoy en disposición de empezar a abrirme respecto a mi vida.

—Siempre estás en las nubes. —Sonríe.

—¿No me vas a pegar? —Le devuelvo la sonrisa.

Braden encoge un hombro.

—Lo he valorado. Varias veces. Pero al final he imaginado que no valía la pena porque es muy posible que las chicas me peguen después a mí. Probablemente tenga razón.

—Pero eso no significa que no te vaya a partir la cara si le rompes el corazón.

—Ayer no bromeaba cuando dije que la quería —le digo sin rodeos mirándolo con la misma seriedad con la que me mira él—. Ella me entiende, tío. Ella comprende todas mis miserias y sabe manejarlas. Megan es de otro mundo y sigo pensando que no la merezco.

—Tío, ninguno de nosotros se merece a esas chicas, pero no parece que vayan a dejarnos; ellas sabrán por qué. —Me guiña el ojo—. No te voy a mentir: estoy enfadado. Me indigna que no me lo dijeras y que lo hicieras a mis espaldas. Pero al mismo tiempo lo comprendo. Lo mantuviste en secreto debido a lo mucho que ella significa para mí. Y por eso no estoy enfadado del todo.

Le miro alzando las cejas cuestionándolo en silencio. Braden abre la boca y la vuelve a cerrar.

—A la mierda. —Se pasa la mano por el pelo—. Ni siquiera sé cómo me siento.

Megan aparece en la puerta trasera de la casa de la fraternidad y se apoya en el marco para mirarnos.

—Mi vida fue un cóctel de drogas, alcohol, sexo y abusos hasta que cumplí los seis años. Pasaba los días ocultando los moretones que me hacían los colgados de los novios de mi madre y preguntándome qué me harían la próxima vez. Oía cómo abusaban de ella en la habitación de al lado. La escuchaba llorar cada noche. La vi llegar demasiado lejos hasta que las drogas se la llevaron y mi abuelo me acogió. Llevo viviendo con esa mierda desde entonces y utilizando el sexo para bloquearlo todo como hizo ella. Por eso no me importaba. El sexo me ayudaba a no sentir nada. Hasta que llegó Megan. Ella me devolvió a la vida. Ella me hizo sentir y me lo fue sacando todo poco a poco. Ella me ayudó a recordarlo todo y luego lo hizo desaparecer solo por el hecho de estar ahí. Toda la mierda que tengo en la cabeza y todo ese ruido, ella lo hace desaparecer, tío. No tengo ni idea de cómo lo hace. —Niego con la cabeza y miro cómo se acerca a nosotros—. Pero lo hace. Esto no lo sabe nadie más. —Vuelvo a mirar a Braden—. Este soy yo, y lo menos que puedo hacer después de haberte traicionado de esta forma es explicarte la clase de persona de la que se ha enamorado Megan. Ya no voy a seguir fingiendo. A partir de ahora seré como soy porque eso es lo que ella merece.

—¿Aún no os habéis matado? —Megan se pone el pelo detrás de la oreja y se detiene ante nosotros. Alargo el brazo, la cojo de la mano y tiro de ella hacia abajo. Grita y la cojo con dulzura para sentarla entre mis piernas. La rodeo con los brazos y entierro la nariz en su cuello para darle un beso debajo de la oreja.

—Todavía no. Pero si hubieras tardado unos minutos más quizá hubiera ocurrido.

Me mira y noto cómo se le mueve la mejilla al sonreír. Entrelaza los dedos con los míos.

—Bien —murmura—. No me gustaría tener que poneros en vuestro sitio.

—¿Lo ves? —Braden se encoge de hombros—. Ella me daría más de lo que te daría yo a ti. Me conformaré con saber que estoy cerca para vigilarte. Trátala bien.

—Cavernícola —le recuerda Megan sentándose en la hierba a su lado.

—Lo que tú digas, cielo. Es una forma de hablar.

—Ya lo sabemos. —Se inclina y le da un beso en la mejilla—. Pero creo que Aston ya es consciente de eso.

Braden le gruñe y Maddie sonríe apoyando la cabeza en su hombro.

—¿Este es el capullo con el que te estabas acostando? —Kay grita desde el otro lado del patio—. ¿Me tomas el pelo?

—¿Sorpresa? —dice Megan encogiéndose de hombros.

—¿Sorpresa? ¡Ya lo creo que es una sorpresa! —Se detiene junto a nosotros y se lleva las manos a las caderas. Mira a Braden—. ¿Por qué no está hecho picadillo?

Braden se encoge de hombros. Estoy bastante seguro de que todo el mundo se encoge de hombros ante Kay. Es más fácil hacer eso que contestarle y darle más munición para que siga vomitando palabras.

—¡Relájate! —le grita Lila—. Solo están saliendo. No es para tanto.

—Tú ya lo sabías, ¿no? —Kay la mira y luego mira a Megan—. ¿Cómo has podido contárselo a ella y a mí no?

Sonríe y Megan le lanza una mirada.

—Técnicamente no me lo dijo —apunta Lila—. Lo averigüé.

—¿Y por qué no me lo contaste?

—¿Era una cuestión de vida o muerte, Kayleigh? ¿Te vas a morir ahora que sabes que eres la última persona en enterarte?

—No.

—Pues por eso no te lo conté. —Lila sonrío—. No era asunto tuyo.

—¿Lo sabías? —Braden le pregunta a Lila mirando a Ryan por encima del hombro—. ¿Tú lo sabías?

—¿Por qué tengo la sensación de que estamos atrapados en un drama de instituto? —susurro al oído de Megan. Ella se ríe en silencio.

—¿Porque Kay, Braden y Ryan siguen teniendo mentalidad de instituto? —me susurra a mí.

—Yo... hummm, mierda —murmura Lila.

—A mí no me mires, tío. Yo no tenía ni idea de que Lila lo supiera.

—Sí, no, sí, no... —Maddie parpadea unas cuantas veces—. ¿Podemos resumir? Está empezando a dolerme la cabeza.

—Eso es por culpa de los chupitos que te bebiste anoche —le señala Kay.

—De eso nada. La culpa es vuestra. —Maddie niega con la cabeza—. Está bien, Megan y Aston tuvieron un jugoso rollo de una sola noche que

los dejó hechos polvo: resulta que descubrieron que se necesitaban el uno al otro desesperadamente. Como resultado iniciaron una relación secreta mientras Megan alimentaba su tapadera fingiendo salir con los chicos que elegía Lila. Pero llegó un día que se cansó, le dijo a Lila que se metiera sus citas a ciegas donde le cupiesen y se fue de la lengua. Entonces Lila la estuvo encubriendo hasta la otra noche, cuando se volvieron descuidados y Braden los pilló. Y ahora ya lo sabemos todos, todo el mundo está contento, y ya pueden tener todos los rollos de una noche que quieran sin tener que preocuparse de que los pillen con los pantalones bajados haciendo cochinas contra un árbol.

Megan resopla y yo sonrío.

—Nunca lo hemos hecho contra un árbol —murmura.

—Bueno, todavía no. —Le estrecho la cintura.

—Pero es así, ¿no? —Maddie nos mira—. Bueno, básicamente.

—Supongo que sí. Bastante desarrollado, pero sí —contesta Megan por los dos—. Aunque quizá con un poco menos de desesperación.

—Yo no estaría tan seguro. Desde que te vi he estado bastante desesperado por meterme en tus bragas —le digo.

—¿Solo en mis bragas?

—Bueno, podría decir dentro de ti, pero intentaba no ser tan explícito.

Le brillan los ojos.

—Bueno, en una situación normal estaría encantado de hablar de sexo, pero esta chica es como mi hermana. Así que nada de anécdotas sexuales. —Braden alza las manos y me mira—. Intenta no mencionarlo delante de mí.

—Sabes —reflexiona Maddie—, desde que él y Megan lo hicieron, Aston no dice ni la mitad de palabrotas. Podrías intentarlo tú también, Bray.

—Le da un golpecito en la mejilla y él pone los ojos en blanco.

—Claro, cielo —le contesta.

Sonrío.

—No me puedo creer que os estuvierais acostando y no me diera cuenta. —Kay nos mira.

—Tenemos una relación —la corrige Megan—. Hay una ligera diferencia.

—También había sexo. Todo es muy relativo. Es que no puedo creer que no lo supiera.

Me esfuerzo por no poner los ojos en blanco.

—No vas a dejar el tema, ¿verdad?

—No —contesta Kay apoyándose en sus manos—. No es muy probable.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunto mientras Megan tira de mí en dirección a mi coche.

—Es domingo —dice—. Vamos a ver a tu abuelo.

—De acuerdo, pero eso no explica por qué llevas una cesta de picnic.

—Está bien. Vamos a ver a tu abuelo y a sacarlo por ahí. ¿Mejor? —Me mira alzando una ceja y yo sonrío mientras pongo el motor del coche en marcha.

—Mucho mejor. ¿Pero adónde vamos?

—Ya verás.

Se reclina en el asiento sonriendo. Si quisiera encontrar alguna pista en su ropa no tendría mucha suerte. Lleva vaqueros, chaqueta y botas, todo muy habitual en ella. Menos el pelo recogido.

Tampoco es que eso signifique nada. Aparte de que me dan ganas de enterrar la cara en su cuello.

Aparcamos en la puerta de la casa de mi abuelo y bajo del coche. Cuando abro la puerta de su casa no me recibe el habitual olor a humo de puro. Sigue ahí, pero mucho más leve.

—¿Viejo? —grito sintiendo que la preocupación me trepa por la espalda. Cuando veo que el sillón de la ventana está vacío, la preocupación me recorre todo el cuerpo. Siempre está sentado junto a la ventana. ¿Dónde está?—. ¡Viejo! —grito con más fuerza dando media vuelta en dirección a la escalera—. ¡Viejo!

—Podrías despertar a un muerto, chico —ruge su voz desde la puerta de atrás. Cruzo la cocina a toda prisa y me lo encuentro limpiándose las manos.

Me paro en seco.

—¿Estabas trabajando en el jardín?

—No te sorprendas tanto. —Se ríe—. Tampoco es tan raro.

—Pero tú llevas años sin hacerlo.

—¡Eso es porque me volví perezoso, chico! —Deja el trapo en el mostrador—. He plantado los arbustos que compré hace un par de semanas, las hortensias. Para tu abuela.

—Pensaba que no estabas preparado —le digo en voz baja.

—¡Y no lo estaba! Pero entonces tú y yo mantuvimos aquella charla y pensé que me había convertido en un viejo miserable. Decidí levantarme de ese maldito sillón y hacer algo al respecto. Deberías ir a echarle un vistazo al huerto. Ahora no hay gran cosa, ipero en primavera estará espectacular! —Sonríe y se le ilumina la cara de una forma que no veía en años. Mira por encima de mi hombro y aún se le ilumina más la cara—. ¡Y has traído a Megan! Vaya, jardinería y una buena charla sobre libros con una chica preciosa. Es el mejor domingo que he tenido en años.

Megan se ríe con dulzura.

—Esperaba que te hubieras levantado del sillón. Quiero llevaros a pasar el día fuera.

Carraspeo divertido.

—¿Quién va a llevar a quién?

—Está bien, el que conduce eres tú, pero esto es cosa mía, señor Banks. —Me mira fijamente con una sonrisa en sus preciosos ojos azules.

—¿Y esta preciosa chica quiere que salga con ella? —El abuelo se frota las manos—. Será mejor que vaya a por mi abrigo. Aston, ¡te voy a robar a la chica! —El viejo besa la cabeza de Megan al pasar cojeando por su lado.

—¡Ni lo sueñes, viejo!

Megan le sonrío con cariño y yo cruzo la habitación hasta ella.

—¿Qué? —Me mira.

Le cojo la barbilla y deslizo el pulgar por su mandíbula hasta su labio inferior para recorrerlo con suavidad.

—Nada. —Sonrío inclinándole la cabeza para besarla.

—¡Espero que no estés seduciendo a mi chica! —grita el abuelo—. ¡Tenemos una cita!

Me río y cojo a Megan de la mano para salir de casa. El abuelo señala el coche con su bastón.

—Por lo menos esa bestia está limpia.

—Pues claro que está limpia. ¿Crees que dejaría que se ensuciara? —Le miro.

Él gruñe.

—No. Ya me imagino que no.

Sonrío, le ayudo a subir al coche y cierro la puerta. Cuando me subo delante junto a Megan me doy cuenta de que está sonriendo.

—¿Me vas a decir ya adónde vamos?

Ella niega con la cabeza; le brillan los ojos.

—No. Te iré indicando. Es una sorpresa. Cuando llegues al final de la calle tuerce a la derecha.

Mientras conduzco y doblo las esquinas por donde ella me va diciendo, la voy mirando de reojo. No estoy mostrando mucha atención a la dirección que llevamos. Estoy demasiado concentrado en lo emocionada que está. Es contagioso. Yo también estoy emocionado y ni siquiera sé por qué.

—Al puerto —dice el abuelo desde el asiento de atrás—. Vamos en dirección al puerto.

Megan sonrío y se vuelve asintiendo.

—Sí.

—¿Por qué? —Frunzo un poco el ceño y miro al abuelo por el espejo retrovisor. Tiene uno de sus arrugados dedos sobre los labios y se da unos golpecitos reflexivos. La sonrisa de Megan se acentúa.

—¿Para qué suele ir la gente al puerto? —pregunta.

—Barcos —contesto. Me mira y su excitación es absolutamente evidente. Tiene las mejillas sonrojadas, pero detrás de la luz que brilla en sus ojos se esconde una pizca de nerviosismo. Porque...

—¡A pescar! —grita el abuelo—. ¡Nos llevas a pescar!

Megan asiente con energía.

—Quería hacer algo que os gustara a los dos. Se supone que este fin de semana iban a venir mis padres, pero a papá le surgió un problema en el trabajo y tuvieron que cancelar el viaje. Había alquilado un barco para salir a navegar con Braden y le pregunté si lo podía utilizar yo. Ya le devolveré el dinero.

Paro el coche en el aparcamiento del puerto y me vuelvo para mirar al viejo. Se me hace un nudo en la garganta cuando veo que tiene los ojos llenos de lágrimas.

—Gracias —le susurra a Megan mirándola a los ojos—. Gracias. —Ella le sonrío y el abuelo niega con la cabeza—. Voy a ir a esa tienda de pesca que hay al otro lado de la carretera y compraré un poco de cebo. ¿Tú pescas, Megan?

Ella niega con la cabeza.

—Oh, no. Mi padre enseñó a pescar a Braden y su madre me enseñó a comprar a mí. —Sonríe—. Todo encajaba.

—Pues asegúrate de que haya tres cañas en el barco —anuncia mi abuelo—. ¡Te vamos a enseñar a pescar!

—Ah, yo, hummm...

—¡No! Tú también irás en el barco y vas a pescar. Nada de quedarse ahí sentada y no hacer nada más que estar guapa. Puedes estar guapa y pescar al mismo tiempo, ¿sabes? —Le guiña el ojo y abre la puerta del coche.

—Espera, viejo.

—Puedo salir yo solo del coche, chico. Todavía no soy tan viejo —me regaña cogiendo el bastón para salir—. Voy a por el cebo. Vosotros id a preparar el barco.

Cruza la calle cojeando con su bastón. Le abro la puerta a Megan, la bajo del coche y la estrecho entre mis brazos. Ella me rodea la cintura y apoya la mejilla en mi pecho.

—Gracias —le susurro. Le doy un beso en la cabeza y pego los labios a su pelo—. Te agradezco mucho lo que has hecho. No sabes lo mucho que significa para él.

Separa la cabeza y esboza media sonrisa.

—Probablemente signifique tanto como para ti.

Asiento advirtiéndome que es cierto.

—No hemos vuelto a ir de pesca desde que empezó el semestre.

Apoya las manos en mi estómago, separa los dedos de las manos y las sube por mi pecho hasta llegar al cuello.

—Ya sabes que no tengo ni que decirlo. Es vuestro día. Tú y tu abuelo podéis ir solos si...

La hago callar con un beso.

—No. No. La pesca siempre fue algo muy nuestro, algo que hacíamos él y yo solos, pero si hay alguien en este mundo con quien quiera compartir eso, eres tú. —Y es verdad. Ella es la única persona con la que soñaría compartir un día como este.

—Pues vamos a buscar el barco. Apuesto a que tu abuelo es letal con ese bastón, no quiero ni pensar de qué es capaz con una caña de pescar.

El agua de la bahía está en calma y el pequeño barco cabecea con suavidad. Megan ha alejado la cesta de los posibles salpicones de agua y mira las cañas con recelo. Su mirada se detiene sobre las latas de gusanos que el viejo ha comprado como cebo y arruga la cara. No puedo evitar sonreír.

—Solo son gusanos —le digo mientras ensarto uno en el anzuelo.

—Exacto —murmura con los ojos clavados en la lata—. Gusanos. De saber que utilizaríamos gusanos vivos... —Se estremece—. Odio los gusanos.

Sonrío.

—Solo son gusanos, nena. Los necesitamos para atraer a los peces.

—Ya lo sé. —Me mira—. Pero preferiría no necesitarlos.

El viejo le da una caña.

—Tienes que ponerle el cebo al anzuelo.

Megan inspira hondo y yo le tiendo la lata intentando ocultar mi diversión. Acerca los dedos a la lata, pero antes de llegar a ella los aparta y se vuelve a estremecer.

Lo intenta cinco veces antes de coger uno. Y cuando lo coge lo deja caer.

—¡Coge el maldito gusano y clávalo en el anzuelo! —El viejo da una palmada—. ¡Los peces no van a esperar todo el día!

—Es que... ¡aaarggg! —grita mientras coge un gusano y lo ensarta a toda prisa. Se separa la caña del cuerpo y el gusano ensartado queda flotando en el aire mientras ella se limpia los dedos en un trapo—. ¡Aaarggg!

Vuelvo a tapar la lata y el abuelo y yo nos echamos a reír.

—¡Venga, vamos a pescar unos cuantos peces! —El viejo coge su caña, carga el anzuelo y lo lanza al agua.

—Sí... —dice Megan con inseguridad—. No tengo ni idea de cómo se hace esto.

Dejo la caña y cojo la suya.

—Yo te enseño.

—¡Aprendió del mejor! —grita el abuelo desde el otro lado del barco.

Le guiño el ojo a Megan y la coloco delante de mí rodeándole la cintura con un brazo.

—El viento sopla desde atrás, así que tenemos que lanzar el anzuelo por este lado. Si lo hiciéramos contra el viento no saldría bien.

—Muy bien. ¿Pero cómo lo lanzo?

Sonrío.

—Paciencia. Primero tienes que coger bien la caña.

—Ya. Claro.

Le quito la mano de la cintura y pongo la mano sobre la suya.

—El carrete tiene que estar hacia abajo y te lo tienes que apoyar entre los dedos corazón y anular para darle estabilidad. Así. —Le muevo los dedos—. Si no estás cómoda puedes ir probando hasta que encuentres una forma de cogerlo que te vaya mejor.

—Así está bien —dice jadeando un poco.

—Ahora... —Le acerco la boca a la oreja—. Ahora tienes que soltar sedal hasta que tengas unos quince centímetros colgando y giras la caña hasta que el carrete quede justo debajo de tu dedo corazón. —La ayudo a hacerlo y le rozo los dedos—. Ahora sujeta el sedal contra la caña y abres el arco con la otra mano.

Le cojo la mano que tiene apoyada en el barco y se la coloco sobre el arco abriéndolo con ella.

¿Y ahora qué? —Se recuesta un poco sobre mí.

—Apunta con la caña a tu objetivo. —La ayudo a posicionarse—. Y ahora tenemos que subirla de un único y rápido movimiento. Notarás cómo se dobla la punta de la caña. Cuando eso ocurra, tenemos que lanzarlo hacia delante. Cuando esté a medio camino del objetivo sueltas sedal. Y entonces cerramos el arco.

—Arriba, doblarse, hacia delante, soltar, cerrar —murmura apoyándose sobre mí—. Creo que podré hacerlo.

—Claro que puedes. —Deslizo los labios por su oreja y le mordisqueo un poco el lóbulo. Megan se contonea y suspira.

—Si sigues haciendo eso no podré.

Sonrí contra su piel.

—¿Lista para intentarlo?

—No.

—Tres, dos, uno. —La ayudo a levantar la caña y cuando noto que se dobla la lanzo hacia delante. Ella grita—. ¡Suéltalo!

Megan levanta el dedo del sedal y sale volando hasta conseguir un aterrizaje casi perfecto en el agua. Sonríe.

—¡Lo he conseguido!

—Muy bien. Ahora tienes que esperar a que piquen.

—¿Y cuánto tardan?

—¿Cuánto se tarda en cruzar una galaxia?

—¿Me estás diciendo que podría pasarme aquí todo el día y no pescar nada?

El viejo suelta una carcajada desde la otra punta del barco.

—¡Eso es exactamente lo que te está diciendo!

Me vuelvo hacia a Aston y me sonrío.

—¿Qué?

—No me puedo creer que me haya dejado liar para esto. —Esto es ridículo. Yo me como el pescado, no lo pesco. Diantre.

—Oye. —Pone sus manos en mis caderas y esconde la nariz en mi cuello. Sus labios me rozan la piel—. Ha sido idea tuya, ¿ya no te acuerdas?

—Sí. —Era una idea para ellos.

La nariz de Aston resbala por mi cuello y cuando noto su cálido aliento contra la piel trago saliva.

—Así que nadie te ha liado para nada. Tendrías que haber imaginado que acabarías pescando —razona.

—Hummm.

—¿Por qué estás tan sorprendida?

Aston inspira y suelta el aire contra mi piel: me estremezco. Deja resbalar las manos por mis costados hasta alcanzar los bolsillos de mis vaqueros. Mete los dedos dentro, los separa y me acaricia un poco las piernas antes de sacarlos.

—No estoy sorprendida —susurro.

—Pues no te quejes. —Sonríe mientras me roza la mandíbula con los labios y yo cierro los ojos. Mierda. Me está volviendo loca—. Megan —me susurra al oído.

—¿Mmmm?

—No pierdas de vista el sedal.

Muy gracioso. Abro lo ojos y le miro. Es probable que el deseo que veo en sus ojos sea tan intenso como el que se refleja en los míos: maldito barco. ¿Por qué tenemos que estar en un barco?

—Lo has hecho a propósito.

Agacha la cabeza y me roba un beso. Sonríe.

—¿Y qué?

Entorno los ojos y vuelvo a mirar al agua.

—Pues que...

—¡Mirad esto! —aúlla el abuelo—. ¡Hemos cogido uno grande, chicos!

—Sujétalo —me dice Aston soltándome para cruzar el barco en dirección a su abuelo cogiendo una red de camino.

—Échame una mano. Ya no tengo tanta estabilidad como antes —le pide el viejo. Miro por encima del hombro y veo cómo Aston agarra la caña. Está muy encorvada y a Aston se le escapa un silbido.

—Es una buena pieza, viejo.

—No te sorprendas tanto —ruje—. Soy un pescador de primera.

Acerca la pieza muy despacio y cuando se aproxima a la superficie Aston lo coge con la red y lo mete en el barco.

—¡Es un salmón! —grita encantado el abuelo sentándose e inclinándose para observarlo—. ¿Tienes una cinta métrica?

—En la cesta de picnic —le contesto—. Papá siempre cogía una cuando salía con Braden, por eso la he cogido.

—¡Chica lista!

Sonrío y Aston deja el pez coleteando sobre la cubierta del barco para ir en busca de la cinta métrica.

—¿Y es lo bastante grande?

—Creo que sí. —Estira la cinta junto al salmón—. Sujétalo, viejo. —Coloca el pie sobre el resbaladizo salmón mientras comprueban un par de veces la longitud.

—¿Y bien?

—Justo. —Aston le sonrío a su abuelo—. Un centímetro por encima del límite.

El abuelo da una palmada.

—¡Ya tenemos cena, chicos!

Entonces algo tira de mi caña y me sobresalto. Me quedo mirando la caña y veo cómo corre el sedal.

—¡Oh! —grito—. ¡Aquí hay algo! ¿Qué hago? ¡Ayudadme!

El abuelo me guiña el ojo y mata el salmón. Aston se coloca detrás de mí y me ayuda a coger la caña.

—Hay un pez. ¿Ha picado? —me pregunta.

—¿Y cómo voy a saberlo? ¡No lo veo!

Deja escapar medio suspiro entre risas y apoya la cabeza sobre la mía.

—Vamos a tener un día muy largo.

No tengo madera de pescadora.

Me parece bien. Tampoco me gustan mucho los gusanos, o las gambas. Los gusanos deberían estar en los jardines y las gambas en el plato. Si alguien quiere cogerlas o pescar con esas cosas me parece bien. Pero a mí no me va.

Aunque me sentiría tentada de volver a intentarlo si Aston se pegara a mí como lo ha hecho hoy.

Incluso a pesar de la fría brisa del mar, cada vez que se ponía detrás de mí tenía la sensación de estar ardiendo. Era tan consciente de su presencia y del más mínimo movimiento de su cuerpo, que no creo que haya aprendido nada sobre pesca. En lo único que podía pensar era en sus dedos jugueteando con los bolsillos de mis vaqueros y en cómo sus labios me rozaban el cuello. Si a ese recuerdo le sumo la calidez de su aliento sobre mi piel de gallina, podría fundirme con él solo de pensarlo.

Nos acabamos de comer el salmón y estamos en su habitación. Aston desliza las manos por mis piernas y me roza la cara interior de los muslos con los pulgares. Me pierdo en sus ojos grises cuando se inclina sobre mí y me roza la nariz con la suya.

—No tenías por qué haber hecho lo que has hecho hoy —murmura mientras sus dedos se abren paso hacia mis nalgas.

—Ya lo sé, pero me apetecía hacerlo. Os lo habéis pasado en grande.

—La experiencia ha sido mucho mejor porque estabas tú. —Me entierra la nariz en el cuello y echo la cabeza hacia atrás.

—Te has pasado la mayor parte del tiempo pegado a mi cuerpo. —Le deslizo los dedos por el pelo y me da varios besos en el hombro—. Estoy segura de que ha sido mejor de lo habitual.

—Ya lo creo. Mucho mejor.

Me pasa la lengua por el hueco de la clavícula y me sube la camiseta al paso de sus manos. Vuelvo la cabeza, le beso el cuello y apoyo la mejilla sobre su hombro. Aston suspira y se estremece un poco: reconozco ese gesto. Está recordando. Le abrazo con más fuerza y pego la cara a su cuerpo.

—No tienes que marcharte, ¿verdad? —Habla con un hilo de voz y parece muy vulnerable. Me desgarran por dentro.

—No —susurro—. Me quedará el tiempo que me necesites.

Y lo digo en serio. Si necesitara que me quedara entre sus brazos para siempre lo haría. Me quedará todo el tiempo que me necesite siempre que me necesite.

—Perfecto.

Me clava los dedos en la espalda y aprieta los dientes: se pone rígido. Yo paseo mis manos por su espalda muy despacio y las deslizo por debajo de su camiseta. Noto la solidez de sus músculos bajo mis dedos, duros como rocas, y Aston me abraza con más fuerza mientras intenta controlar el temblor de sus manos entre suspiros entrecortados.

Siento el ardor de sus lágrimas, pero no puedo hacer nada para detener lo que sea que le esté pasando por la cabeza. Podría estar recordando cualquier cosa, cualquier atrocidad, y yo no puedo evitarlo. Ya he pasado muchas veces por esta situación y siempre se me rompe el corazón.

Pero no me voy a ir. El amor es más fuerte que el odio.

Estoy convencida de que nuestro amor conseguirá derrotar el odio que sigue afincado en su cuerpo y en su mente. Tengo mucha fe en el poder que nos da el amor que sentimos el uno por el otro.

Y por eso estoy tan dispuesta a dejar que se me rompa el corazón una y otra vez.

Destrozaré mi corazón para curar el suyo.

—No te vayas. —Las palabras son una plegaria sofocada y desesperada en mi pelo.

—No me pienso ir —le prometo—. Estoy aquí. Me quedará todo el tiempo que necesites.

—Odio...

—Estás a salvo. —Mi voz es suave pero firme y pongo mi mano en su nuca mientras me esfuerzo por contener las lágrimas—. Conmigo estás a salvo.

Se estremece y se relaja de repente. Su respiración es áspera y entrecortada.

—Megan.

Vaya. Está destrozado. Tiene la voz apagada y parece muy asustado. Me tiemblan las manos y se me hincha el pecho. Sigo reprimiendo las lágrimas que amenazan con brotar cada vez que él recuerda.

—Estoy aquí. Siempre estaré aquí —le tranquilizo.

—No te vayas. Por favor, no te vayas nunca. —Su voz es aún más débil, apenas existe ya, y, sin embargo, parece que esté gritando. Cada una de sus palabras me hace un nuevo corte por dentro y se me escapa una lágrima a pesar de mis esfuerzos.

—Me quedará. Te lo prometo. No pienso irme a ninguna parte. —Le acaricio la cabeza.

—Me acuerdo. Recuerdo un día de pesca con el abuelo y la abuela. Tenía cuatro años. Fue justo antes de que muriera. Recuerdo imágenes. Recuerdo una de las últimas que conservo de ella. Estaba en el barco envuelta en su manta preferida. El abuelo no quería que viniera, pero ella le mandó callar. Dijo que no quería perderselo. Le encantaba venir con nosotros. Ella fue la única que nos había acompañado alguna vez.

«Aparte de mí». Su abuelo me aceptó enseguida. Me dejó que me uniera a un espacio que estaba reservado solo para ellos y su mujer, antes de que muriera. El día de hoy debía haber significado para ellos mucho más de lo que pensaba. Me aferro a esa idea y cierro los ojos.

—Pero luego volví a casa. Me llevé una buena pieza que habíamos pescado. Mi madre estaba allí. Cuando el abuelo se marchó ella me dijo que metiera el pescado en el congelador porque tenía que irse a trabajar. Yo tuve que comer tostadas porque era lo único que tenía. Se marchó

a trabajar. A mí se me cayó la tostada que me había preparado y se me rompió el plato, y él se enfadó. Se enfadó mucho. Me cogió de la camiseta y me estampó contra la pared. Me golpeé la cara. Aquel bastardo me rompió la nariz. ¡Por culpa de un plato!

Intenta apartarse de mí, pero yo le abrazo con más fuerza aún.

—Megs...

—No.

Separa la cabeza de mis manos y me clava su fría y dura mirada. Yo le rodeo con las piernas para pegarlo a mí y le cojo de la cara.

—No te pienso soltar —le advierto.

—¡No te lo estoy pidiendo, Megan!

—Yo tampoco. Estoy aquí, Aston. Estoy aquí mismo, delante de ti.

—Yo...

Y entonces me doy cuenta. Tiene miedo. Tiene miedo de ser el hombre que le dijeron que sería. Tiene miedo de hacerme a mí las cosas que le hicieron a él.

—¡Tú no eres como él! No eres como ninguno de ellos. Tú eres mucho más que eso. Tú no eres como ellos —concluyo con suavidad—. Tú. No. Eres. Como. Ellos.

—Tú... No.

—Te quiero.

Cierra los ojos y los aprieta respirando con fuerza por la nariz y negando con la cabeza.

—Sí. Te quiero. Cada trocito herido de tu ser, cada una de tus facetas. Incluso cuando estás así. Y eso no va a cambiar. Puedes enfadarte, tener miedo, ponerte triste, y aun así te querré de la misma forma que te quiero cuando estás contento. Escúchame y créeme, Aston. Amo cada parte de ti de la misma forma que tú amas cada parte de mí.

Me abraza y me tumba sobre la cama para estrecharme contra su pecho y entrelazar las piernas con las mías. Está temblando. Echo la cabeza hacia atrás y le acaricio la mandíbula y los labios con el pulgar. Luego deslizo los dedos por encima de sus ojos cerrados y le beso con delicadeza.

—Estoy aquí, Aston, y no pienso dejarte. Así que deja de intentar alejarme. Ya hemos pasado por eso. Yo ya te conozco y no puedes cambiarlo.

—Tengo miedo de llegar a ser esa persona en la que intentaron convertirme. ¿Es que no lo entiendes? Me aterra pensar que algún día pueda hacerte daño. Estoy muy asustado.

—No lo harás.

Abre los ojos de golpe y me los clava en busca de respuestas.

—Eso no lo sabes.

Claro que lo sé. Con cada parte de mi ser.

—Tú me quieres —me limito a contestar—. Tú tienes algo que ellos no tenían. Tienes amor. Nosotros tenemos amor. Intenta pensar en mí cada vez que sientas ese odio y yo te daré amor. Siempre.

No se mueve. Me aguanta la mirada y me abraza con la misma fuerza. El único movimiento de su cuerpo es el de su pecho agitado intentando recuperar el control de su respiración. Le vuelvo a pasar el pulgar por debajo del ojo y por la mejilla como si pudiera llevarme el dolor que siente, como si pensara que al hacerlo las veces suficientes lo lograría.

Un largo suspiro lleno de dolor escapa por entre sus labios y pega su cara a la mía con la mirada un poco más clara.

—Por eso te necesito —susurra—. Aunque todo sea negro tú siempre consigues abrir un claro con tu luz.

—Tú necesitas mi amor, no a mí. Yo solo soy la persona que te lo está dando. Puede que yo sea tu luz, pero si tú no me dejas entrar no importará lo mucho que me esfuerce, porque nunca conseguiré traspasar esa oscuridad. Eres tú quien mejora las cosas, yo solo estoy ayudando.

Aston niega con la cabeza y yo asiento.

—Yo te doy la luz. Tú eres quien decide si la dejas pasar.

—Eso no tiene sentido.

—¿El qué?

—Que me quieras.

—El amor no tiene lógica. Es como nosotros. Sencillamente existimos.

Todo es más sencillo cuando no hay que ocultarlo. Ahora ya no me tengo que preocupar de cómo miro a Aston o de si digo algo que pueda sonar sospechoso. Ya no tengo que controlar todos mis movimientos, morderme la lengua ni apretar los puños para no tocarle.

Y me encanta.

Me encanta que podamos estar juntos sin más.

No doy ninguna importancia a los susurros de las personas que no forman parte de nuestro grupo de amistades porque ellos desconocen la verdad, y tampoco me importan las miradas de las otras chicas. Lo único que me importa es poder lanzarme entre sus brazos cuando me lo encuentro esperándome en la puerta de clase, como ahora.

—Ya veo que Shakespeare aún no ha acabado contigo —me dice sonriente mientras me coge de la mano.

Le miro.

—Todavía no, pero podría ocurrir cualquier cosa en un futuro próximo.

—Ni de coña.

—¿Cómo lo sabes? ¿Has pasado alguna tarde leyendo acto tras acto de Shakespeare sin parar?

—Porque yo te haría volver a la vida antes de que murieras del todo.

—¿Y cómo lo harías?

Aston tira de mí y me estrecha contra su cuerpo.

—Más o menos así. —Sonríe y me da un beso tan apasionado que estoy convencida de que lograría revivirme si me estuviera muriendo.

Bueno, creo que conseguiría revivirme aunque no me estuviera muriendo.

—¿Crees que funcionaría? —murmura con una astuta sonrisa en los labios.

—Pues sí —murmuro un poco mareada.

Aston se ríe sin dejar de agarrarme de la cintura y tira de mí en dirección al Starbucks. Yo me acurruco contra él suspirando de felicidad. Se me hace raro pensar que hace un mes estábamos peleándonos todo el tiempo, tanto si nuestras discusiones eran reales o falsas, genuinas o puro pretexto. Todo ha cambiado muy deprisa.

Pedimos dos cafés y nos sentamos junto a la ventana.

—Supongo que este fin de semana te irás a casa a pasar el día de Acción de Gracias.

Le miro y me encojo de hombros.

—Supongo que sí.

—No pareces muy contenta.

Y no lo estoy.

—Supongo que es por pensar que tendré a mi madre controlándome cada cinco minutos. Estos tres últimos meses he sido completamente libre. Además, normalmente nos juntamos con la familia de Braden, y este año él no estará. —Remuevo el café—. Estoy segura de que sin él será un rollo.

—¿No irá a su casa?

Niego con la cabeza.

—Se va a llevar a Maddie a Brooklyn. Ella aún no lo sabe. Cree que irán a casa de los padres de Braden.

Aston sonrío.

—Qué listo.

—Siempre lo ha sido. —Sonríe—. Pero eso significa que yo tendré que sufrir la cena sola. —Suspiro. No hay nada más cansino que los modales que intenta inculcarme mi madre.

—Parece divertido.

—Si quieres puedes venir a sufrir conmigo —le ofrezco—. A mi madre le encantaría. —Cuando le hable de lo nuestro.

—No sé. —Se queda en silencio y me coge de la mano—. No quiero dejar a mi abuelo solo.

—No tienes por qué. Mi abuela también estará, y es una mujer de lo más excéntrica. Se llevarían muy bien. Seguro que lo convencería para que la acompañara al bingo el viernes por la noche. Y fuma como un carretero. —Pongo los ojos en blanco.

—La pareja perfecta —dice con sequedad—. ¿Y tu abuelo?

—Murió en la guerra de Vietnam. Era aviador, lo derribaron. No llegué a conocerlo y me cuesta lamentar su pérdida. Mis otros abuelos —los padres de mi padre— se mudaron a Canadá cuando se jubilaron.

—¿A Canadá? —Aston alza una ceja—. ¿No es un sitio un poco raro para jubilarse? —Le asoma una sonrisa a los labios.

—Sí, pero nunca he dicho que fueran normales. —Sonríe—. Pensaba que se irían, yo que sé, a las Bahamas o algo así. Incluso que se irían de Colorado a California para estar más cerca de mi padre después de que se trasladara aquí para estar con mi madre cuando acabó la universidad, pero no. No se les ocurrió otra cosa que irse a Canadá. Y se supone que nosotros tenemos que hacer las maletas para ir a visitarlos cada invierno. —Me estremezco—. Y hace mucho frío en Canadá.

—Eres toda una princesa de California. —Se ríe.

—Pues sí, yo me crié en California. No puedes culparme por ser una amante del sol.

—Está claro que creciste en la parte buena de California.

—Por eso creo que tú y tu abuelo deberíais venir conmigo. Él podrá unirse a la pandilla de mi abuela e irse con ellos a liarla por ahí; mi madre podrá hacer de anfitriona como a ella le gusta, y tú y yo podremos desaparecer todo el fin de semana. —Me encojo de hombros—. Suena bien.

—No lo sé. Tendré que hablar con el viejo.

—¿Qué soléis hacer vosotros?

—Hummm... —Aston se rasca la nuca y yo aprieto los labios divertida—. Comprar comida para llevar, ver televisión basura y beber cerveza.

Hombres. Me río.

—De acuerdo. Está decidido: os venís conmigo.

—Ha sido traumático. —Me dejo caer en el sofá junto a Braden negando con la cabeza. Sonríe y sé exactamente lo que va a decir a continuación.

—¿Tan bien se lo ha tomado tu madre?

—Supongo que sí —espeto—. ¿Tienes novio? ¿Un novio de verdad? ¡Oh, Megan, eso es maravilloso! Espero que estéis utilizando protección. Ya hemos hablado antes de este tema y ya sabes que tienes que acabar los estudios, comprar una casa y conseguir un trabajo antes de quedarte embarazada.

Niego con la cabeza como si eso pudiera aliviar el dolor de cabeza que me ha entrado al recordar el discurso de mi madre.

—Solo se preocupa por ti.

—Ya lo sé. Y agradezco que se preocupe tanto, pero no creo que haya necesidad de sacar el tema en cada conversación. Solo han pasado diez días desde que hablamos por última vez. No soy tan olvidadiza.

—Lo hace por tu bien.

—¿Ah, sí? —le miro alzando una ceja—. ¿Entonces por qué no dejas de reírte?

Se encoge de hombros e intenta parar.

—Lo siento, Meggy. Es que me encantaría poder ver este episodio: Aston conoce a los padres de ella.

—Y a los abuelos. Para qué vamos a quedarnos a medias.

—Menudo ritmo. —Sonríe—. Tendré que llamar a mi madre tres veces al día para que me ponga al día. ¿Cuánto apostamos a que tu madre le da la charla sobre el embarazo a Aston?

Abro los ojos como platos y lo miro aterrada.

—No se atreverá.

Braden esboza una enorme sonrisa con diversión en los ojos.

—Estoy casi seguro de que lo hará.

Agarro un cojín, entierro la cara en él y rujo.

—Esto será un desastre.

—*Esto* será un desastre —murmura Megan entrando en una calle de casitas que valen más dinero del que jamás he soñado ganar en mi vida. La mayoría de ellas son construcciones de tres pisos con su entrada para el coche, garaje y jardines bien cuidados.

Me remuevo incómodo en el asiento. Una vocecita interior me susurra las diferencias entre nosotros. Me recuerda lo distinto que es todo esto comparado con el barrio donde empezó mi vida en San Francisco. Miro a Megan y mando a la vocecita al cuerno.

Mi pasado no me define. Lo que importa es el presente.

El viejo silba.

—¿También tienes piscina?

—Espero que hayáis traído el bañador —comenta con más alegría.

—Me alegro de haberlo hecho. —El abuelo se da una palmada en el estómago—. Me encanta bañarme.

Gira el volante y sube por un camino que conduce a una de esas casas de tres pisos. El camino está delimitado por arbustos circulares y flores de invierno. Miro la casa. Es blanca, parece salida de una película.

Ya sabéis, es la típica casa en la que suele vivir la persona rica e inalcanzable.

«No vales nada». Aprieto los dientes y me deshago de la voz. No pienso dejar que arruine el fin de semana de Megan.

Megan baja del coche. Se abre la puerta principal y de la casa sale una mujer que podría ser Megan dentro de veinte años. Al ver la melena rubia de su madre, su esbelta figura y su brillante sonrisa, resulta fácil comprender por qué Megan es tan guapa.

El viejo vuelve a silbar.

—Menuda madre —me susurra riendo.

Pongo los ojos en blanco y bajo del coche para ayudarle a salir. El viejo rechaza mi ayuda y vuelvo a poner los ojos en blanco. Anciano cabezota.

Se limpia las manos en las piernas.

—Voy a conocer a esas preciosas chicas. —Cojea por el camino apoyándose en su bastón en dirección a Megan y a su madre. Cuando llega hasta ellas se presenta. Sonríe cuando le veo inclinarse para besar la mejilla de la madre de Megan; la coge completamente por sorpresa. Se ríe y Megan se vuelve hacia mí sonriendo.

Se me hace un nudo en el estómago y me repito mentalmente mi mantra: mi pasado no me define, mi pasado no me define.

—Mamá, este es Aston. Aston, esta es mi madre, Gloria. —Megan nos presenta.

—Me alegro de conocerte, Aston. —Los ojos de Gloria brillan de genuina felicidad. Me tiende la mano y yo se la cojo para besarle los dedos.

—El placer es mío.

Sonríe y se dirige a Megan.

—¡Qué educado! Me gusta.

El viejo me guiña un ojo y yo reprimo una sonrisa mientras Gloria nos invita a entrar en la casa. Megan me da la mano y yo se la estrecho con fuerza.

—¿Roger? —pregunta Gloria—. ¿Dónde estás?

—En el patio, cariño —le responde una voz grave.

—Está preparando las brasas —nos explica la madre guiándonos por la casa.

No tiene nada que ver con lo que había imaginado. Yo suponía que el interior sería un espacio immaculado decorado con adornos caros, pero no es así. De las paredes cuelgan numerosos certificados con el nombre de Megan, desde competiciones de natación hasta pruebas de hípica, pasando por fotos de ella y otras de Braden y su familia. Mis ojos pasan de una imagen a otra.

—Eras una niña muy guapa —murmuro al pasar junto a una fotografía de Megan con coletas enseñando su sonrisa desdentada a la cámara.

—Cállate —me susurra. Sonríe.

El jardín trasero es tan grande como la casa del abuelo. El hombre vuelve a silbar y yo resisto la tentación de hacer lo mismo. Salimos a un entablado de madera donde tienen la barbacoa, una enorme mesa rodeada de sillas y algunas plantas. En el otro extremo hay una casita junto a una piscina bastante grande.

Y en el espacio que sobra todavía se podría construir otra casa.

Ya sabía que Braden y Megan venían de buena cuna, pero madre mía.

—¡Megs! —grita el hombre que está junto a la barbacoa dándose la vuelta.

—Papá —ruge Megan, y enseguida me doy cuenta del motivo. En el delantal que lleva su padre se ve el dibujo de unos abdominales bien esculpidos y un panecillo de hamburguesa en el lugar de sus partes privadas. Se me escapa la risa.

—¿Qué? —dice su padre con inocencia.

—¿Era necesario que te pusieras este delantal? ¿Te acuerdas de que tenemos invitados? —le implora con desesperación.

El padre de Megan nos mira a mí y a mi abuelo.

—Ya es demasiado tarde, hija. ¡Ahora ya lo han visto!

—¡Y yo los tengo de verdad! —dice mi abuelo riéndose a carcajadas y dándose unas palmadas en su redonda barriga. Luego da un paso

adelante y se presenta.

—Y este debe de ser el chico que ha robado el corazón de mi niña. —Su padre se vuelve hacia mí con una enorme sonrisa en los labios.

—Sí, señor. —Le guiño el ojo a Megan que está fulminando a su padre con la mirada.

—Roger —se presenta y me estrecha la mano que tengo libre—. Es un placer conocerte, hijo. Si tuvo algún novio en el instituto nunca llegamos a conocerlo. Braden lo asustaría mucho antes de que pudiéramos acercarnos.

—¡Papá! —jadea Megan—. ¿De qué estás hablando?

—De que nunca me trajeras ningún bombón de la escuela —carraspea una voz rasposa desde la cocina—. Ya era hora. Tiene un bonito trasero. ¿Por delante es igual de guapo?

—Mamá... —advierde Gloria.

Miro a Megan alzando una ceja: está boquiabierta. Se le sonrojan las mejillas y los dos nos volvemos para mirar a la anciana que está saliendo de la casa.

—¿Qué? Estaba hablando del caballero que está sentado a la mesa. —Se sienta delante del abuelo y me mira—. Aunque debo admitir que es una buena elección, Megan. Es muy guapo.

—Y listo. —Megan se encoge de hombros.

—Se va a la universidad y se vuelve exigente. —Su abuela sonrío—. Aunque si esto fuera lo que hubiera en el menú yo también me volvería exigente.

—Y el chico ha sacado su belleza y su inteligencia de alguna parte —interviene el abuelo.

—Está claro que lo ha sacado de ti. —La abuela le sonrío. Se ponen a conversar y yo también sonrío. Traerlo ha sido una buena idea.

—Así que no tuviste ningún novio en el instituto —bromeo mirando a Megan.

Ella abre la boca, la cierra y la vuelve a abrir.

—Nunca trajo a nadie —explica Gloria—. Está claro que Braden los asustaba. ¡Imagina mi sorpresa cuando me habló de ti! Estaba convencida de que aparecerías con un brazo roto o el ojo morado.

—¿Un brazo roto? —exclama Roger recolocando el carbón—. Yo pensaba que vendría en silla de ruedas. Me parece que esa chica está haciendo milagros con Braden.

—Maddie —le corrige Megan—. Nada de «esa chica», papá. Se llama Maddie.

—Eso. Sabía que empezaba por «M», pero no me acordaba. —Hace un gesto despreocupado con la mano.

—Es posible —dice Gloria sonriendo—. Megan, ¿por qué no le enseñas la casa a Aston? Parece que ahora mismo su abuelo está ocupado. —Se inclina hacia delante—. Os he preparado habitaciones separadas porque no sé lo que hacéis, pero si queréis podéis compartirla. A fin de cuentas ya sois adultos, pero utilizad...

—Sí, gracias, mamá —se apresura a contestarle Megan—. Ya ha quedado claro.

Tira de mí para alejarme del entablado y de las risas de su padre. Yo sonrío para mis adentros.

—Qué fastidio —dice cuando entramos—. Pero supongo que no ha ido tan mal.

—Bueno, tus padres te han avergonzado y tu abuela me ha tirado la caña. ¡Yo creo que ha ido genial!

Se detiene.

—Supongo que es lo normal.

—No lo sé. Nunca había conocido a los padres de nadie.

Se para a media escalera y ladea la cabeza para mirarme.

—¿En serio?

—Sí. Pareces sorprendida.

—Un poco.

—¿Por qué? Ya sabes que yo nunca había salido con nadie. Siempre han sido rollos.

Megan sigue caminando.

—¿Entonces lo nuestro va en serio? —Percibo el tono burlón de su voz.

—Estoy barajando la posibilidad.

Megan sonrío y la abrazo cuando llegamos al piso de arriba.

—¿Sí? —Me mira exagerando el parpadeo.

Le sonrío.

—¿Alguna vez has dudado de que fuera en serio?

—No —me contesta besándome—. No del todo.

—¿No del todo? —Alzo una ceja.

—No —corrige tirando de mí en dirección a una puerta—. Te quiero.

Sus palabras me provocan una oleada de calor que me recorre todo el cuerpo silenciando ese continuo susurro de mi cabeza.

—Te quiero —le murmuro besándole la nariz.

—Esta es mi habitación. —Abre la puerta que tiene a la espalda y entro detrás de ella.

Vaya.

Encima de la cómoda hay varios muñecos de peluche alineados, la alfombra blanca del suelo no puede ser más esponjosa, y las paredes están pintadas de un suave tono púrpura. Hay dos puertas a la derecha que dan a lo que imagino debe de ser un armario-vestidor y por encima de la cama cuelga una hilera de lucecitas.

—Estoy convencido de que esta es la habitación más femenina que he visto en mi vida.

—¿Y en cuántas habitaciones de chicas has estado exactamente? —pregunta alzando las cejas.

—En una. En esta.

—Entonces tu afirmación es absurda. —Se ríe.

—¿Voy a dormir aquí? —Miro los muñecos de peluche—. Tendremos que darles la vuelta. No pienso dejar que me miren tus osos de peluche.

Veo un brillo en sus ojos azules. Se apoya contra la pared.

—Mis osos de peluche no tienen nada de malo.

—Lo que no tienen es nada de bueno, nena.

—¿Pretendes hacerme elegir entre tú y mis ositos?

—Sí.

—Pues podríamos tener un problema, señor Banks.

—¿Ah sí, señorita Harper? —Me acerco a ella y la rodeo con los brazos. Entierro los dedos en su pelo tirando de su cabeza hacia atrás y rozo sus labios con los míos—. ¿Acaso tus osos de peluche pueden hacer esto? —Deslizo la nariz por su mandíbula al tiempo que dibujo un camino de besos por su cuello y succiono con delicadeza sobre el latido de su pulso. Se le entrecorta la respiración—. ¿O esto? —Dejo resbalar la mano por su espalda hasta sujetarla del trasero y pego sus caderas a las mías. Mi erección palpita suavemente contra ella y crece cuando se contonea—. ¿Y esto? —Agacho la cabeza y deslizo la lengua por encima de sus pechos provocándola al colarla por la copa de su sujetador.

—No —jadea—. No pueden hacer nada de esto.

Le mordisqueo la piel hasta llegar a su oreja y poso los labios sobre ella.

—¿Y entonces cuál es el problema? —susurro.

—¿Problema? ¿Quién ha dicho nada sobre ningún problema? —Hunde sus dedos en mi pelo y tira de mi cabeza hacia atrás—. No hay ningún problema.

Sonrío.

—¿Entonces les daremos la vuelta?

Asiente.

—Si hay más de esto... —Presiona el cuerpo contra el mío y nos alineamos a la perfección—. Por mí pueden irse a vivir a la piscina.

—Claro, que hay más. Y es todo tuyo.



Megan desliza la mano por mi cuerpo y sus dedos repasan el contorno de mis músculos. Yo suspiro, la estrecho e inspiro el olor a vainilla de su pelo. No importa dónde haya estado o lo que haya hecho, siempre huele a vainilla.

—¿Qué vamos a hacer hoy? —le pregunto dejando que mis dedos resbalen por su espalda hasta sus nalgas.

Se estremece.

—He pensado que podíamos montar.

—Me parece que no estamos hablando de juegos de cama.

Me mira con el pelo alborotado y sonrío.

—No. Montar a caballo. En la universidad no lo hago nunca y lo echo de menos.

—Yo no he montado a caballo en mi vida.

—Yo te enseñaré.

—Hum.

—Tú me enseñaste a pescar —me recuerda—. ¡Me obligaste a pescar!

—Supongo que no tengo escapatoria, ¿verdad?

Niega con la cabeza y ella se tumba encima de mí. Coloca una rodilla a cada lado de mi cuerpo atrapándome y su pelo se descuelga sobre mi cara. Agacha la cabeza hacia la mía muy despacio, succiona mi labio inferior y lo mordisquea. Yo deslizo mis manos por su piernas y mis pulgares se acercan peligrosamente a la zona desnuda de calor que anida entre sus piernas.

—Ninguna escapatoria —susurra.

—¿Estás segura? ¿No prefieres montarme a mí?

—Yo... —Se detiene cuando le acaricio el clítoris con suavidad haciendo que se le contraigan los muslos—. Estoy segura.

Me coge las manos y las aparta.

—¿Va a ser uno de esos días? —suspiro.

Se acerca a la cómoda y se pone unas braguitas blancas de encaje con un sujetador a juego. Mis ojos siguen todos sus movimientos hasta que entra en su vestidor en silencio. Me siento y alargo el brazo hacia delante para coger unos calzoncillos limpios de mi bolsa. Lo de estirar el

brazo resulta muy incómodo por culpa de la erección. Me los pongo justo cuando Megan aparece vestida con unos pantalones de hípica y una camisa blanca.

—Joder.

Los pantalones se ciñen tan bien a sus caderas que podría estar desnuda. La tela se pega a su cuerpo como una segunda piel.

—¿Tengo que verte montar a caballo con esos pantalones puestos? —le aclaro con la esperanza de que se ponga encima unos más anchos. Se recoge el pelo haciéndose un moño informal y me mira con una sonrisa en sus labios rosas.

—Sí.

Me levanto y me pongo los pantalones.

—Por favor, dime que es fácil montar a caballo con una erección.

Se tapa la boca con la mano y deja escapar una carcajada posando los ojos sobre mi entrepierna.

—Pues nunca lo he intentado personalmente.

Me pongo la camiseta.

—Esto va a ser una pesadilla.

—Aunque imagino que es bastante duro.

—¿Sí? Bueno, así al menos tendré algo en común con la experiencia.

Megan aparca junto a una hilera de viejos establos de Palm Springs. Por detrás de ellos solo se ve campo abierto y enseguida me resulta evidente por qué los han puesto en este lugar.

—Aquí es donde aprendí a montar. He llamado esta mañana y les he pedido que nos ensillaran los caballos. —Me sonrío.

—Qué bien. —Miro los establos con recelo.

—¡Venga! —Baja del coche y la sigo—. Ah, y no te pongas en plan cavernícola, ¿de acuerdo?

—¿Por qué me iba a poner en plan cavernícola?

—Porque es posible que le guste un poco al hijo del dueño.

La miro con seriedad.

—Solo tiene dieciséis años —continúa—. Le gusto desde que aprendió a caminar.

—Qué bien. —Tengo que montar con una erección y aguantar que un crío de dieciséis años se coma a mi novia con los ojos. ¿Quién dijo que esto era una buena idea?

—Y Aston. —Se ríe cogiéndome de las manos—. No seas gruñón. Es muy mono.

—¿Mono?

—Me refiero a que es dulce, no a que está bueno.

—¿Yo soy mono?

—Tú estás bueno. —Tira de mí y me da un beso en la mejilla—. Hay una enorme diferencia.

Sonrío mientras me guía hasta un establo en el que hay dos caballos marrones. Megan sonrío con felicidad y me suelta la mano para correr hacia uno de ellos. Le acaricia el morro y se abraza a su cuello.

—Hola, chico —ronronea—. ¿Me has echado de menos? —Entierra la cara en el cuello del caballo y no puedo evitar sonreír. Eso sí que es mono.

Yo mantengo las distancias. La verdad es que no me van mucho los caballos. No tengo ni idea de por qué estoy aquí.

Megan se vuelve hacia mí con los ojos brillantes y una enorme sonrisa en la cara.

A la mierda con eso. Sé muy bien por qué estoy aquí: he venido porque esto la hace feliz, y si hay algo que quiera hacer con mi vida es hacerla feliz. Me da igual lo que cueste o lo que tenga que hacer para conseguirlo, haría lo que fuera para ver esa sonrisa en su cara.

Abre la portezuela del establo y saca al caballo dándole palmadas en el cuello.

—Este es *Tormenta*. Es mi niño. —Me mira—. Me lo regalaron cuando cumplí los dieciséis años. Lo más habitual es que te regalen un coche, pero a mí me regalaron un caballo. Luego estuve trabajando un año para mi padre para poder comprarme un coche.

—¿Un caballo no es más barato?

—Depende, pero mi pequeño es un pura sangre y vale más de lo que podría haber ganado en un año. Además, un coche es un coche. *Tormenta* es uno de mis chicos preferidos.

—Me ha parecido oír tu voz —dice una mujer saliendo de la parte trasera del establo—. Me alegro de verte, Megs. Tu chico te ha echado de menos. —La mujer le da una palmada a *Tormenta*.

—Yo también lo he añorado. —Megan le sonrío—. June este es Aston, es mi novio. Aston, esta es June. Es la dueña del establo. Ella cuida de *Tormenta* mientras estoy en la universidad.

—Me alegro de conocerte —le digo.

—¿Entonces tú eres el motivo de que haya llamado? ¿Vas a aprender a montar?

—Sí, señora.

Asiente con aprobación.

—Buena elección, Megan. Es mono.

Megan resopla.

—Me lo dicen mucho.

—No me importa. —Sonrío.

—Esperemos que *Poppy* también piense que eres mono. Le gustan los principiantes. Y si le das una de estas —me lanza una manzana que no sabía que llevaba en la mano—, te querrá para siempre.

—¿Y dónde está? Iré a ganármela. —Le guiño el ojo a Megan y lanzo la manzana al aire para volver a cogerla.

—Esta es *Poppy*. —June abre una puerta y saca un caballo blanco con manchas grises—. Es la más tranquila del grupo y lleva seis años conmigo. Ella cuidará de ti.

Me acerco a la yegua y alargo el brazo despacio para acariciarle el cuello ofreciéndole la manzana. La acepta y se la come en menos de un minuto. Luego me roza el hombro con la nariz.

—No hay más —la regaña June—. Sé buena con Aston, vieja amiga. A Megan le gusta.

Megan alarga el brazo y le da una palmada en el morro.

—¿Qué tal, chica? ¿Lista para montar?

Poppy relincha lo que parece un sí y las chicas se llevan los caballos al prado. Las sigo arrastrando un poco los pies. Hípica. Nunca pensé que acabaría montando a caballo, en especial para hacer feliz a una chica. Niego con la cabeza divertido.

—¿Listo? —June me hace un gesto con la mano para que me acerque y veo como Megan monta a *Tormenta* como una experta. Esos pantalones le van muy ceñidos. Mierda.

—Sí. —Me pongo junto a *Poppy* mirando fijamente la silla.

—Coge las riendas con una mano, apoya el pie izquierdo sobre el estribo y sujétate a la cruz del caballo —me ordena June—. Luego te impulsas hacia arriba y pasas la pierna por encima del animal. Asegúrate de no golpearla.

—¿Qué pasará si lo hago?

—Que saldrá corriendo y acabarás en el suelo.

Megan se ríe y yo le lanzo una mirada.

—Nada de patearle el culo al caballo. Entendido.

—¿Listo? Adelante.

Hago lo que ella me ha dicho y me siento sobre la silla de *Poppy*.

—No está mal —me felicita June—. Ahora deja colgar las piernas y te ajustaré los estribos.

Los manipula un rato y me explica lo que debo hacer para apoyar los pies correctamente. Me pone un gorro en la cabeza, me ajusta la correa bajo la barbilla y palmea el trasero de *Poppy*. La yegua se empieza a mover y yo me agarro a las riendas con más fuerza.

—Maldita...

—¡Ponte derecho! —grita June—. ¡Todo tuyo, Megan!

—¡Gracias, June! —Se despidе de ella con la mano y *Poppy* se adentra en el prado siguiendo a *Tormenta*. Megan se vuelve hacia mí sonriendo—. Intenta no apretarla con las piernas.

—¿Por qué no? —murmuro con ganas de inclinarme hacia delante para agarrarme al cuello del caballo. Lo admito: esta bestia me tiene aterrado.

—Porque irá más rápido.

—Genial. ¿No me podrías haber dado un cursillo antes de llegar aquí?

—¿Es que tú me enseñaste a pescar antes de llegar al barco? —Le brillan los ojos y yo asiento.

—*Touché*, nena. *Touché*.

Megan chasquea la lengua y *Tormenta* se empieza a mover más deprisa.

—Espero que no pretendas que vaya más rápido.

—La verdad es que no —me dice—. ¡En realidad ni siquiera esperaba que llegaras a montar a *Poppy*!

—Me alegro de saber que confías en mí —le grito con sequedad mientras me rodea con el caballo. *Poppy* pasea a un ritmo agradable. No pienso llevarla al trote. Ni de coña.

Cuando salimos del pequeño prado tomamos un camino polvoriento; el sol calienta con ganas.

—¿Adónde vamos? —le pregunto.

—Ya lo verás.

Me bajo del lomo de *Tormenta* y le palmeo el cuello con cariño mientras ato las riendas a la sombra de las ramas de un árbol. Me quito el casco, sacudo la melena y miro por entre las raíces en busca de la cesta que le pedí a June que trajera. *Tormenta* se abalanza sobre el agua que le doy. Luego extendiendo la manta al otro lado del pequeño árbol. Me siento y espero excitada a que aparezca Aston.

El camino de Palm Canyon es mi preferido, siempre lo fue. Uno de mis pasatiempos del fin de semana antes de irme a Berkeley era venir a sentarme aquí mientras *Tormenta* bebía agua en el arroyo. También tomábamos otros caminos cuando salíamos a montar, pero los sábados siempre veníamos aquí.

Y ahora recuerdo por qué.

El verde de la vegetación contrasta con el desierto que se extiende ante mis ojos, y el riachuelo está salpicado de rocas lo bastante grandes como para sentarse. Esto es muy bonito. Y en invierno, cuando no viene nadie, es muy apacible.

—¿Cómo me bajo? —Aston se acerca.

Me río al verle.

—Chasquea la lengua tres veces y se parará, luego te bajas de la misma forma que subiste.

—Nada de patearle el culo, ¿verdad?

—Exacto.

Chasquea la lengua y *Poppy* se detiene. Descabalga con agilidad, parece que lleve toda la vida montando.

—¿Un picnic? —Sonríe atando las riendas a la rama del árbol como he hecho yo. Luego se quita el casco.

—¿Sorprendido? —Sonrío mientras se deja caer junto a mí en la manta.

—Sí, pero la verdad es que siempre me sorprendes. —Me besa y yo le paso la mano por la mejilla.

—Dijiste que querías ver Palm Springs. En la otra dirección no hay mucho más de lo que podrías ver en cualquier otra ciudad, pero este es mi sitio preferido en todo el mundo. —Dejo de acariciarle la mejilla y miro a mi alrededor—. Lo he echado de menos. No me había dado cuenta hasta que me he sentado.

—Es bastante bonito —dice Aston admirando las vistas—. ¿De verdad creciste aquí?

—Más o menos. Mi madre también tiene un caballo en los establos. No lo has visto, pero *Medianoche* es...

—¿Negro?

—Pues sí. —Le miro—. Ella creció aquí y me enseñó a montar. Veníamos aquí cada fin de semana hasta que cumplí los catorce años, entonces empezó a dejarme venir sola. No he fallado ni un solo fin de semana hasta que empezó la universidad.

—¿Y no has pensado en montar en Berkeley?

Niego con la cabeza.

—No creo que tenga tiempo. Además, no puedo pretender que mis padres me paguen eso además de pagar la universidad. Podría buscarme un trabajo, pero seguro que no tendría tiempo para montar. No hay nada que hacer. —Me encojo de hombros.

Aston rebusca en la cesta.

—Bueno, siempre podrás seguir montando cuando vuelvas a casa. Aunque solo sean unas cuantas veces al año.

—Es cierto.

Sonrío mientras saca las fresas. Coge una del plato y me la acerca a la boca. Le doy un buen mordisco. Me resbala un poco de zumo por la barbilla y él se ríe y me lo limpia con el pulgar.

—Espero que no pienses que te estoy alimentando —murmura mordiendo una fresa.

—Pues acabas de hacerlo. —Gimoteo mirando la otra fresa que tiene en la mano—. ¡Y esa es enorme!

La mira, luego me mira a mí y sonrío.

—Está bien. Te puedes quedar la fresa grande. —Me la ofrece y yo me inclino hacia delante muy despacio y la rodeo con los labios. Sus ojos se posan en mi boca y me vuelvo a recostar.

Sonrío cuando Aston me pasa la mano por la espalda y se acerca a mí.

—Tienes un poco de... —susurra con aspereza acercando el pulgar a mi cara. Yo observo cómo lo desliza por la comisura de mis labios con suavidad y me limpia el labio inferior. Separo los labios, suspiro y cierro los ojos mientras él entierra la mano en mi pelo.

Noto su aliento cálido sobre los labios mezclándose con el mío y se me acelera el corazón cuando veo que se queda quieto encima de mí a escasos milímetros de mis labios. El momento parece alargarse una eternidad, es un instante lleno de esperanza, expectativa, determinación y amor.

Esperanza por nosotros. Expectativa ante el futuro que nos aguarda. Determinación de conseguir que esto dure. Y amor por todo lo que tenemos, todo lo que nos queda por compartir y todo lo que somos.

Y cuando por fin me besa lo hace con toda la dulzura del mundo.

El camino de vuelta a los establos es más sencillo. Básicamente porque Aston ya se ha dado cuenta de que no se va a caer del caballo por ir al trote. Le dejo conducir de vuelta a casa y eso parece compensarle por haberlo obligado a sentarse sobre un caballo a mirar mi trasero enfundado en esos ajustados pantalones de montar durante todo el día.

Por lo menos lo compensa en parte.

Cuando llegamos no hay nadie en casa; supongo que mamá se los ha llevado a todos a la tienda. Esta noche es su fiesta anual de la víspera de Acción de Gracias y eso se traduce en mucha gente, mucho vino y mucho tiempo para que mi abuela lo pase admirando a los jovencitos.

—Eras una niña ejemplar —dice Aston mientras subimos las escaleras.

—¿Ah, sí?

—Sí. Natación, hípica, gimnasia... ¿Hacías alguna cosa más?

—Mmmm. Hice danza durante un tiempo. Unos seis meses. Pero lo dejé. Me dolían demasiado los pies de hacer gimnasia y era una bailarina horrorosa. —Sonrío—. La gimnasia se parece mucho a la danza, pero por lo visto la danza no tiene nada que ver con la gimnasia. —Me encojo de hombros mientras me meto en el baño y abro el grifo de la ducha.

Tiro la ropa al cesto de la colada y me pongo debajo del humeante chorro de agua. Dejo que se deslice por mi cuerpo y alivie los músculos doloridos de pasar todo el día montando. Tengo las piernas agarrotadas y sé que mañana las tendré muchísimo peor, pero ha valido la pena.

El día ha tenido más valor todavía porque Aston me ha conocido un poco mejor después de haberse abierto tanto a mí. Su vida se quedó encerrada en San Francisco y aunque la mía está en Berkeley, mi corazón está en Palm Springs.

Necesita un pequeño empujón para liberar su corazón del confinamiento que lo retiene. Puede que se haya soltado un poco para mí, pero tiene que dejarse ir por él mismo.

Espero que este fin de semana le ayude a hacerlo, aunque sea solo un poco.

Me pongo a canturrear mientras me envuelvo el cuerpo con la toalla y la suave melodía de *Cry with you* de Hunter Hayes flota por el baño. Rebusco por la hilera de frascos que tengo en la estantería y cojo una crema hidratante con el mismo olor a vainilla que mi champú.

La letra de la canción resuena por mi cuerpo mientras apoyo una pierna en el borde de la bañera para untarme la crema por la pierna. La canción me recuerda a Aston, todo su dolor y el dolor que siento por él. Me recuerda lo segura que estoy de que nunca le dejaré y que yo puedo darle la clase de amor que necesita para superar su pasado.

Me ocurre lo mismo que a Hunter Hayes, siento su dolor.

Dejo caer la toalla para ponerme crema por el resto del cuerpo y me acabo de secar del todo. Entonces dos ásperas y cálidas manos me agarran de las caderas y un caliente y esculpido pecho presiona mi espalda. Los labios de Aston arden sobre mi hombro y me pasa las manos por el estómago para pegarme a él.

—¿Me estabas mirando? —Me tiembla un poco la voz.

—¿Me darás una bofetada si te digo que sí? —me contesta al oído subiendo las manos por mi piel hasta agarrarme los pechos.

—No —jadeo pegándome a sus manos.

—En ese caso sí, te estaba mirando. —Me besa el cuello y me masajea provocándome una sensación que tira de los músculos de mi estómago y me genera un desesperado latido entre las piernas.

—¿Por qué?

—Pues porque ha sido inevitable —susurra—. No sé si te das cuenta de lo guapa que estás sin maquillaje, el pelo mojado y con una toalla minúscula o completamente desnuda. Aún no te había visto completamente al natural y creía que no podías estar más guapa de lo que estás normalmente, pero lo estás.

Desliza las manos por mi estómago y cuele los dedos por entre mis muslos. Me acaricia el clítoris y me pega las caderas enterrando su erección entre mis nalgas. Dejo caer la cabeza hacia atrás y él me vuelve a besar el cuello mientras interna los dedos en mi sexo para aliviar mi ardor. Sigue moviendo la mano sin dejar de abrazarme. El calor se apodera de mi cuerpo y me fallan las piernas. Me sujeta con fuerza y me besa con ternura hasta que dejo de temblar.

—Me toca —susurro girándome entre sus brazos. Le agarro con una mano y deslizo los dedos por encima de la tela de sus calzoncillos. Aston tira de mí en dirección a la habitación y yo cuele los dedos por dentro del calzoncillo para acariciarlo bien. Está como una roca. Apenas logro rodeársela del todo con los dedos. Empiezo a mover la mano de arriba abajo.

Aston nos lleva hacia la cama moviendo las caderas al ritmo de mi mano y me mete la lengua en la boca. Vuelvo a sentir ese latido entre las piernas y encorvo la cadera sin darme cuenta. Él susurra mi nombre en mi boca. Le estrecho con la mano y mi cuerpo reacciona a las desesperadas caricias de sus manos.

Al poco se separa de mí, se pone un preservativo y se coloca encima de mí. Me mira a los ojos mientras me penetra y mis músculos se estrechan a su alrededor. Hay una infinidad de palabras que le podría decir en este momento, muchas cosas que todavía tenemos que decirnos, pero en este instante siento que encajamos.

Esta es la primera vez que lo hacemos desde que revelamos nuestro secreto. La primera vez desde que usamos la palabra amor.

Después nos duchamos y nos arreglamos para ir a la fiesta de mamá. La tela de mi vestido me roza las rodillas mientras me miro al espejo y me aliso la falda con la mano. Aston se coloca detrás de mí, entrelaza los dedos con los míos y sonrío.

—Hacemos muy buena pareja. —Me guiña el ojo y me río.

—No estoy acostumbrada a compartir las miradas y la inteligencia con nadie. Siempre di por hecho que yo sería la lista —bromeo.

—Y lo eres. —Me da un beso en la sien—. Este último mes me has enseñado muchas cosas. Si no hubiera sido por ti no habría aprendido nada

de eso.

Estiro el brazo y le toco la cara buscando sus ojos en el espejo.

—Eso no lo sabes.

—Claro que sí. Cuando paseábamos esta mañana y nos paramos a comer, me enseñaste que algo estéril y vacío puede estar lleno de vida y ser precioso.

Esbozo una pequeña sonrisa.

—El cañón estaba desierto —le recuerdo.

—Pero estaba lleno de vida gracias a ti —dice con sinceridad—. Tú alimentaste la belleza de ese lugar haciéndole cobrar vida. Igual que has hecho conmigo. Siempre pensé que estaba muerto por dentro, que me tenía que sentir así. Creía que no podía recordar porque recordar significaba sentir y sentir significaba ser. Y entonces apareciste tú. Tú me hiciste recordar lo que es estar vivo.

—Aston —inspiro hondo—. Pero nada de eso importa si es por mí. Tienes que preguntarte por quién vives.

—Al principio eras tú. Solo tú. Pero ahora hay un poco de los dos. Tú me enseñaste a amar y estoy seguro de que ahora me quiero un poco. Nunca llegaré a ver lo que ves tú, pero es mucho más de lo que he tenido jamás.

Parpadeo con fuerza intentando no llorar porque es imposible que él comprenda lo mucho que significan para mí esas palabras. Él no puede entender las ganas que tenía de aliviarle ese dolor y conseguir que comprendiera que vale mucho más de lo que piensa. Y seguro que no puede entender cómo esas palabras se pegan a mi corazón y se aferran a él como un vicio.

—¿De verdad? —susurro.

«Su corazón le susurraba que lo había hecho por ella».

—De verdad, nena. Vivo por mí, pero amo por ti. —Me vuelve a besar la sien y siento cada palabra.

Siempre fue mi señor Darcy.

Y yo siempre fui su Elizabeth.

Sopla una fría brisa en la bahía de San Francisco. Me abrocho la cremallera de la chaqueta hasta arriba y lucho contra las ganas que tengo de volver corriendo al puerto. No voy a huir. Tengo que hacer esto, y lo tengo que hacer por mí.

Megan me estrecha la mano enroscándose en mi brazo y empezamos a caminar por el pequeño cementerio donde está enterrada mi madre.

Estoy mareado. Una ráfaga de emociones más intensas de las que he sentido en mucho tiempo resbalan por mi cuerpo, del odio a la lástima, del miedo a la rabia, y, sin embargo, por entre todas ellas... Por entre todas ellas hay un poco de amor por la mujer que intentó criarme y fracasó.

Serpenteamos por entre las tumbas y las lápidas en dirección al fondo del cementerio. Agarro con fuerza la rosa blanca que he traído pegándomela al pecho e intento inspirar hondo.

Jamás la perdonaré y jamás la olvidaré, pero por fin puedo estar en paz con ella.

La pequeña lápida de mármol negro se levanta junto a la de mi abuela. Megan deja junto a ella un pequeño ramo de flores en silencio. Deslizo los ojos por las letras de la lápida de mamá recorriendo su nombre grabado y la imagen se vuelve borrosa cuando las lágrimas asoman a mis ojos.

Caigo de rodillas ante la lápida y dejo salir las lágrimas. Lo necesito. Dejo la rosa en la tumba. La rosa blanca contrasta intensamente sobre el mármol negro igual que la inocencia de mi infancia contrastaba con la madura promiscuidad de mi madre.

Sigue siendo así incluso ahora. En vida y muerte.

—Ya estamos en paz, mamá —susurro contra el viento—. Sea lo que fuere que te hiciera ser como eras, me alegro de que ya no formes parte de eso. Siento no haberte llenado lo suficiente. Quizá fuera demasiado para ti, nunca lo sabré. Solo espero que estés en paz. Y yo... te quiero.

Hay muchas palabras más. Podría chillarle a su tumba, gritarle si eso es lo que hubiera querido de verdad, pero no servirá de nada. Ella seguirá muerta y no cambiará nada. Odiarla no puede cambiar el pasado; por fin lo sé. Odiarla no conseguirá que desaparezca todo. Nunca podré borrarlo.

Me pongo en pie y miro los claros ojos azules de Megan. Ella me coge de la mano y la estrecha con fuerza y yo la sigo en dirección a la salida del cementerio. Dije que jamás volvería a San Francisco, pero siempre supe que tendría que volver. Ya lo he hecho. Ahora ya no tendré que volver nunca más. Ya no tengo que mirar atrás. Ahora puedo cruzar el agua hasta la universidad y quedarme a ese lado del agua.

Puedo mirar los ojos azules de la chica a la que amo todos los días y vivir la vida que siempre quise vivir.